

DAINTY

J. Utox

PRÓLOGO: Los Quaritolios

Estoy sentado en mi habitación, y los tres Quaritolios me observan. Esperan con ansias a que haga lo que ellos me han aconsejado.

Los Quaritolios visten unos pulcros suéteres de cuello de tortuga y pantalones grises de vestir. Sin embargo, todo eso es una fachada para que los ingenuos no se fijen en sus deformados rostros de piel grisácea. En ellos no hay ojos ni nariz; tan solo hay una torcida sonrisa de dientes afilados. De ella escapa una larga y babosa lengua.

— ¡Hazlo, Johan!

— Hazlo...

— Hazlo.

Yo, como no tengo más remedio, recibo sus órdenes aunque sé bien que nunca voy a encontrar lo que busco, no mientras los siga obedeciendo.

De cualquier forma, no tengo salida: no es como si pudiera hacer algo por mí mismo. Los Quaritolios me conocen mejor de lo que yo mismo me conozco.

No necesito un lugar en la sociedad ni el calor de nadie. No requiero de una conversación, ni de salir de fiesta. Los Quaritolios... ellos saben que es lo mejor para mí.

— Excelente.

— Sigue así...

— ¡Espléndido!

Los Quaritolios logran contagiarme su ánimo, aunque sé que mañana, al despertar, me sentiré asqueado por mis actos. Entonces, llevado por la desesperación, me tallaré la piel con una piedra hasta que mi carne quede al rojo vivo.

Pero eso será mañana...

Hoy, solo ellos existen en mi corazón.

I. DAINTY

DARELLE

La Pérdida

Hace tres años, cuando tenía treinta, sufri una gran pérdida:

La Pérdida.

Tras aquel evento, unas marcas extrañas aparecieron en mis dedos. Si los juntaba, se formaba una línea curva a lo largo de mis yemas. No creía que fuera una quemadura; lo habría recordado. Sin embargo, no me sorprendería que fuera así. Con frecuencia olvido las cosas importantes.

Nunca supe por qué aparecieron esas marcas, pero, como no me afectaban en mi vida diaria, no les presté demasiada atención. Eventualmente desaparecieron.

Después de *La Pérdida*, comencé a sufrir ataques de llanto y soltaba lágrimas sin parar. Casi siempre me pasaba cuando estaba en casa. Mientras desayunaba, las gruesas gotas daban un sabor salado a mi cereal. Otras veces me despertaba a medianoche, alarmado por la sensación de humedad en mi rostro.

Aunque eran episodios frecuentes, jamás les di importancia, pues no había ningún sentimiento detrás de ese llanto. No lograba relacionar mis lágrimas con *La Pérdida* a pesar de que yo tenía la impresión de que ambas estaban conectadas.

Con el tiempo, todo se fue calmando y, mientras tanto, mi rutina se mantenía: me levantaba, iba a trabajar, leía y dormía. Ocasionalmente iba al gimnasio entre semana, y los fines de semana hacía largos paseos en bicicleta.

Al cumplir treinta y dos, decidí renunciar al trabajo que tenía para abrir una pequeña librería. Junté mis ahorros y pedí un préstamo al banco. Los altos intereses de esos ladrones no me asustaban lo más mínimo; hay peores destinos que pagar intereses.

Renté un pequeño local en una concurrencia calle del centro de la ciudad, y me aseguré de conseguir unos bonitos libreros.

El espacio era realmente pequeño. Los cuatro libreros se alineaban paralelamente; dos en las paredes laterales y dos en medio. Desde mi lugar al fondo, en la caja registradora, podía verlos como si formaran cuatro gruesas columnas atravesadas por la luz del ventanal frontal. Detrás de mí estaba la puerta que daba a un pequeño almacén donde tenía mi humilde inventario y un diminuto baño.

Hoy, a mis treinta y tres años, puedo decir que, a pesar de todo, las ventas han sido bastante aceptables. No es que me dé la gran vida, me mantengo estable y eso es suficiente para mí.

Desde entonces, todo tipo de personas acude a mi librería. Pero desde que me enfoqué en las novelas juveniles, he notado que vienen más clientas, muchas de ellas bastante atractivas. Ese hecho no me ha pasado desapercibido porque, curiosamente, no siento ningún tipo de deseo hacia ellas.

Cuando me puse a pensar en la razón, me di cuenta de que en realidad no había sentido deseo sexual por nada ni por nadie desde hace tres años. No sabía si eso también era consecuencia de *La Pérdida*, pero como no me afectaba demasiado decidí no darle importancia. Es decir, con libido o sin ella, seguía respirando y trabajando como siempre. La vida no era gris ni tampoco había dejado de tener sentido para mí.

Simplemente era vida y ya.

Su esencia era la de una niña

— ¡Hey, Johan! — me saluda alguien al entrar a la librería.

Se trata de Samuel, un sujeto que conocí en el despacho donde trabajaba. Yo le enseñé todos mis trucos contables, así que pareció tomarme cierto aprecio. Hemos salido una que otra vez a tomar y, a pesar de que me ha contado hasta el más mínimo detalle de sus amoríos, no puedo decir que lo considere un amigo. Cada vez que viene hace lo mismo; me pregunta si tengo algún libro erótico y, cuando le ofrezco uno, le da una ojeada a la portada, me lo regresa y me dice que luego vendrá por él.

Detrás de él lo sigue una muchacha a la que jala de la mano. Yo, desde la caja registradora, observo la escena estupefacto. El hecho de que el mujeriego de Samuel llegue con una chica de la mano es algo nuevo para mí. Jamás había conocido a ninguna de las mujeres que menciona en sus explícitas historias sexuales.

Muy a mi pesar, tuve que dejar mi lectura de *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* para saludar a los recién llegados.

— Hey, Samuel, qué pasa...

— ¿Qué dice la librería? ¿Cómo van las ventas?

Me encogí de hombros. Lo normal, le respondí. Intercambiamos algunas palabras y entonces, como si de repente se acordara, dijo:

— Ah, por cierto. Vine porque quería presentarte a Amy.

Con su mano la empujó de la cintura para que pasara a primer plano.

— Hemos empezado a andar hace poco.

— Hola — susurró la chica. Su voz era tierna y frágil. De hecho, todo su semblante lo era. Era muy bajita. La cabecita de la chica le llegaba al pecho de Samuel.

Amy me miró un segundo y luego miró el libro de Murakami que estaba leyendo. Observó la portada con demasiada intensidad, como si aquella imagen tan rara guardara el enigma de la existencia.

— Voy a ver los libros — dijo ella.

— Vale, pequeña. ¡No te alejes mucho!

Samuel dejó que se fuera a explorar y, al recargarse en la barra junto a la caja registradora, le echó miradas furtivas a su novia.

— ¿Qué te parece, eh? Nada mal, ¿no?

Me hundí de hombros. No sabía qué respuesta esperaba de mí.

— Dieciocho años — remató orgulloso.

— Dieciocho? Eso sí que me tomó por sorpresa. Si no me equivocaba, Samuel tenía veintisiete o veintiocho. Es una enorme diferencia de edad.

— ¿No es muy joven para ti?

— Acaba de entrar a la universidad. Ya no es una niña.

Observé a la chica examinar con interés uno de los libros.

Ahora tenía sentido que tuviera unos ojos tan enormes y llenos de luz. Toda su apariencia evocaba una tierna juventud. A mi parecer, su esencia era la de una niña.

— ¿En qué universidad está? — pregunté porque no se me ocurría qué más decir. Seguía en shock por el hecho de que para él fuera tan natural tener una novia de esa edad.

— Buena pregunta — dijo — . ¡Amy! ¡Ven!

La niña volteó con los ojos bien abiertos. Llevaba el cabello agarrado en una bolita adornada por un moño rosa que se meció ligeramente. Dejó el libro en su lugar y se encaminó de vuelta a la caja registradora.

— Te graduaste hace unos tres años, ¿cierto? — me preguntó encarándome — . Y estudiaste en la Universidad Local.

Asentí.

Aquello no tenía nada de interesante, pero Amy no me quitaba los ojos de encima. Sus enormes pupilas se fijaban en mí como si fuera algún mago a punto de desvanecerse frente a sus narices.

— El otro día que le hablé de ti a Amy me dijo que, como te habías graduado de la Universidad Local hace tres años, existía la posibilidad de que conocieras a alguien... *Aunque conste que yo le dije que era una estupidez.* Sería mucha coincidencia que...

— ¿A alguien?

— Sí. A una tal Danielle.

— Darelle — susurró ella.

— ¡Darelle! — repitió Samuel.

— Sí — dije tras reflexionarlo unos segundos — . En mi salón había una Darelle. Era bajita, de pelo negro, delgada...

— ¡Es ella! — exclamó dando unos brinquitos de emoción.

— ¿Crees que puedes conseguirle un autógrafo o algo así? — intervino Samuel algo extrañado por la reacción de su nueva novia.

— ¿Autógrafo?

— Bueno, es que Amy admira a esa chica y esperaba que nos pudieras hacer ese favor.

— Perdón, no estoy entendiendo...

Samuel se me quedó viendo unos instantes. Tenía esa insoportable expresión de “todos son idiotas menos yo”. Es precisamente por ese tipo de cosas que no acabo de hacer amistad con él.

— ¿No lo sabes? Ay, Dios, tan despistado como siempre. Mi amigo es todo un caso — le dijo a su novia — Explícale, para que se entere de una vez por todas.

Amy, nerviosa, sacó su celular buscando algo. Me enseñó una cuenta de Instagram con varios millones de seguidores. En las fotos había una atractiva chica que me era muy conocida.

— D-Darelle... es famosa.

— ¡Una influencer! — remató Samuel.

— Oh...

Fue lo único que salió de mi boca. ¿En qué momento había sucedido esto? No lo entendía. Para mí aquello fue tan abrupto como ver al sol apagarse sin ninguna transición intermedia. Sin embargo, no había razón para que me sintiera así, después de todo ya habían pasado tres años.

Tres.

— Ah, bueno... — empecé a decir, cuidando mucho mis palabras — . La verdad es que perdí todo contacto con ella desde que nos graduamos, así que...

Al escucharme, Amy dejó sus manitas apretadas sobre su pecho. Sus enormes ojos magnificaban la tristeza de su corazón.

Suspiré contrariado mientras me rascaba la cabeza.

— Creo que aún tengo su Facebook — dije — . Veré qué puedo hacer.

Amy ya estaba entreabriendo los labios como para decir algo, cuando Samuel la interrumpió.

— Genial — dijo Samuel — . Bueno, nos vamos. Hoy tenemos una cita especial, ¿O no, amor?

Samuel habló en un tono sumamente desagradable mientras le guiñaba el ojo y la atraía hacia él.

Salieron de la tienda y me quedé pensando en esa pareja tan peculiar. Nada de lo que acababa de presenciar me había gustado. Como si en una película de comedia el guion comenzara a distorsionarse y los personajes fueran muriendo de forma trágica y sin ningún sentido. Es, en resumidas cuentas, algo que no debería estar pasando y que (a pesar de mi incomodidad) sucedía frente a mis narices.

Tomé el celular para entrar a Facebook y busqué el perfil de Darelle entre mis amigos.

La línea entre pretendiente y bufón es tan delgada que ni siquiera deberían molestarse en pintarla

Darelle estuvo en mi salón los cuatro años y medio de universidad.

Era de esas personas que llamaban la atención solo con mirarlas caminar. Era de compleción *petite*. Su cabello negro, siempre estaba liso y brillante. Solía usar suéteres y blusas que dejaban al descubierto su ombliguito de botón. Su personalidad risueña se transformaba en una solemne seriedad cuando debía exponer algún tema.

Al buscarla en Facebook me sorprendió ver que aún me tuviera entre sus amigos, considerando que no hablábamos en absoluto desde hacía tres años.

De hecho, el último mensaje en nuestro chat era del segundo año de universidad. Le había compartido un archivo para un trabajo en el que nos tocó estar en equipo. Nunca hablábamos por mensaje, salvo para cosas de la uni.

Esa tarde —desde que Samuel y su novia salieron de la tienda hasta que cerré la librería— me la pasé viendo las publicaciones de Darelle, desde la más reciente hasta la más antigua.

Había muchas fotos de ella con chicas que debían ser de algún otro círculo social, porque no recordaba haberlas visto en la universidad. La única amiga que tuvo en la uni se llamaba Idana, y con ella no tenía fotografías desde hacía mucho. También me sorprendí por la cantidad de fotos que tenía sola. Además, no había indicios de que saliera con alguien, ni de que alguien la pretendiera.

—Podría invitarla a salir —pensé.

Fue un pensamiento tan fugaz que después ni siquiera estuve seguro de haberlo tenido. Quizá mi subconsciente desecharía la idea de inmediato a sabiendas de que algo así no podía ocurrir jamás.

Nunca fuimos cercanos en la universidad, y mucho menos ahora que ya habíamos terminado la carrera.

Fue al inicio del primer semestre cuando más nos acercamos. En ese momento ella tenía dieciocho y yo veintiséis. Nos llevábamos ocho años, pero a ella nunca pareció importarle ese detalle. Era una de las pocas personas que lograban que no me sintiera fuera de lugar en la universidad.

Hablábamos mucho entre clase y clase, y me sorprendía la facilidad que tenía para hacerla reír. No es que yo fuera un gran comediante; sencillamente percibía una conexión entre nosotros que me permitía relajarme y soltar la primera tontería que se me pasara por la cabeza.

A decir verdad, si lo pienso bien, nunca tuve un interés especial hacia ella, y estoy seguro de que ella tampoco lo tenía hacia mí. Si la hacía reír era porque me gustaba hacerlo. Tenía una linda sonrisa, dientes muy blancos y unos ojitos que resplandecían al mirarme.

Eventualmente fui reemplazado por un chico de otra clase que, más adelante, se volvió su novio. Era el típico galán de películas adolescentes: alto, rubio y fornido. Se cargaba una de esas sonrisas coquetas y llenas de arrogancia.

Cuando noté que el sujeto la comenzó a frecuentar, no lo lamenté. Ya sabía que Darelle estaba fuera de mi liga; habría sido un imbécil si pensara que tenía alguna oportunidad. Durante la preparatoria aprendí por las malas que hacer reír a las mujeres no era garantía de nada, y que la línea entre pretendiente y bufón es tan delgada que ni siquiera deberían molestarse en pintarla.

Así fue como transcurrió mi relación con ella durante toda la universidad. De vez en cuando cruzábamos palabras o bromeábamos al toparnos, pero en realidad nunca supe demasiado de ella. Jamás hablamos de su pasado ni de lo que hacía en su tiempo libre.

Hoy, a pesar de haber pasado cuatro años de universidad con ella y de ver su Facebook por más de tres horas, sigo sin saber quién es Darelle.

Todo lo que sé de ella sigue siendo impersonal.

En cambio, yo soy opaco y fragmentado

Es martes por la mañana. La gente pasa despreocupada frente a mi local mientras leo *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*. Pasado un rato, decido dejarlo y me pongo a acomodar algunos libros en los estantes del frente.

Minutos después entran unos clientes. Era una pareja de jóvenes. La chica era pequeña, de cabello muy largo, y el chico de estatura media y aspecto desaliñado.

Diez minutos después me preguntaron por un libro de Isabel Allende y lo busqué en el almacén. La pareja se miró contenta cuando regresé con el título, y luego pagaron. Ambos me despidieron con una sonrisa, y el local volvió a la quietud de siempre.

Miré a mi alrededor. El sitio estaba impecable; de momento no había nada más que hacer, así que tomé el celular y abrí Facebook.

Últimamente nada me interesaba demasiado. Pero desde que Samuel y su novia aparecieron ese día, comencé a revisar más seguido mi celular para ver si Darelle publicaba algo.

Me encontré con una publicación nueva en la que se mostraba una imagen de unos audífonos inalámbricos marca Sony que yo conocía bien. Tenía unos negros que usaba cada vez que me subía a la bici.

En su publicación Darelle preguntaba si alguien sabía si esos audífonos valían la pena o si recomendaban alguna otra marca o modelo en particular.

Ese modelo en específico era caro incluso para ser de gama alta, pero valía cada centavo. No le pedían nada a los auriculares de estudio, y además eran cómodos.

Recibió unos cinco o seis comentarios, aunque ninguno aportaba nada a lo que preguntaba. Sin pensarla demasiado, escribí lo primero que se me vino a la cabeza:

JOHAN: Son buenos audífonos, yo tengo unos idénticos y funcionan bastante bien.

DARELLE: ¿En serio? Estaba indecisa entre esos y unos Skullcandy.

JOHAN: No lo hagas, esos tienen un sonido horrendo. Ese modelo de Sony es algo caro pero son perfectos para el deporte, no se caen y tienen un sonido muy bueno.

DARELLE: Ya veo. Muchas gracias.

Al terminar esa breve conversación en la publicación no sentí nada. Creí que mi corazón palpitaría o que las manos me sudarían como en la adolescencia. Y no es que no supiera que acababa de hacer algo excepcional; estaba consciente de lo que implicaba. Después de tres años sin hablarnos, me atreví a comentar una de sus publicaciones. Algo que no hice ni siquiera estando en la universidad.

Una semana después recibí un mensaje en Facebook.

Estaba oscureciendo e iba a cerrar la tienda. Al ver esa notificación en mi celular me extrañé mucho, ya que hacía mucho tiempo que no recibía mensajes por ese medio.

Era Darelle.

Me quedé un minuto observando el mensaje sin creérmelo. Recibir un mensaje en Facebook y que, además, viniera de Darelle, se sentía doblemente irreal.

Darelle me había adjuntado una foto. No era sacada de internet, la había tomado ella. En la imagen se veían unos audífonos Sony descansando sobre una suave sábana color rosa.

DARELLE: Hey, gracias por la recomendación. Son unos audífonos muy buenos.

JOHAN: No es nada, me alegra de que te hayan gustado.

DARELLE: ¡Me encantaron! Como dijiste, son perfectos para el ejercicio.

JOHAN: Sí. Yo tengo unos iguales, así que en cuanto vi tu pregunta no dudé en comentar.

DARELLE: Me sorprendió un poco leerte la verdad. Hace años que no hablábamos.

JOHAN: Sí. Desde que salimos de la universidad, creo.

DARELLE: Aunque bueno, igual tampoco he hablado mucho con nadie de nuestro salón.

JOHAN: ¿Ni con Idana?

DARELLE: ¿Idana?

DARELLE: No.

DARELLE: Nos peleamos hace mucho.

JOHAN: ¿En serio?

DARELLE: Sí, ¿no lo sabías?

JOHAN: En serio que no.

DARELLE: Fue en el penúltimo semestre... ¿o el último? Bueno, fue a finales de la carrera; creí que todos lo sabían.

JOHAN: No tenía ni idea, lo siento. A veces soy medio distraído, no me doy cuenta cuándo suceden cosas importantes a mi alrededor.

Darelle ya no respondió el mensaje. La conversación parecía terminar ahí, y me pareció bien. Sinceramente, me alegraba que los audífonos le hubieran gustado tanto como para que se tomara la molestia de mandarme mensaje.

A mi mente vinieron las breves conversaciones de la universidad: cómo exponía con solemnidad en el aula, la forma en que caminaba, la melodía de su risa...

De pronto, un latido me golpeó en el pecho. Solo uno. Pero fue tan fuerte que me hizo perder el ritmo de la respiración.

¿Qué me pasaba? Hacía tanto que no sentía curiosidad por una mujer. Había pasado todo este tiempo en soledad porque estaba tranquilo, en paz.

Giré el celular boca abajo sobre la mesa y me levanté suspirando.

Adentrarme demasiado en la vida de Darelle no podía ser bueno para mí; es evidente que lleva una vida completamente distinta a la mía.

Ella, en sus fotos, aparece completa, serena y llena de luz; en cambio, yo soy opaco y fragmentado.

Cerré la tienda y subí a la bicicleta para regresar a casa. Al llegar, me di un baño, cené algo ligero y me puse a leer. Cuando me entró el sueño, dejé a un lado el libro y me dormí.

Treinta y tres, lamentablemente

Me levanté, como siempre, a las seis de la mañana, me ejercité un poco y luego me preparé el desayuno. En cuanto dieron las siete tomé el celular y salí de casa en la bicicleta.

Tenía un Ibiza 2007 estacionado afuera, pero ya casi no lo usaba. Prefería moverme en bicicleta a todas partes.

Cuando llegué, amarré la bici frente a la librería y, al entrar, lo primero que hice fue poner música para comenzar a limpiar. Quería que todo oliera bien cuando llegaran los primeros clientes.

Trataba de concentrarme en los pendientes, pero no dejaba de revisar el celular cada cinco minutos para ver si Darelle me había escrito. Cuando me harté decidí dejar el celular en el almacén y seguir con mis tareas.

No sabía por qué me decepcionaba. Ella no tenía ninguna obligación hacia mí. Nunca fuimos cercanos en la universidad, así que, mucho menos ahora que tenemos tanto tiempo sin vernos.

A las dos horas de abrir, los primeros clientes empezaron a llegar, y eso me ayudó a distraerme.

El día avanzó deprisa y, cuando menos me di cuenta, ya eran las tres. Me senté un rato. Durante esa quietud noté lo cansado que estaba y el hambre que me invadía. Pedí por teléfono una hamburguesa y esperé la siguiente oleada de clientes.

Reacomodé los libros de la vitrina de enfrente y, cuando llegó mi pedido, me senté en silencio a comer.

Finalmente, tras varias horas de trabajo, me permití tomar el celular. Justo cuando lo desbloqueaba recibí un mensaje de Darelle y casi lo tiro del susto. Había sido demasiada coincidencia.

DARELLE: Oye, esos audífonos son realmente buenos.

No me lo creía. No sentía naturalidad al ver ese mensaje. Fue como ver una gaviota en medio del desierto. Un ave como esa no debería estar en un paraje tan desolado como este.

De todas formas, aunque no tuviera sentido, lo único que podía hacer era apreciar el milagro.

JOHAN: ¿Verdad? Yo llevo con los míos casi tres años y nunca me han fallado. Y mira que los uso bastante.

DARELLE: ¿Tres años eh? Desde que nos graduamos entonces.

JOHAN: Sí. Muchas cosas han cambiado desde entonces.

DARELLE: Excepto tus audífonos jajaja

JOHAN: Es verdad jaja

DARELLE: ¿Y qué has hecho?

DARELLE: No sueles subir cosas a Facebook, así que no tengo idea de qué ha sido de ti.

JOHAN: Bueno es que la verdad no tengo nada interesante que mostrar.

DARELLE: Hay una película que tengo ganas de ver ¿Aún te gustan las pelis de zombis?

Admiré el mensaje estupefacto. Es uno de esos momentos en los que intentas encontrarle lógica a algo demasiado obvio. Como cuando los fanáticos de algún libro o canción quieren descifrar mensajes ocultos en cosas triviales.

JOHAN: ¿Cómo sabes que me gustan las películas de zombis?

DARELLE: ¿Cómo me preguntas eso? Si era lo único de lo que hablábamos.

JOHAN: La memoria ya me empieza a fallar por la edad.

DARELLE: ¡Qué exagerado! Apenas debes tener, qué... ¿Unos treinta?

JOHAN: Treinta y tres, lamentablemente.

DARELLE: ¿Por qué "lamentablemente"? Es una edad perfecta.

DARELLE: Y sobre lo otro, ¿te apuntas? Estoy libre este fin de semana.

JOHAN: Yo también. ¿Puedes el domingo?

JOHAN: ¿Y, a qué te refieres con eso de que "*es una edad perfecta*"?

DARELLE: El domingo está bien, ¿te parece si vamos al Cinema de Plaza Zafiro?

JOHAN: Claro.

DARELLE: Hay función a las siete veinte ¿Está bien si nos vemos a las cinco?

DARELLE: Cerca hay un café donde podemos ponernos al corriente de nuestras vidas.

JOHAN: Me agrada la idea.

DARELLE: Genial, entonces ahí nos vemos.

Me pasé releyendo esa conversación una y otra vez.

No dejaba de hacerme ruido aquello de que "treinta y tres es una edad perfecta". No sabía a qué se refería y aunque me esforzara en darle un significado no lograba encontrarlo.

Una parte de mi cerebro seguía en la librería, mientras otra le daba vueltas a la situación.

Me puse a sintetizar toda la información que fluctuaba en mi cabeza, para así encontrar alguna coherencia:

1. Darelle tenía veinticinco años y era sumamente hermosa.
2. Yo acababa de concretar una cita con Darelle.
3. Iba a ir al cine con Darelle, una hermosa muchacha de veinticinco años que, además, recordaba mi afición por las películas de zombis.

4. Darelle dijo que "los treinta y tres eran una edad perfecta".

¿Perfecta para qué?

Entonces surgió otra pregunta en específico que me congeló el corazón. Un intenso frío se arremolinó en los dedos de mis manos y mis pies.

Era una pregunta tan fundamental que no quería ni hacerla, pero necesitaba saber...

Los Quaritolios.

¿Qué pensará Darelle de ellos?

No podía contarle todo de mí

Mientras conducía hacia Plaza Zafiro, sentía la duda envolver mi cuello con sus largos y fríos dedos.

Una parte de mí me decía que me estaba preocupando demasiado. Solo íbamos a tomar un café y ver una película. Es una ridiculez pensar en los Quaritolios cuando solo somos dos excompañeros de universidad que van a reunirse a recordar viejos tiempos.

Verlo de ese modo me tranquiliza; pero no por ello olvido a los Quaritolios.

Los Quaritolios han sido parte importante de mi vida. Una médula en mi existencia afecta mi modo de relacionarme con las personas.

Estacioné el coche cerca del cine y me dirigí al café donde quedé con Darelle.

Aunque se ven personas por aquí y por allá, la actividad es muy baja en comparación a otras plazas comerciales. Los negocios, que se distribuyen a lo largo de los pasillos techados, en su mayoría están solos y sus escaparates algo vacíos. A pesar de que el azulejo brillaba con cierta elegancia, algo no terminaba de cuadrar en el aspecto general del sitio.

No sabía por qué Darelle me había citado en un lugar así. Estaba seguro de que su estilo era algo más elegante. La podía imaginar en uno de esos enormes centros comerciales de techos altísimos, no en un sitio como este.

Tras caminar un rato por los solitarios pasillos llegué a un lugar abierto con una fuente en medio. Alrededor de esta había varios negocios dispersados. Uno de ellos era el cine donde, en la caseta, una señora mascaba chicle desinteresadamente.

— ¡Johan! — Escuché que gritaban a mis espaldas y al girarme la vi.

Darelle estaba sentada en una de las mesas que estaban afuera de un humilde café. Le cubría una especie de parasol color beige. A su alrededor había otras dos mesas vacías y dentro debía haber unas cuatro más; aun así ella era la única comensal de momento.

Me acerqué a ella, ya no pensando en los Quaritolios, sino en lo bonita que estaba con esa ropa; un top azul de manga larga, *leggings* negros y unos blanquísimos tenis. Era la misma ropa que solía llevar a la universidad. Lo único que desentonaba eran los enormes lentes de sol que llevaba sobre la cabeza.

Al verla de ese modo no pude dimensionar que realmente hubieran pasado tres años desde que salimos de la universidad. Ella estaba exactamente igual que como la recordaba; pequeña, esbelta y con su sedosa cabellera negra.

— ¡Hey! — dijo levantándose de la silla y saludándome de beso — ¡Cuánto tiempo, eh!

— Sí, ha pasado mucho — respondí sentándome frente a ella.

Admiré el paisaje a nuestro alrededor. Todo resultaba sombrío comparado al aura brillante de Darelle.

— Hmm...

— ¿Qué pasa? — pregunté.

Darelle me observó reflexiva. Inclinó la cabeza ligeramente y, con los codos en la mesa, juntó sus manos contra una de sus mejillas.

— Has cambiado mucho.

— ¿Eh? ¿Te parece?

Sentí mi rostro enrojecerse y, al ver que Darelle lo notaba, sentí todavía más calor. Ninguno dijo nada durante varios segundos hasta que llegó la mesera.

— ¿Le dejo una carta, señor?

— Ah, sí. Gracias — respondí agradecido de que rompiera el silencio.

Revisé con cuidado el menú sin saber realmente qué pedir.

—Hace mucho que no venía por acá —le dije queriendo cambiar de tema.

—La verdad es que yo tampoco. Sí te soy honesta, me perdí un poco.

—¿En serio?

—¡Sí! Ni siquiera supe cómo, pero terminé llegando a un billar.

—Ah, ¿Ese lugar aún existe? Cuando estaba en la prepa venía mucho con mis amigos.

—¿Y eres bueno?

—No —respondí riendo—. ¿Tú? ¿Te gusta el billar?

Negó.

—No es que no me guste, pero soy muy mala. Me defiendo más en el boliche. Dicen que también hay uno aquí.

—Creo que sí. Aunque cuando venía de joven aún no lo ponían.

—De joven —rió—. Hablas como si fueras viejo, pero aún eres joven Johan.

—¿Tú crees?

Asintió sonriente.

—Y cuéntame ¿Qué has hecho? Hace tanto que no nos vemos.

—Rayos —suspiré—. Pues han pasado demasiadas cosas...

Así, con una precisión quirúrgica, fui desmenuzando mi vida para relatársela a Darelle. No podía contarle todo de mí; no debía saber nada innecesario, y mucho menos si estaba relacionado a La Pérdida o Los Quaritolios.

Al contarle que dejé mi trabajo en un enorme despacho contable para abrir una librería Darelle abrió muchos los ojos. Empezó a hacerme muchas preguntas sobre qué libros vendía, el aspecto de la tienda y si no era muy difícil llevar un negocio así. Al final prometió ir a visitarme un día, aunque me di cuenta enseguida que no le entusiasmaba la lectura.

Mientras charlábamos, las expresiones corporales de Darelle me hipnotizaban. Desde la forma en que sostenía el popote con los dedos, hasta el movimiento rápido y grácil que hacía con la mano para acomodarse el cabello detrás de la oreja. Sin embargo, algo más me inquietaba:

La gente a nuestro alrededor...

No sabía si solo era mi imaginación por los nervios, pero me daba la impresión de que las personas que pasaban nos miraban demasiado.

Quizá fuera llamativo el contraste entre una chica de veinticinco y un hombre de treinta y tres. Ni que decir tiene que ella era toda una belleza y yo alguien tan común como corriente.

Tras una extensa charla sobre las trivialidades de mi vida se hizo un breve silencio. Estaba a punto de preguntarle aquello de que era *Influencer*. No entendía lo que implicaba, ni cómo se ganaba la vida con un trabajo así. Solo que, antes de poder decir nada, miró su celular y habló apresurada.

—Ah, tenemos que irnos; la función empieza dentro de poco.

—Claro.

En cuanto me levanté, esa extraña sensación de que nos vigilaban se intensificó.

Al echar un ojo a mi alrededor no tuve duda alguna; las miradas se clavaban en nosotros.

Una muchacha nos apuntó con su teléfono, como si fuera a tomarnos una foto. Mas no tenía sentido. ¿Por qué alguien querría hacer algo así?

Voltee a ver a Darelle. Los lentes de sol que tenía sobre la cabeza ahora cubrían sus ojos. En cuestión de segundos algo en ella había cambiado mientras caminábamos hacia el cine y comprábamos las entradas. Estaba muy seria y su caminar algo rígido. No pude decir nada, el silencio nos envolvió hasta que llegamos a la fila de golosinas.

Los boletos los había comprado ella, así que yo insistí en pagar lo demás. A Darelle no le gustó la idea y era la primera vez que veía a una mujer así de enfadada por algo como eso.

Sé bien que la parte más cara de ir al cine es comprar en la dulcería, pero vivía solo y, aunque no ganaba los millones, tenía suficiente dinero para gastar en este tipo de cosas sin afectar mi economía.

Nos dirigimos animados hacia las salas y algo en mí se estremeció al ver cómo el chico que recibía nuestros boletos se quedaba boquiabierto al ver a Darelle.

—Oye Darelle...

—¿Hm?

—¿Hay algo que deba saber de ti?

Volvió a ponerse los lentes sobre la cabeza y se me quedó viendo fijamente con una profunda seriedad. Analizaba algo detrás de mis palabras y pensaba cuidadosamente cómo iba a responderme.

—Puede ser... —y sonrió de una forma muy distinta a la que yo conocía. Era el gesto seductor de una fiera que usa todas sus fuerzas para retener a su presa; las comisuras de sus labios se elevaban con dulzura y tenía los ojos ligeramente entornados.

—¿Qué es?

—Debes descubrirlo.

—¿No puedes decirme?

Negó lentamente. Su suave cabello ondeó con gracia, enmarcando una sonrisa hermosa y enigmática. Al verla mi corazón brincó de nuevo, como si intentase revivir mi cuerpo.

Entonces Los Quaritolios volvieron a ocupar mi cabeza y me obligué a mantener mis expectativas bajas. Ese era mi sistema infalible para evitar nuevas heridas en el corazón.

Caminamos en silencio hasta que nos adentramos en la oscuridad de la sala. Solo entonces Darelle se relajó por completo.

Tomamos nuestros asientos y, mientras veíamos los anuncios, no dejábamos de reírnos. Eran tan ridículos que no me podía reservar mis comentarios. Darelle se carcajeaba a mi lado con sus ojitos resplandeciendo por la luz de la pantalla y llevándose palomitas a esos bellos dientecillos blancos.

De cierto modo era como estar de nuevo en la universidad; así lo sentía mi corazón.

En cuanto inició la película nos quedamos en silencio durante toda la función.

Yo estaba demasiado inmerso en la trama, por lo que no hubo roces accidentales de manos, ni tampoco ideé planes intrincados para abrazarla o darle señales de que quería un beso.

No.

Solo éramos dos excompañeros de universidad que habían vuelto a interactuar por la gracia de un par de audífonos Sony de gama alta.

—Qué bueno estuvo el final —dije mientras caminábamos por el pasillo que daba a la salida del cine.

—¡Sí! Hace mucho que no veía una peli así.

—Yo tampoco.

Seguimos intercambiando opiniones sobre la película y, justo antes de dar al área de dulcería, se cubrió de nuevo con esos enormes lentes de sol.

Me extrañé. Pasaban de las nueve de la noche; ya estaba demasiado oscuro para usar algo así.

Darelle caminó deprisa y, sin que dijera nada, supe que debía seguirle el ritmo. Notaba en sus apurados movimientos que debía darme prisa también.

Fue hasta que estuvimos en el estacionamiento que volvió a relajarse. La oscuridad de la noche debía hacerla sentir más segura.

Me ofrecí a llevarla a su casa y aceptó con una sonrisa.

— Bonito coche — dijo al subirse.
— ¿Te parece? ¿Aunque sea modelo 2007?

— Aun si tuviera treinta y tres años me subiría a él.

Y aunque me dio risa su comentario sentí mi rostro calentarse y enrojecer.

No fueron solo sus palabras, sino la forma en que subió su hombro ligeramente y me miró desde el asiento de copiloto. De nuevo era esa poderosa sonrisa sensual que me envolvía en una bruma cálida.

— ¡Vives en una mansión! — le dije con las manos en el volante cuando me estacioné frente a su casa.

— ¿Te gusta? Puedes visitarme cuando quieras.

— ¿Tienes piscina?

— Claro ¿Sabes nadar?

— De hecho no — nos reímos — pero me gusta el agua.

— Bueno... Cuando quieras te la puedo mostrar.

Vi que parpadeó rápidamente un par de veces, pero no sabía lo que estaba pasando. No podía estarme coqueteando una belleza como ella.

— Me encantaría — dije finalmente.

Hubo un breve silencio entre nosotros. Luego empezó a mirar su celular mientras hablaba sobre la hora y el frío que hacía. Entonces otro silencio y una nueva voz surgió de ella al hacerme su pregunta.

— ¿Tienes Insta?

Su pregunta me sorprendió tanto que no pude evitar echarme para atrás y parpadear con fuerza.
¿A que venía eso?

— ¿Instagram? Si tengo pero la verdad no lo uso. ¿Por qué?

Guardé silencio. Darelle miraba al frente, sus finos dedos jugueteaban con su cabello. Una enorme sonrisa afloró en su rostro. Sin moverse de su sitio, sus ojos se encontraron con los míos.

— Eres tan extraño.

Nos reímos los dos, creo que la mía fue más de nervios que de otra cosa.

— Creí que ya te habías dado cuenta de eso en la universidad.

— Me di cuenta. Tal vez por eso me agradabas tanto.

Noté que se mordía ligeramente el labio mientras sus ojos me devoraban.

No tenía idea de que te agradaba.

Eso quise decirle, pero las palabras no salieron de mi boca. Simplemente nos quedamos viendo fijamente. Estaba atrapado en sensaciones opuestas y poderosas que, al chocar, volvían a encender una chispa en mí. Sus ojos me quemaban por dentro y su sonrisa coqueta me envolvió de una dulzura que alguna vez sentí en la adolescencia.

— ¿Quieres pasar?

— Quiero...

Entornó los ojos. Extendí mi mano hacia su rostro y sus pestañas fueron cayendo hacia sus pequeñas y blandas mejillas. Me acerqué a ella y la besé.

Por supuesto que en ese instante debería estar pensando en muchas cosas. Por ejemplo, en los Quaritolios. ¿De verdad podía seguir por este camino sin antes averiguar qué era lo que Darelle pensaba al respecto?

Sin embargo no pensaba en nada, tan solo me dedicaba a deleitarme con esos labios tan suaves que me iban comiendo con lascivia. Quería concentrarme en el tacto suave al deslizar mi mano por su cuello y acariciar su hombro. En mis dedos bajando por su espalda hasta rodear su cintura y estrecharla con fuerza.

Quería aferrarme a esas sensaciones porque no sabía si sería un evento único que no volvería a repetirse jamás.

Al entrar en la mansión, guiado por la diminuta mano de Darelle, me sentí en una dimensión extraña. Unas tenues luces azules que salían de las esquinas superiores de las paredes iluminaban la oscuridad a duras penas. La decoración exhalaba el aliento de un mundo submarino ancestral. Todo tenía un aire sagrado que yo no quería perturbar.

Mientras me guiaba, Darelle nunca miró atrás. Jamás pareció pensar que algo pudiera ocurrirme; que, al voltear, solo hallara mi brazo mutilado entre sus dedos.

Afortunadamente yo seguía completo cuando nos detuvimos frente a unas escaleras que descendían hacia un sótano. Abajo palpitaba una luz azul marino que, de inmediato, ralentizó mi respiración.

Darelle me soltó la mano y me miró. Entornó los ojos (o al menos eso me pareció, pues estaba demasiado oscuro) y escuché su voz en mi cabeza:

Descálzate.

Asentí lentamente y la obedecí sin preguntar nada. Mientras me desabrochaba las cintas vi que los pies de Darelle ya estaban desnudos.

En cuanto me quité los zapatos, Darelle de nuevo me tomó de la mano y me guió hacia abajo.

Las escaleras eran afelpadas y ninguno de nuestros movimientos emitía sonido alguno.

En cuanto mis pies descendieron el último escalón, no me quedó duda alguna; estaba en el fondo del mar.

Mis pies se sumieron en la suave arena y los diminutos granos fueron infiltrándose entre los resquicios de mis dedos. Las paredes de aquella habitación, hechas de una piedra obscura e irregular, daban vida a plantas acuáticas de múltiples colores. Algunos pececillos, pequeños como mariposas, flotaban nadando en libertad.

En el centro de todo había una enorme cama de sábanas rosas. Sobre ella caían algunos rayos que entraban por una abertura irregular en el techo. Se trataba de una luz lejana, proveniente de un sol distante.

Mientras yo admiraba aquel lugar, empezó a sonar *Late Night*, de *Foals*. Era una melodía sensual que, de pronto, transformó por completo la atmósfera de la habitación. El sonido era perfecto, con el volumen justo para envolverme en un vaivén de caricias auditivas. No tenía idea de que a Darelle le gustara esa banda; en realidad, ni siquiera sabía qué música escuchaba.

Entonces, de entre esas oscuras aguas, apareció Darelle.

Su pequeño semblante se acercaba a mí con la seguridad de un gigante. Vestía un hermoso conjunto negro. Las curvas que delineaban su figura me obligaban a contemplarla entera, sin saber en qué punto detener mis ojos.

¿En dónde había quedado su ropa de antes? No lo sabía, no la veía por ninguna parte, ni me importaba. Simplemente cerré los ojos y abrí los brazos para estrechar su cintura contra mi cuerpo.

Los Quaritolios...

Los Quaritolios me importan una mierda.

Acaricié su cabello, su cuerpo...

Las serpientes de fuego, que hasta ese momento dormían en mi pecho, se infiltraron en mi corazón, haciéndolo arder. Sentí un deseo tan intenso que me dolía. Darelle lo notó y me acarició suspirando. Me desnudó con urgencia. Me dejé llevar por ella. Algo en su perfume remojaba las paredes de mi ser con una nostalgia olvidada; como cuando de niño observaba las noches de lluvia por la ventana.

Avanzamos hacia la cama, y las luces azules cobraron vida. Los rayos de sol traspasaban las profundidades del mar y llegaron hasta ese abismo donde, Darelle y yo, descansábamos sobre las suaves sábanas color rosa.

Tras varias maniobras submarinas, finalmente quedé encima de ella. Me sonrió de nuevo y hundió la cabeza entre sus hombros. Su largo cabello serpenteaba lentamente, al ritmo del agua. Sus ojitos entornados con dulzura se fueron cerrando conforme me sumergí en su interior.

Entonces todo se transformó en un hermoso caos marino.

El aire a nuestro alrededor, transformado en agua oscura, burbujeó.

Me fascinaba la naturalidad con que mis manos se adaptaban a las caderas de Darelle. Me embelesaba la suavidad de sus muslos, el sabor de su saliva y la vivacidad con que sus jadeos se deslizaban por mis canales auditivos. La densidad del agua comenzó a frustrarme. Jamás había sentido una avidez tan urgente de poseer a alguien.

Finalmente, varias canciones después, culminamos en un grito que, estoy seguro, ascendió hasta el inmaculado sol que nos observaba desde la distancia.

Se perderá para siempre

Cuando recuperé el conocimiento, estaba recostado sobre algo muy suave. Al abrir los ojos pude ver la luz del sol, tenue y misteriosa, a lo lejos:

Seguía en el fondo del mar.

En ese momento sonaba *Stepson*, y la melodía flotaba sobre nosotros, nos envolvía como un dulce aroma que sabía a nostalgia.

Algo se removió a mi izquierda. Al girar la cabeza pude ver a Darelle completamente desnuda, con su cabeza descansando sobre mi brazo. Su cabello se extendía por todas partes, regalándome una vista maravillosa.

Le canté en voz baja, imaginando que Darelle me acompañaba con su voz adormilada.

En ese momento, la canción hablaba sobre caer en lo más profundo, y me preguntaba si sería así, si Darelle estaría dispuesta a caer conmigo hacia un abismo más profundo.

Lo dudaba.

Seguramente, en cuanto mencione a los Quaritolios, todo esto que tengo se desvanecerá. Esta dimensión submarina, esta mansión ancestral en el fondo del mar, se perderá para siempre.

Entonces ya no podré volver jamás.

Consecuencias

Ese lunes, al abrir la librería, no tuve ganas de hacer nada.

Aunque mi regla de oro era limpiar al llegar y luego acomodar los libros, lo único que hice fue quedarme tras el mostrador, mirando a la nada.

No dejaba de pensar en todo lo que había sucedido, en lo rápido que estaba ocurriendo todo.

Recordé aquella mansión submarina ancestral, las sábanas rosas, las luces azules latiendo en la oscuridad. Recreaba en mi mente el cuerpo de Darelle y las sensaciones que había despertado en mí. Parecía un sueño profundo e intenso, pero cuanto más lo recordaba, más sentía que algo de él seguía vivo dentro de mí. Sin embargo, el tacto de su piel seguía quemándome en las yemas de los dedos; si me lo proponía, podía incluso sentir cómo repasaba uno a uno los poros de su piel.

No había duda: aquello había sucedido en verdad.

Sin darme cuenta llegó el mediodía, y solo entonces sentí hambre. Me comí unas galletas que tenía a la mano y después volví a mi estado de trance.

No sentí el paso de las horas... hasta que un mensaje me sacudió por completo.

DARELLE: ¡De verdad lo siento, no quería que pasara algo así!

DARELLE: Debí decírtelo desde antes, pero de verdad no creí...

Cuando recibí su mensaje eran las seis de la tarde.

Me tomé mi tiempo antes de contestarle; media hora para ser exactos. En ese tiempo releí cincuenta veces lo que me había escrito.

Al final, aunque seguía sin saber bien qué responderle, escribí lo primero que se me vino a la cabeza.

JOHAN: Empiezas a asustarme.

JOHAN: ¿Finalmente vas a confesarme que eres una asesina serial?

DARELLE: En serio Johan...

DARELLE: Me estoy riendo demasiado pero no sé si son los nervios o que.

JOHAN: ¿?

DARELLE: ¿Si te pregunto algo prometes decirme la verdad?

JOHAN: Okey.

DARELLE: ¿De verdad no sabes a qué me dedico?

JOHAN: He escuchado rumores de que eras influencer, ¿es eso verdad?

DARELLE: Era en serio eso de que no usabas Instagram ¿Verdad?

JOHAN: Si, no le entiendo a esa aplicación. Ni siquiera recuerdo mi contraseña.

DARELLE: Ahora entiendo...

JOHAN: ¿Qué cosa?

DARELLE: Mira en realidad...

DARELLE: Bueno en realidad, eso de ser influencer es un pasatiempo.

DARELLE: Es más, ni siquiera pedí serlo. Simplemente sucedió.

JOHAN: No lo entiendo.

DARELLE: A veces yo tampoco.

JOHAN: Entonces, si no eres influencer ¿Qué eres?

DARELLE: Perdona que haga tanto drama, no es nada grave, ni algo del otro mundo... o no sé. Puede que para alguna gente sí.

JOHAN: Ya...

DARELLE: Soy modelo.

JOHAN: Vaya...

JOHAN: Pues no tenía ni idea. Aunque tampoco me sorprende la verdad. Eres muy guapa.

DARELLE: No lo entiendes, no soy cualquier modelo.

JOHAN: ¿Ah, no?

DARELLE: No...

JOHAN: Haces desnudos ¿o algo así?

DARELLE: ¡No!

JOHAN: ¿Entonces?

DARELLE: Es... algo parecido.

JOHAN: Me has sacado una risa. No sé qué puede ser parecido a un desnudo y no serlo al mismo tiempo.

Casi podía verla suspirar mientras leía mis mensajes.

DARELLE: Soy modelo de ropa interior.

No le respondí de inmediato. Ella tenía razón, no era nada grave ni tampoco algo del otro mundo. O, como dijo, puede que para alguna gente sí.

A mí no me molestaba en absoluto. Es decir, ni tendría por qué molestarme. Es su vida y es un trabajo a fin de cuentas. Si tardé en responder fue porque no me lo esperaba. El trabajo de modelo estaba bien dado que Darelle era una chica sumamente hermosa. Pero que fuera modelo de ropa interior me dejaba una sensación extraña en el corazón. Quizá porque no empataba con la imagen que yo había tenido de ella.

Siempre la había imaginado más como ejecutiva financiera o algo similar. Y es que en la uni ella siempre fue uno de los mejores promedios.

DARELLE: ¿Estás enojado?

JOHAN: Nada de eso. Solo no sé qué decir.

JOHAN: No me lo imaginaba.

DARELLE: No. Creo que nadie.

DARELLE: Ni siquiera yo.

DARELLE: La oportunidad surgió, la tomé... y todo explotó.

JOHAN: ¿Todo explotó?

JOHAN: ¿Y a qué te referías con lo de tu primer mensaje?

JOHAN: Eso de que no querías que pasara algo así.

DARELLE: Está bien...

DARELLE: Creo que es mejor que lo sepas por mí.

Y, tras decir eso, me envió un link de un portal de noticias. Lo abrí enseguida y lo leí. Lo primero que llamó mi atención fue el titular.

«DARELLE ES CAPTADA EN UNA CITA CON UN HOMBRE MISTERIOSO»

Se trataba de una especie de reportaje que, en realidad no decía demasiado. El texto era redundante y hacía énfasis en la apariencia de Darelle y en la mía. Me sorprendió que no fueran duros conmigo, pues por la forma en que estaba redactado comprendí que Darelle no era una modelo cualquiera, sino alguien muy popular.

No tenía idea de que las modelos de ropa interior pudieran también ser celebridades de ese calibre.

DARELLE: Lo siento, ni siquiera sé cómo decirlo, pero... Siento que te acabo de meter en un problema.

DARELLE: Sabía que al salir así, con un hombre, algo podía pasar.

DARELLE: Pero no pensé que de verdad fuera a causar tanto revuelo.

JOHAN: No pasa nada.

JOHAN: Me alegra que al menos el que escribió esa nota fuera tan amable al llamarme "apuesto y misterioso hombre".

DARELLE: Pues es que eres apuesto, de eso no hay duda.

DARELLE: Aunque yo diría más bien que eres raro. Pero es verdad que también tienes algo de misterioso.

JOHAN: Me alegro tanto que seas modelo y no redactora de noticias.

JOHAN: ¿Desde cuándo eres modelo?

DARELLE: Preferiría contártelo todo en persona, pero voy a salir de viaje.

DARELLE: Tengo una sesión de fotos en otra ciudad.

DARELLE: Voy a estar al tope de trabajo.

DARELLE: ¿Te parece si salimos cuando regrese?

JOHAN: Okey.

DARELLE: ¿Puedo pedirte un favor?

JOHAN: Dime...

DARELLE: Trata de mantener un perfil bajo, por favor.

JOHAN: ¿Mantener un perfil bajo?

DARELLE: Si. Si llegan a saber quién eres, te podría causar muchos problemas.

JOHAN: ¿Problemas?

JOHAN: ¿No es un poco exagerado?

DARELLE: No lo entiendes aun...

DARELLE: Es como si estos tres años hubieras estado en otro mundo.

DARELLE: ...y creo que por eso me agradas Johan.

No sabía qué decir. Estaba demasiado impactado por todo.

Quizá tuviera razón y todo este tiempo estuve viviendo en otro mundo. Ahora, tras haberme sumergido en el fondo del mar, emergí a la realidad verdadera, si es que puede llamarse así.

Intrigado por todo lo relacionado con Darelle comencé a buscar más sobre ella en Internet.

Y es que, entre más noticias leía con su nombre, más cosas salían a la luz. No solo había decenas de reportajes sobre esa cita, sino también cientos de artículos sobre ella, sobre cómo se dedicaba a hacer videos de maquillaje en YouTube y sobre como su Instagram es uno de los diez más populares del país.

Una nota en particular llamó mi atención: hablaba de cómo Darelle se había convertido en la imagen de una prestigiosa marca de lencería que se difundió de forma masiva, causando revuelo en todo el país.

En la foto, Darelle avanza por una pasarela de fuego con la barbilla ligeramente alzada y sus largas pestañas extendiéndose con desdén. La lencería que llevaba puesta era negra, con complejos bordados simbólicos que rodeaban sus pechos y su cintura. La tela curvea su cuerpo, confiriéndole a su figura una energía mística.

Por más que lo pensaba no me parecía que la chica con quien había tenido sexo era la misma de esa foto. De repente, muchas variables parecían haberse modificado a mí alrededor.

Darelle tenía razón; es como si estos tres años hubiera vivido en otro mundo.

Sueño I: Kitsune Bikes

Esa noche tuve un sueño extraño.

Quizá lo más normal hubiera sido que soñara con Darelle y su suntuosa figura. Sin embargo, aunque en el sueño estaba en su habitación, ella no se veía por ninguna parte. En mi brazo no sentía su cabecita, ni el roce de su cabello negro.

Tan solo estaba ahí, echado sobre las sábanas rosas, mirando la abertura del techo por donde se filtraba, con timidez, la luz de la superficie.

Entonces, a través de la abertura, vislumbré, esbozados en la superficie, los contornos irregulares de un animal que se asomaba al fondo del mar. Era un animal pequeño y astuto, de ojos rasgados y orejas puntiagudas; me parecía que era un zorro.

El zorro me observaba con fijeza. Olisqueaba el agua con curiosidad, se alejaba y luego regresaba. Estaba inquieto y su cola se movía de un lado a otro.

Luego, de la nada, comenzó a beber el agua con su pequeña lengua. Lo hacía con avidez, como si quisiera secar el mar para rescatarme. Quise decirle que estaba bien, que no pasaba nada, pero no pude porque mi conciencia se desvaneció paulatinamente.

El zorro bebía y bebía. No comprendía cómo le cabía tanta agua en ese pequeño estómago suyo, pues siguió haciéndolo durante horas. Lengüeteaba sin parar y, cada vez que lo hacía, percibía una intención distinta en su movimiento.

Quizá, lo que quería el zorro en realidad, era salvarse a sí mismo.

Intenté que aquel sueño quedara impregnado en mi memoria. Me parecía importante no lo olvidarlo.

Aun así, al despertar, lo olvidé.

ARABELA: Una historia del pasado I

Uno

Hoy, después de cinco años de luto, he decidido volver a tener citas.

Mi jefa insistió tanto que no pude negarme. Esa mujer, cuando se propone algo, lo consigue, aunque sea una molestia para todos.

No entiendo cuál es su problema.

Sí, claro, tengo ya treinta y cinco años; sé que ya no soy la joven que solía ser. Mi cabello ya no me crece como antes y mis piernas no están tan firmes. Pero sigo siendo yo. No pasa nada por ser paciente, por enfocarme en mi trabajo primero y mi futuro profesional. Ni siquiera puedo tener hijos, así que no tengo prisa por casarme otra vez.

Tras dos semanas de búsqueda en una app de citas, finalmente encontré a un tal Johan.

Podría decir que fue suerte haberme topado con alguien decente entre tanto hombre asqueroso, pero en realidad fue fruto de las largas noches que pasé filtrando candidatos.

Al mirar las fotos de Johan no podía decir que estuviera viendo a un caballero de armadura dorada; puede que ni a escudero llegase. Me decidí por él porque, a diferencia de otros, su objetivo principal no era el sexo casual, y porque entre nosotros había ciertas similitudes.

Ambos estudiamos contabilidad y nos gusta el ciclismo. A mí no es que me apasione, pero conozco mucho de bicicletas por mi trabajo. Mi jefa y yo hemos abierto en la ciudad cinco tiendas de ciclismo en los últimos tres años. Pronto nos expandiremos a todo el país.

Me pregunto si este sujeto no será de esos hombres inseguros que les aterra que una mujer gane más que ellos.

En fin solo me queda esperar.

Acabo de llegar a casa tras mi cita con Johan, y no puedo creer lo bien que salió.

Nos citamos en un elegante restaurante a las afueras de la ciudad. Al llegar a la mesa él ya estaba ahí.

Iba bien vestido, de camisa blanca, corbata roja y con un pantalón de vestir gris muy bien planchado. Su perfume no era demasiado invasivo, aunque me constaba que tampoco era de los caros. Simplemente estaba bien.

Me dijo que me veía guapa, y noté que se esforzaba por no babear ante el vestido rojo que llevaba puesto. En ese momento me dije que era como todos los demás, hasta que, minutos después, ya enfrascados en la charla, me di cuenta de que en sus ojos no había lascivia y que, si se mostraba tan afable conmigo, no era porque quisiera llevarme a la cama.

Y así fue; no nos acostamos. Solo cenamos, bebimos un poco y después nos despedimos.

Mentiría si dijera que no me gustaría salir con él otra vez.

Sin embargo debo pensar lo bien. Porque, aunque sé que fue sincero con lo que me contó, tengo la impresión de que, muy en el fondo, esconde algo que no quiere revelar a nadie. Debe de ser un secreto tan oscuro que el simple hecho de imaginarlo expuesto al mundo lo mantiene inquieto.

No... no es cierto. No es el mundo lo que le preocupa; lo que lo tenía tan tenso era el hecho de que *yo* pudiera descubrirlo.

Esa fue una coronada a la que no le presté demasiada atención hasta que llegamos a mi casa y tuvimos que despedirnos.

La sonrisa que me dio al alejarse me decía que sí, que la había pasado bien, pero también que, ahora que todo había terminado, por fin podía relajarse.

Lo más inquietante fue que yo también, al quedarme de nuevo a solas, me sentí más segura. Tuve la irracional certeza de que, si hubiera pasado un minuto más a su lado, algo de su oscuridad se habría adherido a mí, y ya no volvería a ser la misma.

IDANA

1Q84

Eran las seis de la tarde y me hallaba tan disperso en mis pensamientos y no me di cuenta de que una chica estaba frente a mí, esperando ser atendida.

—Hola —susurró.

—Ah, perdón —dijo nervioso—. ¿Te cobro?

La chica asintió y me extendió el libro. Su mano se veía aún más pequeña sosteniendo ese grueso tomo.

Se trataba de una novela de Haruki Murakami que me gustaba mucho: 1Q84. La había releído unas cuatro veces a lo largo de mi vida. Aquel no era un libro que se vendiera mucho, y menos aún algo que comprara una chica tan joven.

Tuve ganas de preguntarle si, al igual que yo, también era fanática de Murakami.

Mientras metía el libro en una bolsa y preparaba su cambio, me iba armando de valor. Iba a iniciar una conversación, cuando algo llamó mi atención:

La chica llevaba el cabello negro recogido en un moño pequeño adornado con una cinta.

—¡Ah! —exclamé—. ¿Amy?

Ella asintió en silencio, regalándome una tierna sonrisa. Llevaba una bolsa de tela en un hombro y otras dos de plástico en cada mano. Debía estar haciendo las compras. Fue tan curioso verla así, como una pequeña ama de casa con rostro infantil.

—Lo siento, estaba distraído. No te reconocí.

—Me di cuenta —dijo divertida.

Guardé silencio sin saber cómo proseguir.

Ahora que sé que esta chica es la novia de Samuel, aunque me muero de ganas de hablarle sobre Murakami, sé que no sería lo correcto. Si empiezo a transitar por ese camino algo peligroso puede ocurrir. Además, es una chica de dieciocho años, y yo...

—Muchas gracias —dijo, sacándome de mis absurdas reflexiones—. Fue un gusto saludarlo.

—Vuelve pronto.

Al escucharme entornó los ojos y me regaló la sonrisa más luminosa que hubiera visto jamás.

—Lo haré...

En cuanto salió de la librería sentí que los pasillos se ensancharon y que los estantes crecieron hasta los cielos; pero yo me quedaba igual.

El lugar donde Amy había estado un momento antes ahora se sentía inmensamente vacío. Era demasiado consciente de la ausencia de su calidez.

Comenzaba a comprender por qué a Samuel le gustaba tanto.

Cuando ya estaba por cerrar, me pregunté por qué Amy no mencionó nada sobre Darelle y el autógrafo que iba a conseguirle. De hecho, pensándolo bien, yo también olvidé por completo que, al principio, esa había sido la razón por la que empecé a pensar en Darelle.

Todo comenzó con unos audífonos Sony de gama alta y terminó con una noche bajo las profundidades del mar.

¿Debí contárselo a Amy? Claro que no, no podía hablarle de algo así. Además, no tenía sentido; ni siquiera le había conseguido su autógrafo.

En cuanto dieron las diez, la tienda quedó en absoluta soledad. Dejé a un lado el libro de Murakami, cerré la tienda y subí a la bici.

Al llegar a casa me quité la ropa y me puse un short y una camiseta. Cené en silencio, vi algo de televisión y, cuando me aburrí, me fui a la cama y me dormí.

Un ancestral zorro de pelaje dorado

La semana transcurrió sin que nada sucediera en absoluto.

De algún modo me sentía raro porque estaba seguro de que, llegado a este punto, algo debería estar pasando en mi corazón después de haber pasado la noche con Darelle.

Lamentablemente, por más que lo pensaba no me parecía que la excompañera de universidad y la modelo de ropa interior fueran la misma persona. Por esa razón, aunque no recibí mensajes de ella en toda la semana no me sentí triste.

El siguiente lunes llegó de nuevo.

Eran poco más de las nueve de la noche; estaba a punto de cerrar. Las ventas no fueron tan buenas, pero de momento eso no me preocupa.

Darelle. Eso era lo único en lo que podía pensar.

¿Estaría ahora mismo en la cama de un hotel? ¿Se pasearía por las calles empedradas de una ciudad extraña? ¿Pensaría en mí?

Durante el día me distraía atendiendo a los clientes de la librería, acomodando nuevos títulos o limpiando el lugar. Siempre era en las noches, antes de cerrar, cuando su recuerdo regresaba a mí y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Todo esto es demasiado agotador para mí ya que, antes de Darelle, no pensaba en nada. De hecho, desde hace mucho tiempo ningún pensamiento en especial ocupaba mi mente.

Nunca me había puesto a profundizar tanto en una persona. Jamás se me había dado eso.

Las llaves dieron un par de golpeteos metálicos cuando terminé de cerrar la tienda. Suspiré y, un segundo después, escuché una alegre voz a mis espaldas.

— ¡Johan!

Me giré lentamente para ver de quien se trataba. En un inicio no reconocí la voz ni sabía porque me hablaba de esa forma, como si supiera que algo me pasaba y quisiera animarme.

Frente a mí, una chica alta y delgada, de cabello corto, me sonreía. Su rostro, pálido como la nieve, mostraba un ligero rubor en las mejillas. Tenía los ojillos pequeños y rasgados; en apariencia indefensos, pero llenos de astucia.

Su aura me desconcertaba; había algo en ella que me removía el alma de una forma que no alcanzaba a comprender. Tenía la impresión de estar ante un ancestral zorro de pelaje dorado.

La chica tenía las manos detrás de la espalda aparentando inocencia. Más yo, que la conocía bien, sabía que entre esos dedos de nieve bien podía estar ocultando un cuchillo.

— ¡Johan! — dijo de nuevo alzando una de sus manos para saludarme.

Instintivamente di un paso hacia atrás. Temí que de verdad fuera a acuchillarme.

— Idana...

Se acercó hacia mí con toda la naturalidad del mundo, como si nos hubiésemos topado en la universidad entre clase y clase, y me dio un abrazo. Vestía unos jeans de cintura alta y una blusa ligera sin mangas. Sentí un *déjà vu*; esa era la ropa que solía llevar en la universidad.

— ¡Ha pasado un montón! ¿Cómo has estado?

— Eh, bien... — dije. Y me tomé un tiempo para responderle — ¿Qué haces aquí?

— Ah, tengo una amiga que trabaja aquí cerca y la estaba esperando. Vamos a ir a jugar bolos un rato.

— Ya...

—Qué raro, no tenía idea de que habías abierto una librería. —exclamó entusiasmada admirando de cabo a rabo la fachada del local.

—Sí...

—Ah... Hay tanto que no sé de ti. Nos perdimos de vista en cuanto salimos de la uni. ¿Verdad?

—Sí...

—¿Y qué tal? ¿Cómo es eso de vender libros? ¿Deja dinero?

Idana se cruzó de brazos y plantó los pies como si planeara quedarse conversando un buen rato. Hablaba con una profusa animosidad. Jamás entendí por qué siempre me trató así, como si fuera su único amigo en esta tierra. No me gustaba me que me tratara con tanta efusividad.

Si hablé con ella fue por amabilidad. Jamás había tenido intención de relacionarme con Idana. Desde que la conocí me ha inquietado ese rostro que pareciera maquinar algún desconcertante plan.

Así pasaron los minutos y, por más que yo trataba de terminar la conversación, Idana la alargaba más y más. Debía admitirlo, tenía una habilidad increíble para la persuasión. Sería buena vendedora, si no es que ya lo era.

—Bueno —dije como por tercera vez— debo irme.

—Oh... entiendo. Debes estar cansado. Sé que no es fácil llevar un negocio —dijo mientras jugaba con uno de sus mechones castaños, enredándolo en su dedo. Hizo una pausa y luego añadió— . ¿Vienes en coche?

—No, traigo bici.

—¿En serio? ¿Puedo verla?

Se mostró muy animada; olvidaba lo mucho que le fascinaban las bicicletas.

Suspiré.

Iba a sonar aún más grosero si le decía que no.

—Claro, es esa de ahí —dije apuntando frente a la tienda, donde había un estacionamiento de bicis.

—¡Waoh! Este es un buen modelo —dijo poniéndose en cuclillas mientras revisaba los pedales— ¿Veintiún velocidades, eh?... Nada mal. ¿La usas para venir?

—Sí.

Me agaché junto a ella para quitar la cadena a la llanta y sacarla. Me subí al asiento esperando que le quedara claro que necesitaba irme y me acomodé. Tenía ya uno de mis pies en el pedal e iba a despedirme cuando habló de súbito. Vaya habilidad tenía para interrumpir a la gente.

—¡Oh no! —dijo llevándose la mano a la frente. Estaba mirando su celular— Mi amiga acaba de cancelarme.

Torcí la boca. Idana parecía esperar alguna respuesta de mi parte, pero yo solo me le quedé viendo ¿Qué era lo que quería de mí?

—¿Tienes algo que hacer? ¿Me acompañas a tomar un café? Me han dejado plantada y no quiero regresar a casa todavía.

Hizo el puchero de una niña. Un gesto que a otros hombres les habría parecido tierno, pero que a mí tan solo me causó agobio.

—La verdad es que sí tengo cosas que hacer.

Coloqué los pies en los pedales y, cuando estaba por alejarme, Idana habló.

—Eras tú el que salió con Darelle ¿Verdad?

Me congelé en el sitio. Una fría corriente avanzó por mi columna, haciéndome bajar el pie del pedal.

El tono que había usado ya no tenía la afabilidad que tanto le había caracterizado en la universidad.

—Claro que eras tú. Y Darelle no quiere que nadie sepa tu identidad.

La observé durante un rato intentando adivinar qué era lo que quería. Había una pizca de malicia en su aura, aunque no comprendía porqué.

¿Qué querría de mí alguien como ella?

—Tomar un café juntos. Solo quiero eso. —Su rostro serio esbozó una sonrisa extraña—.

—Puedes?

No somos tan distintos

Al parecer, a Idana no le importaba en absoluto decir una cosa y hacer otra.

Aunque dijo que tomaríamos café, terminé siendo arrastrado a un reluciente bar con amplias mesas de mármol y decoraciones doradas por doquier.

Nos sentamos en una de las mesas más alejadas de la barra. El sitio estaba prácticamente vacío; a nadie más que a Idana se le ocurriría ir a un bar en lunes.

—A mí me trae un mojito y unas papas —le dijo al mesero con ese tono coqueto que usaba con todo mundo.

—Una cerveza para mí.

Ser arrastrado por Idana hasta ese bar me había agotado, y ahora solo quería beber. Necesitaba algo que me devolviera fuerzas para resistir el momento. Tenía el presentimiento de que aquel encuentro no había sido casualidad.

El mesero, sonrosado por la belleza de mi acompañante, se alejó. Idana recargó los codos en la mesa y entrelazó sus dedos bajo el mentón. Me miraba con curiosidad. Quizá se preguntaba por qué yo, a diferencia del mesero, no tenía ningún interés en su belleza.

Porque era hermosa, sí. Pero ¿cómo explicarlo...? Algo no cuadraba en su personalidad. Todos revelamos y ocultamos cosas al mundo. Sin embargo, Idana ocultaba tanto y revelaba tan poco de sí misma, que resultaba difícil creer cualquier cosa que dijera.

—Siento haberte forzado...

Al menos era consciente de que no venía por gusto, pensé.

Tras decir aquello Idana, entrusteció y volteó el rostro sin mirar alguna cosa en particular. Permanecimos en silencio hasta que el mesero nos trajo las bebidas. Idana lo ignoró por completo a pesar de que hace nada le había regalado una resplandeciente sonrisa.

Observé la espalda del mesero mientras se alejaba. Era la postura de quien lo espera todo y se queda sin nada.

—Las cosas no han ido bien en mi vida... —dijo de pronto. Seguía mirando a la nada con la mano recargada en la barbilla. No sabía si me hablaba a mí o al aire, pero escuchásemos o no, ella siguió hablando.

—Un año después de terminar la universidad mi padre falleció... Creo que ya te lo había contado alguna vez. Mi padre estaba enfermo, y yo trabajaba para costear su tratamiento. Me quedé sola. Mi madre murió en un accidente meses antes de entrar a la uni y desde entonces tuve que esforzarme para costear los gastos del hospital y los de la casa.

Lo reflexioné un momento.

Eso no era mentira. Recordaba que, alguna vez, durante nuestros años de universidad, mencionó lo de su padre. Y, aunque nunca habló de su madre, intuía que debía haber alguna razón de peso para omitir su presencia en todo lo que me contaba.

Tenía muy presente el momento en que me habló de su familia, pues me sorprendió que, así de la nada, se sincerara conmigo de esa forma. Ese día estábamos sentados en una banca, afuera del salón, y ya había oscurecido. Como uno de los maestros no nos dio clase, no teníamos nada que hacer, y la charla se extendió durante toda esa hora.

—Mis dos hermanitos necesitaban comer —siguió diciendo tras beber parte de su mojito— además debía pagarles sus útiles, uniformes y... en fin.

»Y lo hice bien ¿Sabes? Resistí.

»Tenía a Javi conmigo, mi novio. Jamás se me ocurrió ni por un segundo rendirme —Negó lentamente y su cabello corto ondeó con gracia. Le dio otro trago a su bebida y la envolvió entre sus manos— Había días en que lloraba mucho. Mi corazón se fragmentaba en pedazos tan diminutos que ya no podía verlos. Y Javi era mi soporte. Era el único capaz de encontrar los cachitos de mi corazón para pegarlos de vuelta en su lugar. Él me conocía mejor que nadie, se sabía de memoria la composición de mi corazón.

»Solo por *él* resistía...

Le dio otro trago a su bebida y dejó caer el vaso, haciendo estremecer al mesero y al bar tender que conversaban al otro extremo del local.

—A veces no entiendo la vida, Johan —dijo— No la entiendo...

Y, dicho lo anterior, se llevó la mano al rostro y se echó a llorar.

En todo ese rato no soltó el vaso. Sus nudillos palidecieron por la fuerza que empleaba. Yo miré nervioso a mi alrededor. A ojos de los empleados, debíamos parecer una pareja en pleno rompimiento. El bar tender sonreía burlesco mientras que el mesero apretaba los labios como debatiéndose en si irrumpir en la escena para consolar a esa pobre mujer.

Qué tontería...

Idana seguía enjugándose el rostro sin que sus manos dieran abasto para tantas lágrimas.

Si no había caído aún en la desesperación, era porque estaba convencido de que todo esto era real y no una actuación.

Di un largo trago a la cerveza y suspiré.

De algún modo comprendía su situación. Yo también alguna vez fui un abismo con piernas.

—Tranquila... —le dije extendiendo mi mano y colocándola sobre la suya — Has sido fuerte, vas a estar bien...

Idana me miró desconsolada. Su rostro de llanto era aún más extraño. El zorro ancestral de pelaje dorado parecía ahora un gato abandonado bajo la lluvia.

—Estás viva... Has resistido...

De pronto se me fueron las ideas. Me quedé en blanco.

—Vas a estar bien —insistí.

Hasta ahí llegó mi capacidad de aliento. No se me ocurría nada más, ya había dicho lo que tenía en mi corazón.

Idana asintió varias veces, se sorbió los mocos con una servilleta y terminó su bebida de un trago.

El mesero se acercó de inmediato a recoger el vaso.

—¿Todo bien, señorita?

—Sí —dijo otorgándole una sonrisa aún más brillante que la primera — ahora estoy bien. Gracias a él.

Envolvió mi mano con las suyas y una vibración extraña subió por mis dedos, trasladándose hasta mi corazón. El tacto de sus dedos suaves cambió algo en mí.

Intercambiamos algunas palabras con el mesero y, cuando se alejó de nuevo, vi que su espalda estaba cada vez más encorvada. Si seguía esforzándose tanto para obtener la atención de Idana, la iba a pasar muy mal. Por su bien, deseaba que lograra olvidarla.

Veinte veces más ordinario de lo normal

Desde esa noche, Idana comenzó a esperarme afuera de la librería con su bicicleta.

Bien podía haber usado el auto para evitarme todo este drama, pero si seguía pedaleando a su lado era porque no lograba olvidar a la Idana que me abrió su corazón en aquel elegante bar.

Enfundada en *leggins* deportivos y una camiseta de licra, parecía toda una corredora profesional. Llevaba un estilizado casco y guantes de ciclismo. Su equipo era tan caro y su bicicleta tan imponente, que a su lado yo me veía veinte veces más ordinario.

Idana estaba tan esplendorosa que no había nadie que no volteara a verla cuando su bicicleta pasaba. Sus llantas parecían dibujar un camino dorado, dejando a su paso un rastro de flores y miel.

Durante gran parte del trayecto, Idana hablaba sin parar. Y, por ello, sin proponérmelo, comencé a aprenderme todo lo relacionado a su vida.

Idana dirigía la tienda de bicicletas fundada por su padre, llamada *Kitsune Bikes*. Trabajaba todos los días y rara vez se tomaba algún día de descanso, siempre tenía algo que hacer (excepto a esa hora de la noche al parecer).

Yo ubicaba la tienda, estaba en una de las avenidas principales de la ciudad y exhibían un montón de relucientes modelos en la parte de afuera.

Siempre había mucha gente y, ahora que sabía que Idana era la dueña, ya no me extrañaba que fuera tan popular. No me había equivocado al intuir que lo ideal para Idana eran las ventas. No solo por su labia, sino por todo el atractivo que emanaba de su persona. Su cabello siempre estaba impecable y todo el tiempo llevaba un perfume delicioso. Pocos podrían resistirse a su influencia.

Intenté imaginar una tienda de bicicletas atendida por un dueño viejo y panzón que vendiera tanto como la de Idana, pero no logré hacerlo.

— ¿Puedo pasar?

Durante dos semanas era la misma pregunta que Idana me hacía antes de despedirnos en mi casa.

Los primeros días inventaba excusas. Solo que, como aquello seguía y seguía, al final terminé siendo directo:

— Lo siento, no creo que sea lo correcto.

¿Y por qué no era lo correcto?

Bueno, esa era una pregunta para la cual no tenía respuesta, así que agradecí que Idana, al escucharme, se limitara a asentir con el rostro serio.

No era por Darelle. Han pasado tres semanas desde que nos vimos y no he sabido nada de ella. Si sabía que seguía viva era por las noticias y las cosas que subía a sus redes sociales. Sin embargo, todo eso que veía no tenía nada que ver con la Darelle real; o al menos, así lo sentía yo. Todo lo que veía en las noticias y en internet era demasiado impersonal. Por lo tanto dudaba mucho que estuvieran hablando de la misma Darelle que yo conocía.

El hecho de que no me contactara Darelle no me hería, tan solo me extrañaba. Quizá porque desconocía cómo funcionaban las relaciones. Tal vez habíamos llegado a un punto muerto; solo había sido cosa de una vez y no hacía falta añadir más pasos al proceso.

Verlo de esa forma me daba cierta paz. Podía seguir con mi vida sin preocuparme por atar cabos ni por tener que preguntarle su opinión sobre los Quaritolios.

No voy a aceptarte más si me engañas

Un día, mientras pedaleábamos a mi casa, Idana se cayó de la bicicleta.

En un primer momento pensé que había fingido la caída para llamar la atención. Pero el golpe fue tan fuerte que sus leggins acabaron rasgándose y sus rodillas sangraron de verdad. Empezó a llorar por el dolor.

Como ya estábamos a unos metros de mi casa, la llevé en brazos y la senté en el sillón de la sala para curarla.

—Lo siento, de verdad —susurró.

—No pasa nada.

No veía falsedad en aquella disculpa, así que me relajé.

Para poder vendarla necesitaba que se quitara los leggins. Su camisa de manga larga también estaba muy sucia y tenía algunos rasguños en los codos. No podía quedarse así.

Suspiré.

De algún modo sentía que estaba cayendo en su juego y me agobiaba pensar que las cosas estuvieran sucediendo tal y como ella lo había planeado.

Decidí que le demostraría lo fuerte que podía ser y le pedí que se quitara la ropa.

—Johan... algo directo de tu parte, ¿no crees? —dijo ocultándose la sonrisa con una mano.

—Es para curarte.

Lo ideal habría sido prestarle ropa mía que facilitara la curación, pero no tenía nada limpio.

Fui al baño por el botiquín y, cuando regresé, quedé tan deslumbrado que tuve que tragarme saliva. Definitivamente me estaba adentrando en terrenos peligrosos.

Idana, sentada en el sillón, iluminaba todo a su alrededor. Su piel era aún más pálida en las zonas que rara vez exponía. El conjunto color salmón que llevaba puesto se veía demasiado caro como para usarlo en un paseo en bicicleta.

Aunque no la miraba directamente, sabía que Idana tenía sus ojos sobre mí. Seguramente buscaba alguna reacción en mí. Eso era lo que mejor sabía hacer: provocar reacciones, infundir sensaciones, alterar los corazones de quien la mirara.

Primero atendí sus brazos, desinfectando sus heridas. Al hacerlo caí en cuenta de lo palpable que era su vulnerabilidad. No me quedaba duda de que algo podía pasarle si esos rasguños no cerraban pronto. La piel que cubría sus músculos era tan fina como el papel.

Luego me puse en cuclillas para limpiarle las rodillas.

Sus pies olían muy bien, y la piel de sus muslos resplandecía con fuerza. Eran, sin duda, unas piernas hechas para atraer miradas.

Envolví sus rodillas con gasas. A ratos, Idana aspiraba aire por los dientes y soltaba uno que otro gemido de dolor. Aún sentía sus ojos clavados en mí, pero, como mis maniobras la lastimaban, dejó de emitir esa energía que a cualquiera haría transpirar.

¿De verdad Idana sería capaz de actuar algo como esto solo para entrar a mi casa?

Ella no tenía forma de saber que yo la haría quedarse en ropa interior. O puede que sí. Después de todo, aunque su corazón era humano, su intelecto seguía siendo el de un zorro ancestral de pelaje dorado.

Distraído en mis reflexiones, sin querer, presioné de más una de sus heridas y soltó un gritito.

Mi primer impulso, en lugar de disculparme, fue de mirarla, sorprendido. Es que, al verla así, su fachada de zorro se desvanecía por completo, quedando en su lugar el cuerpo de una mujer que había perdido demasiadas personas valiosas en su vida.

Sin que pudiera evitarlo, mis ojos descendieron por su cuello, bajando por su clavícula hasta terminar en su pecho. Observé su ombligo y esas bragas de encaje color salmón. Eran tan finas y delicadas que seguro se deshacían al tacto.

—Johan...

Antes de darme cuenta, ya estaba sosteniendo el fino elástico, deslizándolo por sus piernas hasta sus tobillos.

Envolví las bragas en mi mano pensando: «Acabo de quitarle esto a Idana» y, para mi sorpresa, no me sentí culpable. Sabía que una prenda así no tenía un valor real para ella pues, pese a su costo, me permitió quitársela sin oponer resistencia.

Solo para estar seguro, extendí la prenda hacia ella. Negó lentamente. Se cubrió la boca con una mano; tenía el rostro más rojo que nunca.

Guardé la prenda en el bolsillo derecho del pantalón y me levanté. Idana no sonreía ni miraba con lujuria. Simplemente estaba ahí, esperando. Añorando algo mucho más valioso que su costosa lencería de encaje color salmón:

La pertenencia.

Idana buscaba un lugar, un sitio donde poder plantar sus blancos pies y sonreír.

Negué. No sabía si iba a entenderme, pero quería que supiera que, muy probablemente, no hallaría en mi eso que buscaba. Ella tan solo cerró los ojos, llevó una mano a la espalda y, con un movimiento rápido, dejó caer el sujetador.

Entonces supe que algo trascendente estaba por ocurrir aquí en mi sala. No para mí, sino para Idana.

Me desnudé mientras Idana reclamaba mi tacto, pero me desconcertó la rigidez de su cuerpo. Era como si estuviera interactuando con un robot de acciones limitadas.

Sus brazos me rodearon el cuello y me atrajeron hacia un beso mecánico, carente de emoción. Eran movimientos practicados que se habían estancado en su ser. Como si en algún momento su capacidad de aprendizaje se hubiera atrofiado y ya no pudiese besar de otra manera.

«No...», pensé mientras apretaba su rodilla. «Así no... »

Al sentir el dolor, Idana cedió, y su cuerpo perdió la rigidez. Su silueta volvió a fundirse con la energía del universo, y yo aproveché el momento para adentrarme de lleno en su ser.

Lamentablemente, había vivido de esa forma durante tantos años que ya no podía evitar moverse por impulso, con acciones programadas. Se olvidaba de que era libre de equivocarse y arriesgarse a más.

«*No tienes que fingir conmigo*» pensaba mientras presionaba su rodilla. «*No voy a aceptarte más si me engañas, ni voy a rechazarte si me muestras tu verdad*».

Idana comprendía, y su respiración se entrecortaba con cada movimiento. Soltaba un gemido cada vez que le apretaba las rodillas y algunas lágrimas recorrían sus mejillas mientras me mantenía unido a ella. Su desnudez, con las rodillas aún vendadas, evocaba en mí la misma sensación que había tenido al estar con Darelle

«*Más esto no es lo que persigo... Ni es lo que persigues tú, tampoco... ¿Verdad?*».

Idana estaba a nada de terminar, pero algo la detenía y no sabía qué era. Creo que no se sentía con el derecho de hacerlo, aunque lo tenía; ella más que nadie lo tenía.

Entonces, justo antes de llegar al clímax, presioné sus dos rodillas. Idana dejó escapar un grito que me estremeció entero. Me envolvió con tanta fuerza que tuve que contener la respiración.

Cuando todo pasó, el silencio se instaló entre nosotros. Solo quedaron las respiraciones entrecortadas y el eco de los latidos golpeando con furor en nuestros pechos. En cuanto sentí que Idana se relajaba, la fui soltando de a poco.

Me miró con los ojos entrecerrados. El rostro del zorro ancestral había perdido toda su astucia. Todo motivo ulterior en ella se había extinguido. Quizá, a partir de ahora, ya supiera que era lo que podía esperar de la vida.

He comprendido algo

Era de mañana e Idana estaba sentada en mi comedor con una bata afelpada que le presté (debajo no llevaba nada más). Sostenía entre sus manos una enorme taza de café. Yo, frente a ella, desayunaba tranquilamente mientras leía el libro de Murakami.

— ¿Te puedo preguntar algo?

— Claro — dije poniendo el separador y colocando el libro sobre la mesa — ¿De qué se trata?

— ¿Te gusta Darelle? Ya sabes, como... de verdad.

Le di un trago a mi café. La verdad es que suelo darle vueltas a las cosas de manera innecesaria. Sí. Esa es una cualidad mía que solo ahora puedo aceptar; yo le había exigido a Idana sinceridad, y ahora debía actuar igual.

— No sé si de verdad. Tan solo me agrada, sabes.

— Hmm... — Idana se limitó a hacer ese sonido con la boca mientras revolvía el café con la cuchara. Tenía tanta crema que aquello parecía leche.

— Creo que sé a qué te refieres — concluyó.

Bebió de su taza y luego se le quedó mirando, como si intentara adivinar la cantidad exacta de agua en ella.

— Pero sabes... — dije — trato de no pensarlo demasiado...

— ¿Por qué?

— Porque no quiero saberlo.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué? Pues... Sería muy complicado. Tengo treinta y tres. Ya no entiendo cómo funciona el mundo. Además...

— ¿Además...?

Solté una gran cantidad de aire que llevaba reteniendo desde hacía quién sabe cuánto.

— La verdad es que... hay algo que me preocupa.

— ¿Qué cosa?

Sus ojillos pequeños y alargados me regresaron la mirada con interés. Sabía que estaba por decirle algo importante y, aunque me avergonzaba, necesitaba ver su reacción.

— Me preocupa su postura o... lo que pudiera pensar de los Quaritolios.

— Oh...

Idana me miró boquiabierta. Era evidente que le sorprendía que yo diera tanta importancia a algo como los Quaritolios.

— Oh... — pronunció de nuevo, esta vez en un tono confuso — No tenía idea de que te preocupara eso.

— No los he visto ni he sabido nada de ellos en tres años.

— Pero te preocupa que regresen...

— No me gusta la persona que soy cuando están cerca.

Idana asintió.

— Tú... ¿Tú qué piensas de ellos? — pregunté.

— ¿Yo? — se llevó la mano a la barbilla y cerró los ojos. Se quedó en silencio reflexionándolo durante un rato — La verdad, no sé qué decirte. Si tuviera que elaborar una opinión al respecto, pues... no me molesta su presencia. Aunque tampoco llego al punto de que me caigan bien. Supongo que, si hay ciertos límites, pues... ¿Me comprendes?

Asentí.

— Ya veo — siguió diciendo — . Entonces temes que las cosas avancen entre ustedes y que un día, cuando regresen los Quaritolios, la opinión de Darelle no sea favorable...

Asentí de nuevo, esta vez con timidez.

— Pero creo que exageras, Johan. Sería demasiada coincidencia que...

— Es lo que trato de decir... — Exasperado, me pasé la mano por el cabello — No tendría ni por qué pensar en ello... Ni siquiera espero a los Quaritolios, tan solo... me da miedo que regresen en un momento... inconveniente. Me da miedo enamorarme y que, justo entonces, regresen los Quaritolios. Si algo se diera con Darelle, o con quien sea, y me pidiera cortar mi vínculo con ellos yo...

»No sería tan fácil...

— ¿Y cómo lo has hecho?

— ¿Eh?

— Cómo es que has vivido hasta ahora sin los Quaritolios.

— Te juro que me gustaría saber... En realidad no he hecho nada en especial. Simplemente he vivido y ya.

— Qué complicado...

— Si...

Nos quedamos en silencio. Observé mi plato de comida sin sentir apetito ya.

— ¿Te digo algo? — Asentí. Idana dio un trago a su café y sopesó sus palabras antes de pronunciarlas — La verdad es que no he hablado con Darelle desde hace mucho tiempo. Peleamos en nuestro último semestre de la universidad por... Bueno, no importa.

»El punto es que desconozco mucho de cómo vive y cómo piensa. Ahora que está en su etapa de celebridad muchas cosas cambiaron en ella.

»De todos modos puedo decirte que Darelle, al menos durante la universidad, no era demasiado asidua de los Quaritolios. Aunque, bueno... si lo comparamos con el odio que les tiene a los Kherdhox...

— ¿Kherdhox?

— ¿Los conoces? — Yo asentí — ¿Has estado con ellos?

— ¡Claro que no! ¿Y eso que tiene que ver con Darelle?

— Pues... ¿Recuerdas el novio que tenía en la Uni?

— ¿Aquel tipo rubio, alto y fornido? Claro.

— Lo perdió a causa de los Kherdhox.

— Cuando dices que lo perdió te refieres a...

— Murió.

Contuve el aliento mientras procesaba lo que me acababa de decir.

Sabía del novio de Darelle, pero no sabía que lo había perdido a causa de los Kherdhox.

— ¿Entonces crees que...?

Idana negó.

— No podemos comparar a los Quaritolios con los Kherdhox. Y quizá en la universidad a Darelle no le habría importado que estuvieras con ellos. Pero tan solo piénsalo. Ahora es modelo; modelo de ropa interior, por supuesto. Y es una celebridad. Dudo mucho que alguien como ella se tome las molestias de lidiar con algo como los Quaritolios.

»Si se lo revelas, seguramente te dirá algo como que, si no puedes controlar a los Quaritolios, mucho menos vas a poder sostener una relación.

Me hacía sentido. No decía mentiras. Seguramente muchas mujeres serían del mismo sentir.

— ¿Y tú qué harías si tuvieras un novio que se relacionara con los Quaritolios?

—¿Yo? —Alzó la voz sonrojada— Yo pues... la verdad no me importaría demasiado. Digo. Si se lleva bien con ellos y si no van muy lejos...

Se hundió de hombros tiernamente. Hablaba con sinceridad.

Miré la hora en mi celular. Se me iba a hacer tarde si no salía en cinco minutos.

—Tengo que irme.

—Te acompaño —dijo animada.

—Estás desnuda —le respondí poniéndome la chamarra.

—Ah, cierto.

—Puedes quedarte a comer si quieres.

—No —dijo triste— Tengo que ir a la tienda.

—Es verdad... ¿Te espero en la librería?

Negó aún más decaída.

—Creo que no nos volveremos a ver —dijo.

Después de un largo silencio susurró:

—He comprendido algo.

—Entiendo...

Me guardé el celular en el pantalón y sentí un bulto en el bolsillo.

—Ah tus bragas...

Saqué el celular del pantalón y sentí un bulto en el bolsillo. Había olvidado lo que guardaba ahí. Extendí la prenda hacia ella y al verme negó con una sonrisa.

Bajé la mano y la sostuve cerca de mi pecho. Al abrirla lo único que encontré fue un pequeño dije con forma de zorro.

Cuando volví la mirada al frente, Idana ya no estaba ahí.

Sueño II: Starfish Sporting

Estoy sentado en la playa.

No, no es una playa exactamente.

Frente a mí está el mar, pero detrás de mí están los edificios de la preparatoria donde estudié. Son unos edificios rectangulares de una planta y en cada uno hay cuatro o cinco aulas. Cada edificio está en una islita donde los alumnos platican sin preocupaciones. En lugar de palmeras se alzan árboles comunes y corrientes.

Los maestros nadan a un brazo con el maletín bajo la axila, se esfuerzan por alcanzar la otra costa para llegar a su próxima clase. El sol es cálido y afable. Es el mágico sol que hay entre las cinco y las seis de la tarde. Estoy sentado entre el pasto de la isla y la arena que se extiende hasta perderse en el mar.

Escucho detrás de mí el típico cuchicheo adolescente y una especie de pasos.

— ¡Johan!

Al girarme, veo una estrella de mar con una peluca negra y rizada. Es color naranja y debe medir poco más de metro y medio. No trae uniforme, la estrella de mar va desnuda.

— Hey... — respondí.

— ¿Qué haces?

— Mirando el mar.

— ¡Ah! ¡También quiero hacerlo! — gritó entusiasmada.

Y así sin más, se echó a mi lado. La mitad de su cuerpo quedó en el pasto y la otra en la arena.

No le veía ojos por ninguna parte aunque, si los tuviera, dudo mucho que pudiera ver el mar en esa pose. Así como estaba, seguro que solo alcanzaba a ver el cielo. Una lástima que las estrellas de mar no puedan sentarse como los humanos. De todos modos, seguro que pocos podrían diferenciar el cielo del mar en este lugar.

La estrella había llegado con tanta animosidad que, cuando se quedó en silencio, algo me preocupó. Sus rizos negros se desperdigaban con gracia sobre el pasto. No se deformaban: se enroscaban suavemente sobre el césped sin perder su preciosa redondez. De todos modos, a pesar de su quietud, yo sentía la energía de sus cinco puntas queriendo escapar, cada una, a un rincón distinto del planeta. Ella era así, la conocía a la perfección.

— ¿Y si nos saltamos la clase? — dijo de repente como si fuera la mejor idea del mundo. Su rugoso cuerpo de estrella se levantó ligeramente para dirigirse a mí.

— No lo sé — respondí suspirando — . Ya tengo muchas faltas.

— ¿Cuántas? ¿No has llegado al límite o sí?

Quise decirle que el problema no era el límite de faltas, sino el hecho de faltar en si. De todos modos contabilicé en mi mente el número de faltas en mi historial.

— No, creo que aún no llego al límite.

— ¡Yey! ¡Entonces vamos! ¡El profe no debe tardar!

— De hecho viene por ahí.

Apunté hacia atrás. Un tosco hombre nadaba torpemente hacia nosotros. Su rechoncho rostro emergía y se hundía en el agua a intervalos irregulares. Era de los maestros que usaba pantalón de mezclilla y camisa a cuadros de manga corta; la imagen resultaba cómica.

— ¡Oh no! — Gritó la estrella incorporándose — ¡Vámonos!

Me tocó con una de sus puntas y, de algún modo, logró arrastrarme. Nos metimos al agua y, para mi sorpresa, ninguno de los dos se hundió. Las Profundidades estaban lejanas. Eso me daba cierta tranquilidad a pesar de no saber bien qué era lo que implicaba.

Profundidad.

Profundidades.

Profundo.

— ¿A dónde vamos? — le dije, intentando respirar en ese acelerado escape. Tragaba algo de agua, pero no importaba, estaba rica y cristalina.

— ¡A la cafetería! ¡Tengo hambre!

— ¿Hambre?

— Ah, tengo tantas ganas de una sopa instantánea.

— ¿Sopa?

— ¡Sí! ¡Con limón y saladitas!

NIDIA: Una historia del pasado II

Uno

Siempre que pasaba frente a la librería, no sé por qué, no podía evitar mirarlo.

Estaba ahí, como si nada, existiendo sin que nada pareciera preocuparle.

Cuando seguía mi camino y me iba a casa me lo imaginaba al final del día hundiéndose de hombros y diciendo "ni modo, hoy tampoco se vendió nada".

Eso, claro, solo era mi imaginación. En realidad esa librería siempre tenía clientes.

Yo no soy fanática de los libros. De hecho los odiaba hasta que un día decidí pedirle una recomendación al dueño.

Le fui sincera, le dije que no había leído un libro desde que salí de la preparatoria.

Después de escucharme asintió sonriente y rodeó el mostrador para ir a uno de los estantes donde me entregó una novela de romance con una bonita portada.

—Me suena tu cara... ¿Trabajas cerca?

—Sí, en una tienda de tenis que está a unas cuadras de aquí.

Siempre he sido extrovertida, sobre todo con hombres. No logro entender por qué desde un inicio me sentí tan ofuscada frente a él.

No es guapo, ni tampoco tiene nada que llame la atención. Su complexión es tan común y corriente como la mayonesa.

—Ya veo —dijo— Espero que te guste este libro.

Yo asentí.

—Puedes volver cuando lo acabes. Y, si te gusta, te puedo recomendar otro similar.

Empecé a sudar. ¡Yo nunca sudo! (a menos que esté teniendo sexo). Así que eso me tomó por sorpresa y mi corazón bombeó todavía con más fuerza.

Salí corriendo de la tienda y, cuando ya había recorrido dos calles, caí en cuenta de que no había pagado el libro que llevaba en manos.

Me dio mucha vergüenza volver a la librería. Me aterrorizaban dos cosas:

1. Que el dueño me odiara
2. Que me encerraran por ladrona.

El libro costaba trescientos pesos, lo decía la etiqueta. No podían meterme a la cárcel por eso ¿O sí?

Como sea, desde ese día no me quedó más remedio que leer el libro.

La verdad es que estaba muy insegura de empezar a hacerlo. Como bien le dije al dueño, no leía un libro desde la preparatoria y de eso han pasado unos dos años. Ahora trabajo en una tienda de tenis llamada Starfish Sporting y gano bastante bien para ser una simple vendedora.

Al final terminé devorándome el libro en semana y media. Jamás me había pasado algo así, simplemente no podía parar.

Y así, tras darle muchas vueltas, volví a la tienda.

Al entrar, el dueño me reconoció enseguida. Yo llevaba mi discurso preparado para disculparme por haberme llevado el libro, y hasta traía dinero adicional para compensarlo. Seguramente iba a enfurecerse mucho al verme entrar por esa puerta otra vez.

Pero, para mi sorpresa, en lugar de mirarme enojado, el dueño me recibió con una sonrisa amable y una voz cálida.

—¡Hey, volviste!

No podía creerlo, tenía ganas de reír, llorar y gritar al mismo tiempo ¡¿Cómo podía ser tan amable?!

Le expliqué que ese día salí corriendo porque me sentí muy mal —aunque dudo que me lo creyera— y que olvidé que no había pagado el libro. Al terminar, en lugar de decirme cualquier cosa tan solo se soltó a reír.

Jamás había escuchado una risa así de despreocupada.

Los patanes con los que siempre me acuesto tan solo tienen risas cortas y horañas, como si reírse con sinceridad les acortara la vida. Son hombres que no tienen nada que ver con el dueño de la librería, son seres casi opuestos.

Le dije que pagaría el libro y él asintió. Cuando quise darle más dinero por las molestias volvió a reírse y negó lentamente.

—Eres muy divertida —dijo— nunca había tenido una clienta como tú.

Sentí una leve punzada en el corazón. Me había gustado escucharlo, pero algo en esa frase me incomodó. No le hice caso de momento y mejor me concentré en él.

Era tan relajante verlo trabajar... Cada movimiento que hacía fluía de forma natural, como si hubiese nacido para estar detrás de la caja registradora y frente a miles de libros.

—¿Y qué tal? ¿Te gustó el libro? —enarcó una ceja y me sonrió como nunca nadie lo había hecho jamás. Era un gesto que no tenía intención alguna de seducir pero que, por esa misma razón, hizo que me derritiera.

—Me gustó mucho —tartamudee como colegiala en su primera vez.

—¡Bien! Entonces creo que te va a gustar este, ven.

De nuevo rodeó el mostrador y se dirigió al mismo estante que la vez pasada, solo que tomó un libro de una repisa más alta.

Conocía a la perfección su tienda porque no dudó ni siquiera un instante. Simplemente caminó, estiró la mano y sacó un libro.

—Es una autora distinta —dijo revisando portada y luego la contraportada— pero creo que te va a gustar.

Yo asentí. Caminamos en silencio hasta la caja, pagué el libro y se despidió.

—Espero verte pronto —dijo.

Y aunque quise responderle que yo también, solo pude asentir y alejarme entorpecida como si se me hubieran enredado los pies.

Desde entonces, aquello se fue convirtiendo en un ciclo.

Compraba el libro que el dueño me recomendaba, lo leía y regresaba por otro.

Y sigo refiriéndome a *él* como “el dueño” porque nunca supe su nombre. No me atreví a preguntárselo.

Sentía que si escuchaba su nombre las cosas no volverían a ser las mismas y que toda la magia que se revolvía alrededor de él desaparecería para siempre.

Pasado el tiempo decidí renunciar a Starfish Sporting y entré a la universidad. Regresé a casa de mis padres y ellos me recibieron con lágrimas en los ojos.

Desde que empecé a leer de nuevo me he mantenido en abstinencia. Me dije que solo volvería a tener sexo si era con el dueño de la tienda. Sin embargo sabía bien que eso no iba a pasar nunca. Y está bien así porque ahora sé que es lo que quiero.

De todos modos, sé que tarde o temprano tendré que dejar de frecuentar esa librería. Duele mucho estar tan cerca de él y aun así sentir que el mostrador nos separa kilómetros de distancia.

Lo que más me duele de todo es darme cuenta de que, aquello que se esconde detrás de la neblina que hay en lo profundo de sus ojos, jamás se revelará ante mí.

No sé si fue que los libros que leí me dieron perspectiva o qué, pero ahora veo con mucha más claridad que el dueño esconde algo muy oscuro en su ser. Le aterra tanto su secreto que ha reforzado, casi hasta el extremo, las defensas de su corazón.

Yo tan solo deseo que esté bien y que, sea lo que sea que esconda, pida ayuda.

Porque esa carga que lleva terminará causándole algo peor que la muerte.

TAMARA

Traspasar una línea hacia otro lugar

— Limón y saladitas...

Con la mejilla recargada en la mano, desde la caja registradora, miraba distraídamente a los transeúntes que pasaban frente a mi librería.

Entre toda esa gente alcancé a ver a una chica que comía una sopa instantánea. Fue por esa coincidencia que recordé, vagamente, el sueño que había tenido la noche anterior. Solo que, cuanto más pensaba en ese sueño, menos sentido tenía. Al final en mi cabeza solo quedó una difusa nube de colores que no significaban nada.

— Hola... — me saludó alguien.

— A-ah, hola.

Frente a mí, Amy, me regalaba su sonrisa de flor.

— ¿Le pasa algo?

— No... — negué — Bueno... Trataba de recordar un sueño que tuve.

— Ah...

— Era un sueño muy raro.

— ¿Sí?... ¿Qué fue lo que soñó?

Mientras hablaba con ella, el recuerdo del sueño iba tomando sentido en mi cabeza. En mi sueño había... ¿Una estrella con peluca?

Me reí para mis adentros. No podía decirle eso. Iba a burlarse de mí.

— Es que no recuerdo. Y eso me frustra, sabes.

Los grandes ojos de Amy me observaron con curiosidad. No podía asegurarlo, pero tuve la impresión de que ella si podía ver con claridad el sueño en mi cabeza. Puede que tuviera el poder de ver todo lo que había dentro de mí, usando mi frente como proyector.

— Oye, ¿y qué ha sido de tu novio, eh? Hace mucho que no lo veo por aquí.

Al escuchar mi pregunta Amy hizo un gesto extraño con la boca y evitó mi mirada. Se quedó callada, cerró los ojos y suspiró.

Cuando sus ojos volvieron a mirarme caí en cuenta de lo enormes que eran sus pestañas. La sombra que se proyectaba sobre sus mejillas era inmensa.

— Terminamos — dijo finalmente.

— ¿Terminaron?

Sabía que estaba siendo entrometido, pero aquello me tomó por sorpresa. El hecho de que Samuel me presentase a una de sus novias era señal de que de verdad le interesaba. ¿Qué pudo haber pasado entre ellos para que se distanciasen de esa forma?

Como las cosas se estaban poniendo tensas, decidí cambiar de tema.

— Ehm... y dime... ¿Cómo te fue con el libro de Murakami que compraste la otra vez?

El semblante de Amy cambió por completo. De pronto parecía muy avergonzada.

— No muy bien... Era muy...

— Te entiendo — le dije riendo — No es fácil leer a Murakami.

— ¿A usted también se le hace pesado leerlo?

— Claro. Me gusta mucho, pero tiene párrafos bastante densos, ¿sabes? ¿Ya habías leído algo de Murakami antes? — negó y me dio mucha ternura su gesto — Bueno, es que a pesar de que 1Q84 es de mis favoritos, no creo que sea un buen libro para empezar a leer Murakami.

— ¿No?

— Ven.

Rodeé la caja registradora y me dirigí hacia donde estaban los libros de Murakami. Aunque no se vendían tanto, procuraba tener siempre al menos tres o cuatro ejemplares de cada una de sus obras.

— Mira — le dije extendiéndole *Tokio blues*.

Aunque los libros fuesen temporalmente de mi propiedad, no podía evitar una oleada de placer al posar mis manos en uno. No importa cuánto lleve en la estantería: sigue guardando la dulzura de la novedad.

— ¿Este es más fácil de entender?

— Algo así... digamos que es más digerible.

— Oh...

Por la forma en que miraba el libro en sus manos supe que había encontrado algo de valor. Quizá, también, al igual que en mi frente, lograse intuir a través de la portada algo importante.

— ¿Te gusta leer? — pregunté.

— ¿Eh? Si... De niña solía leer mucho en la biblioteca de la escuela. Pero... Bueno...

Algo muy cálido me invadió el pecho al escucharla. Definitivamente había algo especial en esta chica.

Sin pensarlo demasiado tomé otro libro de Murakami y, con delicadeza, le quité Tokyo Blues de las manos.

— Vamos.

— ¿Eh?

— Estos dos van por mi cuenta.

— E-espere... no...

— No me desires por favor. Eres la primera persona que conozco que se interesa por Murakami. Quiero que los tengas — le dije sonriendo.

Con algo de indecisión, Amy me siguió a la caja. Envolví los libros con un bonito papel de regalo. Esta opción la implementé para mis clientes hace un año más o menos, y es bastante común que la gente lo pida así.

Claro que Amy no me pidió entregarle los libros así. Solo que a mí me pareció que era lo mejor.

— Listo.

Metí los dos libros en una bolsa con el logo de la tienda y la deslicé hacia ella sobre el mostrador.

Amy me miró sin creerse lo que pasaba. Tenía los ojos humedecidos, como si quisiera llorar. Entonces entendí que acababa de traspasar una línea hacia otro lugar.

— Gracias... en serio gracias — susurró antes de alejarse.

Cuando Amy salió de la librería yo me quedé inmóvil, embelesado con la luz que entraba por las vitrinas de la librería, reviviendo la conversación que acababa de tener con Amy una y otra vez.

Los libros no fueron lo único que Amy se llevó ese día.

El movimiento de sus manos al deshacer las agujetas

Es una mañana de domingo y camino por las calles del centro en busca de unos tenis nuevos.

Mientras avanzo entre el tumulto de gente me invade una cierta paz.

Aunque el ruido de los autos y los gritos de los vendedores ambulantes ensordecen; a pesar del calor insopportable y de los olores son extraños, la verdad es que hay algo agradable en todo este caos.

El simple hecho de invertir papeles –ser comprador en lugar de vendedor– hace que mi percepción del mundo cambie y comprenda mejor cómo la gente ve mi negocio.

Si yo quisiera comprar un libro ¿En qué me fijaría primero para entrar a una librería?

Deambulé sin rumbo, dándoles vueltas al asunto. Señoras gordas, ataviadas en mandiles vendían tacos en los locales. Sus grasosas manos daban vueltas a las tortillas hasta que estaban listas para ser salpicadas de carne y cebolla. El mercado de flores, rodeado de charcos de agua, rebosaba en olor a vida fresca. La gente, sin prisa alguna, cuchicheaba a la vez que manoseaba la mercancía de los locales. Preguntaban sin intención alguna de comprar, quizá tan solo para enriquecer su cultura económica al sondear el precio de todos los negocios.

Finalmente, cuando el imperdonable sol del medio día comenzó a empaparme la camisa, decidí entrar al primer negocio de tenis que encontré.

No era uno de esos grandes almacenes de ropa deportiva donde venden Nike y Jordan. Aunque sí que me sorprendí al ver que, dentro, todas las vendedoras (que eran tres o cuatro) llevaban ajustados leggins deportivos y unos diminutos tops deportivos. Eran demasiado hermosas. Sus figuras eran veinte veces más estilizadas que cualquier maniquí.

Me daba algo de miedo la contrariedad de que, a pesar de notar la belleza en las vendedoras, ninguna lograba encender nada en mí. Preferí enfocarme en los modelos de tenis apilados en las paredes laterales, bajo luces que les conferían un aura extraterrestre.

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarte?

Una de las vendedoras se acercó sigilosamente hacia mí. Me miraba de modo enigmático. No logré descifrar por completo su expresión. Sonreía y entornaba los ojos, juntaba suavemente las yemas de sus dedos frente a su pecho. Su cabello era negro y muy rizado.

—Sí... —respondí sin aire—, busco unos tenis.

—Entiendo... ¿Alguna marca en específico? ¿Los quieres para correr? ¿O los prefieres casuales?

—Casuales... pero deportivos. No sé si me entienda.

—Claro que sí —respondió sin dejar de sonreírme de ese modo enigmático—. Sígueme, por favor.

Se dio la vuelta levantando su figura con las puntas de los pies, como si interpretara un ballet.

La seguí ensimismado por la forma en que su silueta se contoneaba frente a mí. No había diferencia entre sus curvas y el ondear de una bandera. Su cintura era estrecha; su cadera, pronunciada. Los rizos daban caricias a su cuello y espalda, como mariposas revoloteando sobre un campo de flores. También llevaba leggins, aunque de un color distinto al resto de las vendedoras, y no llevaba top. Usaba una camiseta de licra color mostaza.

Me hizo esperar en un cómodo sillón al final de la tienda, muy cerca de la caja, mientras ella examinaba los tenis de una de las paredes.

Con los brazos cruzados, murmuraba algo que no alcanzaba a discernir. Cuando se decidía por alguno de los modelos lo tomaba, se movía de sección y reiniciaba el proceso. Luego de un rato volvió hacia mí con tres modelos distintos y, sin que me diera tiempo de reaccionar, se hincó y me desabrochó el zapato derecho.

—¿E-eh?...

Me extrañé demasiado. Aquel trato tan amable debía ser parte del concepto de la tienda.

Sin embargo, al ver a las vendedoras igual de sorprendidas que yo, sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Cada vez estaba mas confuso; no debería sentirme tan incómodo, sino halagado.

La chica, sin importarle nada, me desabrochó las agujetas con una innecesaria delicadeza. El movimiento de sus manos al deshacer las agujetas tenía algo de hipnótico, casi sensual, que me hizo sonrojar.

Cuando hubo terminado, deslizó el zapato fuera e introdujo el primero de los tres modelos que eligió para mí. Luego, con la misma dedicación de antes, le hizo un bonito nudo las cintas. El moño era tan perfecto que, sin él, el tenis habría perdido el noventa por ciento de su encanto.

—¿Qué te parece? —dijo la chica sin mirarme. Le sonreía al tenis como si le hablara a él— Este es un modelo muy popular en la tienda.

—No está mal —dije luego de carraspear.

Me probé los otros dos modelos solo por no desairar. Y, aunque quise decirle que yo podía quitarme y ponerme los tenis, no tuve el valor suficiente para hacerlo.

Sabía que el trato que estaba recibiendo de esta chica no era normal porque, en todo el rato que estuve ahí, las demás vendedoras no hicieron lo mismo con otros clientes. Tan solo se limitaban a asesorarlos y traerles los modelos que les pedían. No se hincaban frente a ellos, ni les ataban las agujetas de esa forma tan lasciva.

Al final me decanté por el último modelo de tenis.

Mientras la chica de rizos manejaba la caja para registrar la venta, algo en su expresión cambió. Parecía contener la risa, como si se burlara de algo que yo ignorara. Pero como su rostro era tan agradable no me sentí ofendido por ello.

—Mil doscientos cincuenta, por favor.

—Claro.

Le entregué la tarjeta, la pasó por la terminal y, segundos después, me la devolvió para ingresar el NIP. Al finalizar el proceso imprimió el ticket y me extendió la bolsa con la caja de tenis.

Cuando estiré mi mano para tomarla, la chica la apartó.

—Oye —susurró—, ¿de verdad no te acuerdas de mí?

Su sonrisa permanecía. Su rostro no me sonaba. Y aunque ella notaba mi confusión no se veía ofendida.

—Soy yo... Tamara.

Solo nos faltó el limón

— Vengo en un rato chicas.

— ¡Sí, madame! — respondieron todas las vendedoras al unísono.

Aquello fue de lo más raro. Eché un último vistazo a la tienda mientras nos alejábamos. ¿De verdad era solo una tienda de deportes? Al escuchar la devoción con la que contestaron las empleadas, tuve la sensación de que el giro del negocio era algo completamente distinto.

“Starfish Sporting” se leía en las enormes letras de cromo instaladas en la parte superior de la fachada.

No había reparado en absoluto en el nombre de la tienda cuando decidí entrar. ¿Por qué le pondría así? Es un nombre extraño para una tienda de tenis.

Aunque tal vez más extraño sea que ahora mismo me encuentre caminando por las calles del centro al lado de una ex compañera de preparatoria que no he visto en años para ir a comer y ponernos al día.

Tamara fue mi mejor amiga. O, si me pongo sincero, lo más correcto sería decir que fue mi única amiga durante esos tres años de preparatoria. A mí me gustaba (como a casi toda la escuela) aunque claro, jamás se lo dije. ¿Cómo iba a hacerlo? Yo no le atraía y (a juzgar por los novios con los que andaba) jamás le iba a atraer.

Mientras caminábamos lado a lado por esas calurosas calles, la miraba de reojo. Había cambiado un montón y, al mismo tiempo no lo había hecho. ¿Tiene sentido? Es como... sigue teniendo esos rasgos que la hacían ser ella, pero ahora es dueña de un negocio prospero. Además, toda su aura parecía enaltecida por la madurez.

De repente, la bolsa con los tenis se hizo muy pesada.

— ¿Qué se te antoja comer? — preguntó.

— Lo que sea está bien.

— Ah... — me sonrió con amplitud mostrándome unos bonitos dientes blancos — No has cambiado nada.

Al ver sus dientes así de perfectos sentí algo de nostalgia.

En la preparatoria, su dentadura era un caos. Tenía unos colmillos que sobresalían demasiado y toda su dentadura parecía estar apretujada, provocando que algunos dientes sobresalieran y otros se hundieran.

Tamara jamás de los jamases mostraba su dentadura en las fotografías que subía a sus redes sociales, lo cual me parecía toda una tragedia ya que, esa sonrisa desganada que quedaba capturada en las fotos, no tenía nada que ver con la chica que era cuando reía con ganas.

Me pregunto si, ahora que se arregló la dentadura, sonreiría con sinceridad. O si, después de tantos años de vivir así, se le haya olvidado cómo hacerlo.

Sea como fuera, aunque la sonrisa que me brindó al verme en la tienda era sumamente hermosa, no dejaba de tener la ominosa sensación de que algo en ella se había perdido para siempre.

Pasamos por muchos restaurantes sin elegir uno. Yo me estaba desesperando porque la caja pesaba cada vez más. O al menos así lo sentía yo.

Como no nos decidimos por ningún restaurante terminamos entrando a una de esas tiendas que están abiertas las veinticuatro horas. Tamara se fue paseando por los pasillos buscando algo con insistencia. Absolutamente todos los que estaban adentro voltearon a verla embobados; incluso la cajera.

Tamara, ajena a lo que provocaba en los demás, se agachó para tomar dos sopas instantáneas de uno de los pasillos. Esa forma de inclinarse tenía un “no sé qué” demasiado agradable a la vista. Como si hubiese ensayado ese movimiento miles de veces.

—A ti te gusta la de pollo, ¿no? —preguntó

—Ah, lo recuerdas...

—Claro que me acuerdo —respondió sonriente.

Preparamos las sopas y salimos de vuelta a la calle.

Mientras nos dirigíamos a la plaza a buscar un lugar donde sentarnos, pensaba en lo raro que me había sentido al ver que los de la tienda no se habían despedido con un “¡Vuelva pronto, Madame!”. Estaba casi seguro de que iban a hacerlo.

Junto con las sopas compramos unas galletas saladas y bebidas. Ella una Coca cola y yo un jugo de mango.

—Solo nos faltó el limón —comenté distraídamente cuando ya estábamos sentados en una banca, debajo de un enorme árbol.

Cerca de nosotros había una fuente. Nos llegaba con claridad el relajante sonido del agua, pero no lográbamos verla por todos los arbustos a nuestro alrededor.

—Así que no te has olvidado de esos días —dijo quedito.

Lo estuve pensando desde hace un rato pero, la razón de que no la haya reconocido en cuanto me recibió en la tienda, no tenía que ver con que tuviera mala memoria.

¿Entendería Tamara si le dijera que me quise olvidar de ella a conciencia?

Ahora que se había aclarado mi cabeza podía recordar con detalle esos tres años que estuvimos juntos en la preparatoria. Lo único que no tengo muy claro son los momentos posteriores a nuestra graduación. En mi mente son solo manchas de polvo en un pizarrón de tiza que acaban de borrar. Tengo vagos recuerdos de nosotros hablando por teléfono. En esas charlas ella me contaba cómo le iba en la universidad. Sin embargo ya nunca volvimos a vernos en persona. Luego un día, de la nada, dejé de saber de ella; así de abrupto fue.

En esa línea divisoria fue, seguramente, cuando decidí olvidarme de Tamara. La verdad es que tampoco tengo muy claro el momento exacto en el que deseé olvidarla.

—Solíamos saltarnos las clases —empecé a decir— Íbamos a la cafetería y pedíamos sopa instantánea. Yo la de pollo y tú la de camarón. Nos daban un paquete de galletas saladas y, como le gustabas al chico de la cafetería, siempre te daba un limón completo a ti y a mí nada más la mitad.

—¡Es verdad! —dijo riendo— No recordaba el detalle de los limones. ¡Que divertido!

—A mí siempre me bastaba con medio limón, pero a ti te encantaba echarle un montón a tu sopa.

—¿Cómo es que recuerdas lo del chico de la cafetería? ¿Y cómo sabes que le gustaba?

—Tamara... ¿Qué chico no estaba a tus pies en esa escuela?

Se lo pensó un poco y luego me miró de reojo con una expresión de complicidad.

—Creo que solo tú.

Negué divertido.

—Te equivocas.

—¡¿Qué?! No te creo. ¿Por qué nunca dijiste nada?

—¿Y todavía preguntas? Éramos amigos... no quería arruinarlo. Además ¿Cómo iba a competir con los novios que tenías?

—Ah, ni me recuerdes. Vaya etapa rebelde que tuve. En mi vida volvería a salir con hombres como esos.

—¿Con qué tipo de hombre saldrías entonces?

—No lo sé... —reflexionó seriamente. Su gesto era de absoluta concentración. Era la misma expresión que puso mientras elegía los modelos de tenis para mí.

Recordaba bien a cada uno de sus novios. Todos eran altos, atractivos, musculosos y la mayoría tenían moto.

El primero que tuvo mientras estuvo en la preparatoria se llamaba Samir. Estudiaba en la universidad la carrera de Comunicación y era de esos que usaban los bóxer muy arriba y los pantalones muy abajo.

Luego estaba Trevor, un fisiculturista que casi llegaba a los treinta. Siempre que iba por ella a la escuela aparecía con una ajustada camisa que amenazaba con rasgarse al mínimo movimiento.

Ubaldo era un delincuente un año mayor que nosotros que estudiaba en la misma preparatoria y reprobó. Con él no estuvo mucho tiempo y tampoco la vi demasiado entusiasmada con esa relación en especial.

Después anduvo con un tal Ricardo, aunque de él no supe mucho porque jamás iba por ella a la escuela. Tamara decía que lo conoció un antro, aunque tampoco supe cómo le había hecho ella para entrar a un lugar así.

En el último año de preparatoria tuvo a dos novios; Darío y Yair.

Darío es tan intrascendente que ni siquiera voy a hablar de él. Pero a Yair lo recuerdo bien porque es al que más le lloró.

Cuando se lo mencioné a Tamara, asintió con el rostro más serio que le haya visto jamás.

—Él fue la última persona que me rompió el corazón.

—¿De verdad?

—Sí.

Hizo una larga pausa y me encaró.

—Desde entonces nadie me ha vuelto a lastimar —me dijo sonriendo.

Aunque para mí esa no era una sonrisa de verdad.

¿Por qué te arreglaste los dientes?

En silencio nos sentamos a comer la sopa instantánea.

El ruido de nuestras bocas al sorber y de las galletas al romperse se mezclaba bien con el rumor de la gente y los gritos de los vendedores ambulantes.

Aunque el escenario no tuviera nada que ver, se sentía como en esos tiempos de preparatoria. En aquellos días Tamara se la pasaba describiéndome detalladamente las características de los penes de sus novios y todas las maniobras que hacían en la cama.

Suspiré de alivio al pensar que ya no tenía que escuchar todo eso. De cualquier manera, me frustraba el hecho de seguir recordando a la perfección la longitud y los relieves de esos órganos reproductivos.

— ¿Y qué has hecho de tu vida? — dijo Tamara haciendo a un lado su basura — ¿Estás casado?

— No — sonréí alzando la mano donde debería estar el anillo — . ¿Tú?

— Estaba — respondió imitando mi movimiento.

— ¿Y qué pasó?

Se hundió de hombros e inclinó su cabeza ligeramente. Su mirada se nubló enseguida recordando algo muy triste.

— No nos amábamos.

— ¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

— Tres años.

— ¿Y tardaron tres años en darse cuenta que no se amaban?

— No fueron tres años. Fue... ¿cómo decirlo? *De repente* — hizo una pausa. La sirena de una ambulancia sonó muy cerca de nosotros y, cuando estuvo lejos, continuó — . En cuanto me di cuenta de que no lo amaba, le pedí el divorcio.

— ¿Y qué dijo él?

— Seguramente también se dio cuenta de que no me amaba, porque accedió enseguida.

— Ya...

No me imaginaba cómo había podido ser esa interacción entre dos personas que se casaron para luego decidir, *de repente*, que todo había terminado sin ninguna solución.

— ¿Y separarte de él no te rompió el corazón?

— No — negó sonriente.

Volví la mirada al frente. Aún se oía la fuente, pero tenía la impresión de que ya no estaba en el mismo lugar que hace dos minutos.

— Me alegro — dije al fin.

— ¿Por qué te arreglaste los dientes?

Tamara se rió al escuchar mi pregunta y me sentí un poco mal porque mi duda era genuina.

— ¿Cómo que por qué? ¡Mis dientes eran horrendos!

— Te veías hermosa al sonreír.

— ¿Me veía? ¿Y ahora no?

— Es distinto.

— Hmm...

Por primera vez en mi vida la vi molesta.

— Pero te ves bien — dije nervioso.

— Fui con el *Especialista en Desviaciones del Esqueleto*.

- ¿Qué? Nunca había escuchado de algo así.
- Es una persona que se dedica a, bueno..., eso. Endereza las desviaciones del esqueleto.
- ¿Los dientes forman parte del esqueleto?
- Creo que no, pero el Especialista me dijo que todo está conectado; y que si corriges la raíz, el resto del cuerpo obedece.

– Ya... – me detuve un momento a reflexionar. No acababa de entender del todo eso. Viera como lo viera, no me parecía que lo del Especialista en Desviaciones del Esqueleto fuera algo natural – . ¿Y por qué no fuiste con un dentista?

– Es un proceso muy largo.

– Y caro.

– No es tanto lo caro – dijo, sacudiendo la mano – . El Especialista en Desviaciones del Esqueleto tampoco es barato.

– ¿Entonces?

– Con su método, el Especialista tardó dos semanas en enderezarme los dientes.

– ¿Dos semanas?

– Sí. Y tardé otras dos en recuperarme.

– O sea que todo el proceso te llevó... ¿Un mes?

Tamara asintió satisfecha.

Yo, por más que repasaba la situación, no lograba entenderlo. Jamás había escuchado que existieran Especialistas en Desviaciones del Esqueleto y mucho menos que a uno pudieran enderezarle los dientes en solo cuatro semanas.

– ¿No te dolió?

– Un poco – admitió – . Pero dolía más tenerlos chuecos.

– ¿Te causaban molestias al comer?

– ¡No! – dijo riendo – . No tenía problemas para comer ni nada de eso.

– ¿Entonces?

– Bueno... – hundió la cabeza ligeramente entre sus hombros. Los rizos negros se le hincharon y reflejaron la luz de la ciudad – Me dolía que los hombres me hicieran gestos cuando reía.

– Qué idiotas...

– No los culpo. Mis dientes eran...

– Esa no es excusa para hacerle caras a la gente. Seguro que ellos también tienen defectos.

– Además – seguí – , lo normal es que todos tengamos cierto desnivel en nuestra dentadura.

Tamara sonrió con tristeza. Jugueteó con sus dedos sobre su regazo.

– ¿Entonces, ahora soy una persona anormal?

– No es eso – dije nervioso – ; solo que no creo que nadie debería preocuparse tanto por la forma en que...

El silencio de Tamara me ensordecía, así que mejor me callé.

– ¿Y cómo es el proceso con ese Especialista? ¿Cómo funciona?

– Pues, para empezar, tuve que viajar a otro país. Aquí no existe nadie que haga ese procedimiento. Utiliza un material invisible muy peculiar que puede arreglar cualquier desviación.

»A mí me lo puso aquí – me mostró los dientes y trazó una línea imaginaria con sus dedos a lo largo de su dentadura – Es una especie de barrita muy delgada. El Especialista lo llamaba Riel.

– Wow... ¿y lo tienes puesto? De verdad no se ve nada.

– Sí. Debo tenerlo puesto durante algunos años, por seguridad.

– ¿Por seguridad? Entonces tarda lo mismo que unos *brackets*.

—Quizá. Pero el efecto es más inmediato. En un mes mis dientes ya estaban derechos y, además, el Riel nunca se ve, pero ahí está. Mira, siente.

Me tomó por la muñeca y, el tacto de su piel hizo que mi cuerpo entero elevara su temperatura. Maniobró mi mano y me hizo tocarle con el índice a lo largo de su dentadura en un punto muy específico, casi pegado a las encías. Efectivamente, sentí una línea muy fría que formaba una curva perfecta.

—¿Y no te molesta?

—No. Es muy cómodo y, en caso de que lo necesite, puedo deshacer la sensación a voluntad.

—¿A voluntad?

—Sí. Si lo deseo, puedo desaparecer la sensación de que hay un Riel en mis dientes. Así nadie, ni siquiera yo, se da cuenta de que tengo algo en la boca.

—Qué conveniente. Aunque también debe ser cansado convencerse de que algo no existe todo el tiempo.

—Hmm... digamos que solo lo hago en situaciones muy específicas.

Iba a preguntarle a qué situaciones específicas se refería, pero luego decidí que era mejor no saberlo.

—Es una tecnología increíble —dije— Es difícil creer que existe algo así.

—Pues compruébalo.

—¿Qué?

—Tócalo con tu lengua —dijo sonriéndome— y compruébalo de nuevo.

La expresión en su rostro insinuaba una intención oculta. Algo relacionado al deseo natural que hay entre dos personas adultas que se atraen. Y es que, aunque fuera una situación tan rara, no lo pensé demasiado. Tenía mucha curiosidad de ver si de verdad Tamara podía desaparecer el Riel a voluntad.

En cuanto me incliné hacia ella, cerró los ojos y la besé.

La besé sin preocuparme demasiado por la técnica. Temía demasiado afectar el resultado de aquel experimento si la besaba a conciencia. Simplemente me dejé llevar. No me dirigí de inmediato a buscar el Riel, sino que me dediqué a adecuarme a su ritmo.

Luego, cuando noté que me estaba distraiendo de mi objetivo inicial, decidí buscar esa curvada línea en su dentadura. Disimuladamente, casi sin querer, repasé con mi lengua el lugar donde hace un momento había sentido el Riel con mi dedo y, para mi sorpresa, la percibí.

La punta de la lengua se me heló.

—¡Ouch! —me quejé despegándome de Tamara.

—¿Qué pasó?

—Lo sentí.

—¿Qué?

—Sentí el Riel.

—No te creo.

—¡De verdad!

Tamara se quedó pensativa.

—Qué raro...

A mí lo que me pareció raro era que nos enfocáramos en el Riel y no en el beso que nos acabábamos de dar. Quizá en realidad no tuviera tanta importancia.

—¿Y si lo pensaste? —pregunté—. ¿Pensaste en desaparecer el Riel?

—¡Sí! Qué raro... ¡Nunca me había pasado!

—Pues pasó. Se sintió frío. Muy, muy frío.

—Creo que es un sistema de seguridad para que nadie me quite el Riel por accidente.

—Por accidente...

—No importa. De todos modos estos son mis últimos días con esta cosa.

—Sí?

—Sí. La próxima semana iré a que me la quiten. Cuando eso pase, mis dientes quedarán derechos para siempre. ¿Quieres venir? —preguntó envolviendo mi brazo contra su pecho. La sensación de su carne era demasiado vivida, como si no tuviera nada encima.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A Japón.

—¿Japón?

—Claro, ¿dónde más tendrían una tecnología así de increíble?

—Eso está muy lejos.

—No importa. Yo pago el viaje. ¡Anda, anímate! —y se sacudió, provocando que sintiera con claridad como sus pechos rebotaban contra mi brazo.

—No lo sé... mi trabajo...

—Pídate unas vacaciones. No creo que sea tan difícil.

—Es que tengo un negocio y...

—¡Ah mucho mejor! —exclamó animada— Cierra unos días y nos fugamos. ¡Anda di que sí!

Me lo pensó un momento; o hacía como que lo pensaba. El sentir tan cerca el cuerpo de Tamara hacía que no pudiera concentrarme en nada.

No pasaba nada si cerraba por algunos días. Y, después de todo, no estaría mal hacer algo fuera de lo normal de vez en cuando.

—Está bien —dije al final.

—¡Yey! —exclamó Tamara, abrazándome.

Sueño III: Sweet Hell

Estoy en un escalofriante pasillo que se extiende durante varios metros hasta terminar en unas puertas dobles. Detrás de mí retumba un estruendo caótico, algo que simula ser música.

El pasillo es cálido y, aunque su oscuridad me pone de nervios, comienzo a caminar.

Extrañamente, por más que avanzo, aquel ruido sigue casi igual de fuerte, y eso me harta. La calidez del pasillo se va transformando en algo tan insopportable que, a mitad del camino, tengo que desnudarme: la ropa me pesa, empapada de sudor.

Al llegar a las puertas dobles, toco con los nudillos un par de veces.

Enseguida se desliza una ventanilla cuadrada por donde se asoman unos ojos escrutadores. No podía decir qué era en específico, pero algo me inquietaba en esa mirada.

—Conque otro... —susurró la voz en un tono gravísimo que me retumbó en el cráneo. Me miró con detenimiento de arriba abajo, como si examinara cada poro de mi piel y al final declaró — Lo siento, hombre, no puedo dejarte pasar.

—Pero tengo que...

—¿Tienes que!? —se carcajeó el hombre — Yo sé que tienes que hijo, no te culpo. Pero no puedes pasar. Es, cómo decirlo, una ley natural. La Emperatriz no admite a cualquiera.

—¡Puedes mirar siquieres! —gritó el hombre en cuanto vio que iba a rezongar. Sus ojos miraron a la izquierda y luego a la derecha.

A ambos lados había unos pasillos tan bien cortados que no los vi mientras avanzaba.

Cuando volví la vista al frente, la ventanilla ya se había cerrado.

Como no podía quedarme sin hacer nada, caminé hacia la izquierda. De inmediato divisé unas escaleras que subían hacia una plataforma desde donde se podía apreciar, a través de unos enormes ventanales, lo que había dentro de aquel lugar.

Varios hombres, desnudos también, se pegaban contra los ventanales, como abejas atraídas por la miel. Tenían los ojos de lunáticos y babeaban como si no hubieran comido en semanas.

Me pregunté qué podría ser tan interesante como para poner a todos esos hombres en ese estado, hasta que finalmente atisbé dentro.

Se trataba de una amplia habitación redonda con techo de cúpula.

La mitad de la habitación tenía esos ventanales por donde se podía mirar, y la otra estaba cubierta por un elegante y ostentoso empapelado. Había unas lámparas de oro en las paredes que alumbraban mezquinamente la estancia. El suelo estaba cubierto de satín escarlata.

Dentro de esa cúpula volaban varios demonios desnudos: unos de piel negra y otros rojizos. Todos sin excepción lucían una brillante musculatura. Volaban despreocupados con sus gigantescas alas de murciélago y sus largos miembros se sacudían entre sus rodillas.

Flotaban alrededor de algo, de una masa que se congregaba en el centro de la estancia.

Todos —tanto los hombres como los demonios— estaban atentos a esa masa. Yo no entendía qué pasaba, ni qué era lo que causaba tal fascinación.

Enfoqué la vista con todas mis fuerzas hasta que finalmente pude ver algo...

Aquella masa del centro estaba compuesta por varios demonios que devoraban algo...

Cada cierto tiempo, si prestaba mucha atención, podía ver cómo sobresalía una carne blanca.

Primero vi un muslo, después una mano.

¿Qué clase de enfermizo festín se estaba llevando a cabo?

No lo comprendía y, por más que forzaba el cerebro para entenderlo, no lo lograba.

Entonces, justo cuando aquello comenzaba a tener sentido, desperté...

YVETTE: Una historia del pasado III

Uno

Jamás pensé encontrarme con un tipo tan desagradable.

Jamás pensé que en esos ojos tan tiernos y llenos de inocencia, se escondiera algo tan horrendo.
Los Quaritolios...

De entre todas las cosas, ¿por qué tenían que ser los Quaritolios?

No pienso soportar esta mierda. Ya no.

Y es que parecía tan perfecto. Tan educado, tan sincero.

De hecho, no es que me haya mentido en el estricto sentido de la palabra. No creo que esa personalidad tan afable sea una fachada. Es más bien que esa oscuridad reside a la par con su ser.

En cierto modo todos tenemos algo así... Yo también tengo mis cosas... es decir, las tuve.

Tal vez sea eso. Que, a pesar de que tenemos la misma edad, nos encontramos en una etapa muy distinta de nuestras vidas.

Tuve un historial de Basbuntes, Kherdhoz, Zayfer, Remden...

Pero eso ya quedó atrás, ¡muy atrás! Soy otra persona. Maduré. Soy una adulta y sé valerme por mí misma. Tengo una vida y no pienso cambiarla ni sacrificar ni un gramo de mi amor propio por alguien que...

A-alguien que...

Cuando descubrí todo teníamos ya dos meses de relación e íbamos a cumplir el tercero. Me decidí a prepararle una sorpresa especial para celebrarlo.

Jamás he sido una mujer romántica. Nunca. Ni siquiera cuando era adolescente. Sin embargo quise hacer una excepción con Johan.

Ignoré todo lo que me daba vueltas en la cabeza y decidí darlo todo de mí. Aunque mi instinto me decía que algo no cuadraba con este hombre, todas sus acciones y detalles acallaron esas señales.

Y es que yo ya he estado abajo, muy abajo, en Las Profundidades, y he conocido a mucha gente que no querría volver a ver en mi vida. Hombres que arruinan su vida por no saber valorarse. Mujeres que, perdidas en sus propios miedos, se sumen en abismos cuya profundidad nunca termina.

Yo, al ver a Johan por primera vez, me percaté de que en sus ojos estaba esa chispa, ese algo que también llegué a ver en toda la gente de Las Profundidades. Mas no hice caso. Principalmente porque su vida era completamente distinta a la de aquellos desgraciados y por eso creí que eso jamás le pasaría a él.

Johan vivía su vida normal, su casa siempre estaba ordenada. En apariencia no tenía ni un solo defecto.

Por supuesto que tampoco digo que era el hombre perfecto. Tenía sus cosas, como todo el mundo. Con una personalidad tan aburrida que nadie pensaría siquiera que era protagonista de su propia vida.

Pero todo eso era a propósito. De ese modo nadie se daba cuenta de la oscuridad que escondía en su interior.

Ese viernes en que cumplíamos tres meses no quedamos en hacer nada.

Yo le había dicho que tenía mucho trabajo y que, aunque fuera un día después, lo celebraríamos el sábado. Johan accedió.

Yo sabía que Johan tenía un repuesto de la llave de su casa escondido en una de las macetas de afuera. Pedí el día de vacaciones y me llevé a su casa todos los preparativos para celebrar ese día en grande.

Me depilé cada maldito centímetro del cuerpo y hasta compré un provocador conjunto que vi en un anuncio de Darelle. No habíamos tenido sexo nunca porque él jamás lo sugirió y esa fue una de las cosas que me hicieron confiar en él. Entendí que si estaba conmigo era porque veía algo más en mí, además de mi cuerpo.

Compré algunas cervezas que guardé en el refrigerador y programé un servicio de comida para que llegara después de las seis (que era la hora en que Johan ya estaba en casa).

Así lo hice y, cuando llegó el momento, me escondí en el armario de Johan, vestida con mi diminuto conjunto negro.

¡Cuán emocionada estaba! Nunca había sentido tanta adrenalina en mi vida.

Me quedé atenta al sonido del motor apagándose y de la puerta de la casa abriéndose. Entonces, percibí algo que no esperaba: otros pasos. Alguien (o *algo*) acompañaba a Johan.

Conforme se iban acercando escuché con claridad unas desagradables voces que susurraban. Johan, de cuando en cuando, les respondía con monosílabos.

Se paseó por la casa durante algunos minutos y entonces, finalmente los vi.

Johan se sentó en el escritorio y prendió su computadora. A su alrededor, tres desagradables Quaritolios le sonreían mostrando sus afilados dientes y sus largas y babosas lenguas. Los tres vestían un suéter de cuello de tortuga oscuro, pantalones grises y relucientes zapatos negros. Sus cabezas estaban recubiertas de una desagradable piel grisácea y, donde debían estar sus ojos, no había nada...

Por un momento pensé, nerviosa, que no importaba, que de cuando en cuando los Quaritolios podían no ser tan malos. Sin embargo, no podía convencerme de eso estando frente a ellos mientras escuchaba las cosas que le susurraban a Johan. Sentí escalofríos al escuchar sus carcajadas y cómo se completaban las oraciones entre ellos.

En definitiva no eran unos Quaritolios nada comunes ni corrientes.

Johan simplemente estaba ahí, obedeciendo las órdenes de los Quaritolios, escribiendo las asquerosas palabras que salían de esas horrendas bocas. Estaba embelesado, sumergido en ese mundo, influenciado por ideas que me repugnaban.

Me sentí mareada, ofuscada. No solo por el hecho de estar presenciando tal atrocidad, sino por el hecho de que sea Johan quien ceda ante algo tan ruin, tan asqueroso...

Contuve la respiración, intenté calmarme, pero no lo logré. Empujé las puertas del armario y caí al suelo vomitando.

— ¡Yvette! — gritó Johan levantándose de la silla. Los Quaritolios se desvanecieron entre risas.

Comencé a llorar, todas mis extremidades temblaban. Sentía mucho frío. Aunque las lágrimas me ponían borrosa la visión, alcanzaba ver las manchas de vómito en el bonito conjunto que había comprado; me sentí de nuevo en Las Profundidades.

Johan intentaba consolarme. Lo escuché excusarse. Me daba explicaciones que hacían sentido y que tenían lógica. Pero yo ya sabía que todo eso lo tenía premeditado.

— ¡Eres un cerdo! — grité con todas mis fuerzas.

Me levanté, corrí hacia la maleta donde tenía guardada mi ropa y otras cosas. Me sentía tan tonta, pero tan tonta...

Humillada, desolada...

Mi corazón se partió en pedazos tan pequeños que aunque pasaran muchos años y los reuniera todos para pegarlos, ya nunca tendría la forma que tuvo alguna vez.

Ya no sería nunca la Yvette de antes.

II. EMPERATRIZ

El ciclo

No estoy decepcionada.

Ya sabía que esto sucedería. Sabía que, en cuanto Samuel me quitara la blusa y viera mi pecho incompleto, acabaría decepcionado.

Samuel tiene dos manos, por lo tanto yo debería tener dos pechos. Sin embargo, solo tengo uno. Le ofrezco la mitad de lo que podría ofrecerle cualquier otra mujer. Pero ya no importa, ahora lo que debo hacer es centrarme en la universidad y nada más.

Desde que iniciaron las clases, el tiempo se comporta muy raro. Los primeros días se pasaron lentos y luego, cuando menos lo pienso, ya estoy haciendo los exámenes del primer parcial.

Durante la preparatoria aprendí muchas cosas, entre ellas a no dejarme llevar por la labia de los hombres. Si dejé que Samuel me sedujera fue porque creí que estar con un adulto me haría sentir más segura. Ahora tengo mucho miedo de volver a empezar. A pesar de que veo el camino despejado, siento que en cuanto de un paso volveré a caer en la espiral y el ciclo se repetirá.

Dudo de todo y no puedo ver más que demonios en los rostros de los hombres que me rodean.

Solo que, bueno, a veces pienso que no estaría tan mal enredarme con uno de esos demonios.

Es a lo que todo el mundo llamaría los Bazbuntes.

Los Bazbuntes son mi perdición.

Exactamente igual a mí

En la universidad tuve la fortuna de hacer amistad con una de las chicas más reservadas de la clase. Físicamente es igual a mí cuando era más pequeña. Sus huesudos hombros resaltan cuando hunde su cabeza entre ellos y su cabello es muy largo. En el rostro tiene muchos granitos; es como si estuviera pasando apenas por la pubertad.

Se llama Amy (como yo) y fue por esa coincidencia que comenzamos a llevarnos bien.

Amy es el ancla que me mantiene en el suelo cuando los demonios se acercan a preguntarme mi nombre y mis pies comienzan a flotar. Cuando me siento en peligro, la observo y me fijo en sus pechos. Tiene dos. Y aunque son pequeños, si estiro mis manos, estoy segura de que podría sentirlos.

A veces he pensado que hacer el amor con ella podría traerme mucha paz. No es que tenga tendencias lésbicas. Yo lo llamaría más bien tendencias pacíficas, porque con ella la vida es mucho más tranquila. Y, si pudiese fundirme con ella y su calor, sería muy feliz.

Pero no... No quisiera arruinar la amistad que tenemos.

Además, Amy es esa clase de persona que, al verla, no te la puedes imaginar teniendo sexo; ella existe en el mundo sin necesidad de nadie y sin ninguna clase de deseo carnal.

Decidí volver a la librería del amigo de Samuel.

No fue una decisión completamente consciente. Era fin de semana y, como ya estaba en el centro haciendo unas compras, decidí pasarme.

Llevaba un bolso de tela con algunas frutas y verduras, y una bolsa de plástico con algunos esmaltes y broches para el pelo.

La farmacia era mi última parada. Compré algunas toallitas femeninas y también rueditas de algodón. De paso (¿por qué no?) tomé un chocolate cuando ya estaba pagando en caja.

Mientras me dirigía hacia la parada del autobús, sin darme cuenta, terminé pasando frente a la librería y me detuve. Al ver la vitrina tan limpia y resplandeciente, no pude evitar acercarme. Los libros estaban acomodados con mucho esmero, cualquiera podría darse cuenta de las horas invertidas en todo ese esfuerzo.

Entonces, mis ojos enfocaron lo que había más allá del cristal y entró en mi campo de visión algo que me hizo contener el aliento:

Johan.

Ahí estaba, sentado en la caja registradora, mirando a la nada. Absorto en un mundo que nadie más que él comprendía.

Algunas personas curioseaban por los estantes pero ninguna se percataba del extraño estado en que se hallaba el dueño de la librería.

Uno a uno fui revisando los estantes (no sé ni en qué momento entré); todo olía muy bien. Daban ganas de deambular por estos pasillos toda la vida.

Mientras me paseaba por la tienda, miraba de reojo a Johan. No parecía haberse dado cuenta de que había entrado. Tan solo estaba ahí, con la cabeza recargada en la mejilla.

Entonces algo llamó mi atención. No sé si fue la portada o el hecho de ver un autor japonés a mitad de tantos nombres estadounidenses y latinos, pero mis ojos se posaron en un libro de un tal Haruki Murakami, llamado "1Q84".

Lamentablemente no podía darme el lujo de comprarme un libro, sin embargo algo me decía que valía la pena. Que, quizás, si esta semana en lugar de carne compraba atún, podría sobrevivir hasta conseguir más dinero.

Caminé hacia la caja pero, aunque Johan miraba en mi dirección no reaccionó cuando me acerqué. Me quedé frente a él durante unos segundos y, como vi que no reaccionaba, lo saludé.

—Hola.

—Ah, perdón —respondió un poco sorprendido por mi aparición—. ¿Te cobro?

Asentí. Le entregué el libro y lo observé detenidamente mientras registraba la compra.

Sus movimientos eran rítmicos y muy lentos. Tenía una vibra distinta a la de los demonios de ojos lascivos. Aunque seguramente en algún momento de su vida fue uno.

Estaba demasiado distraído. Se notaba que algo bullía en su cabeza porque su pecho se movía con fuerza al respirar. Seguro que le daba vueltas a algo. ¿Pero a qué?

Entonces finalmente me reconoció.

—¡Ah! ¿Amy?

Asentí. Me dio mucha ternura verlo así. Estaba desorientado y avergonzado. Su rostro se estaba poniendo rojo como un tomate.

—Lo siento, estaba distraído y no... no te había reconocido.

—Me di cuenta —le dije sin poder esconder mi sonrisa.

Entonces un silencio muy raro se hizo entre nosotros.

Sé que no tiene lógica, pero de pronto tuve la impresión de que, con solo hacer un poquito de esfuerzo, podría ver los pensamientos de Johan en su cabeza. Y, de hecho, sentía mucha curiosidad de saber qué era lo que pasaba por su mente. Pero si indagara en sus pensamientos de esa forma yo...

No.

No debería involucrarme de esta forma con él; es amigo de Samuel. Seguramente ya sabe que cortamos y debe estar de su lado.

¿Sabrá lo de mi pecho?

Me aterra la posibilidad de que Johan sepa que estoy incompleta. No quiero que nadie se entere de mi imperfección, de que no soy una mujer de verdad, sino tan solo un intento de algo. Tengo ganas de llorar... tengo que marcharme.

—Muchas gracias... Fue un gusto saludarle.

—Vuelve pronto —me dijo.

Y, bueno... Sé que es tonto y que no debería darle vueltas a algo así. Pero al escucharlo sentí que lo había dicho como si realmente quisiera volver a verme. ¿Por qué querría hacerlo? No lo sé. Puede que, al igual que yo, necesitara descifrar algo.

—Lo haré... —respondí.

Y al decirlo sentí que mi corazón estaba mucho más ligero que antes.

— ¿Trajiste algo de comer? — me preguntó Amy.

Acababa de terminar la clase de Teoría General de la Administración. El profesor, satisfecho por el sermón que nos acababa de dar, guardaba sus cosas, dispuesto a dormir al siguiente grupo con su monólogo.

— No traje nada. ¿Tú?

— Sí — dijo alzando su lonchera con la mano — . Mi mamá me puso esto. Creo que es demasiado; podemos compartirlo si quieres.

Yo me reí.

— ¿Qué? — preguntó Amy.

— Es que si te puso tanto, es porque te hace falta esa comida. Estás muy flaca.

— Ella dice lo mismo.

— Vamos — dije estirándome — Tenemos una clase libre, ¿no?

— Sí.

Mientras caminábamos fuera del salón, tuve una sensación extraña. Sentía que alguien nos miraba. No era solo el hecho de que lo hiciera, sino la *forma* en que lo hacía.

Al girarme enseguida lo vi:

Era Yael.

Estaba al fondo del salón, recargado en la pared, con los brazos cruzados. Tenía una de esas sonrisas maliciosas, típicas de los mujerigos. A su alrededor, varios de su manada sonreían de forma similar y se jactaban de algún asqueroso secreto que solo ellos conocían.

Sentí un escalofrío al notar que a quien miraba aquel demonio con tanta lujuria era a Amy y no a mí.

Mi amiga, distraída, ni siquiera notó que aquel Basbuntex le mostraba los colmillos.

Al final, Amy y yo decidimos saltarnos Contabilidad General y Procesos de Dirección I, así que tuvimos tres horas libres. Este tiempo juntas es mucho más valioso que esas aburridas materias.

Me gusta tanto hablar con Amy porque solo conmigo deja salir su verdadero ser. Me cuenta sus sueños y se pone a hablar de las posibilidades y de todas las cosas que hará cuando tenga trabajo y pueda vivir por su cuenta.

— Algún día me gustaría tener mi propia empresa — dijo.

Estábamos sentadas en una mesita metálica, alejadas de todo el bullicio estudiantil. Frente a mí, Amy mastica su comida con entusiasmo.

— ¿De verdad?

— Shi — afirmó con la boca llena.

— Eres muy inteligente, sé que lo vas a lograr.

Como Amy está ocupada con su comida tan solo asiente.

Se lo dije de corazón, ya que es algo que me hubiera gustado escuchar decir a mis padres. Sin embargo, para ellos, todo lo que hago o digo no tiene sentido.

— Tu mamá cocina muy bien — dije para cambiar de tema.

Amy asintió de nuevo y tragó deprisa.

— ¿Tu mamá no te cocina nada?

— No — dije — No vive conmigo.

— ¿Por qué no?

— Se fue a otro país.

— ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

— No lo sé.

Amy me miró consternada. Seguramente no sabía si seguir preguntándome o si estaba siendo demasiado entrometida. Yo no tenía problema alguno en contarle sobre mi vida, aunque la verdad preferiría no arruinar su inocencia con mis tragedias.

— Cuéntame más de tu mamá — le dije para cambiar de tema — Confecciona vestidos ¿No?

— ¿Qué no todas las mamás lo hacen? — preguntó extrañada.

— ¡Hey niñas! — interrumpió una voz — ¿Cómo están?

Yael apoyó sus grandes brazos sobre la mesa donde comíamos en paz. Poco le faltó para meter sus largos dedos en la comida de Amy.

Amy, asustada, tembló de pies a cabeza al verlo. Debía ser la primera vez que veía a un demonio tan de cerca.

Sin importarle nada, Yael rodeó la mesa y se sentó frente a mí, al lado de Amy.

— Ah, veo que están comiendo. Siento interrumpir su comida... Hmmm ¡Huele muy bien! Se saltaron dos clases ¿Qué está pasando? Pensaba que eran unas nerds.

Hablaban demasiado rápido. Su bien esculpida mandíbula se movía de arriba a abajo con fluidez. Ambas miramos embobadas la facilidad con que esos gruesos labios esbozaban sus melódicas palabras. Sus ojos eran claros y el cabello castaño le caía en flequillos por la frente.

— ¿Qué pasa? ¿No hablan?

Sin dejar de esbozar esa sonrisa maliciosa, Yael extendió su brazo derecho y lo pasó detrás de Amy. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, dándome fuertes golpes en el pecho.

— ¿Qué es lo que quieras? — dije finalmente — ¡Déjanos en paz!

Intenté sonar amenazadora, pero mi garganta estaba tan seca que aquella advertencia debió sonar patética en sus oídos.

— ¡Huh?

Yael me observó sorprendido, como si le extrañara el hecho de que yo pudiera hablar. La atrajo hacia él, como si quisiera dejar en claro que le pertenía.

— Vamos chicas, no se pongan así de agresivas. Sólo quiero charlar un rato. ¿Les molesta si me quedo? ¿Por qué no nos saltamos las clases que quedan? Total, no pasa nada. Podemos ir al billar un rato y tomarnos una cerveza.

— ¡No! — grité.

Me levanté enfurecida y jaloneé a Amy. Logré levantarla de su lugar, pero Yael la agarró de la muñeca.

— ¡Suéltala, Yael!

— ¡Pero ella no se quiere ir! ¡Verdad, preciosa? — exclamó sin dejar de mirarle el pecho.

Sentí un poco de dolor. Seguro que él no me miraba así porque sabía que yo estaba incompleta...

Yael se levantó sin soltar la mano de Amy. Vi en sus ojos que la situación ya no le divertía. Sus pupilas estaban cargadas de una posesividad enfermiza que me paralizó. Actuaba como si Amy le perteneciera desde su nacimiento

Forcejeamos, cada uno jalando una de las manos de Amy. A él no le importaba que se rompiera en el proceso, pero a mí me asustaba mucho que acabara partida en dos. Que sus órganos salieran desperdigados por todas partes y que su sangre encharcara la tierra.

Fue entonces que yo (más por desesperación que por valentía) solté una patada hacia los genitales de Yael. Lo alcancé a golpear, aunque no supe si di en el blanco. Lo importante es que gracias a eso soltó a Amy.

La abracé contra mí, la miré un segundo y me alejé con Amy tomándola de la mano.

Yo sabía que, tras aquel incidente, algo iba a pasar. Quizá debí advertirle a Amy desde un principio sobre el mal que podrían hacerle esos demonios y las horribles consecuencias que podría acarrearle relacionarse con ellos."

Sin embargo no lo hice.

No pude hacerlo, no sabía cómo explicar... ¿Y cómo podía justificar el hecho de que yo supiera tanto? ¿Cómo podía decirle que apenas y salí viva de las garras de uno de esos demonios?

Amy no lo entendería.

Veinticinco centímetros

Es viernes y Amy y yo estamos en mi casa.

Entre semana, Amy suele venir por las tardes a pasar el rato. Nunca lo ha dicho, pero sé que es porque no me quiere dejar sola.

Sin embargo, hoy hay una razón en especial para nuestra reunión. Mañana es mi cumpleaños y, como el fin de semana Amy se va de viaje con su familia, decidimos celebrarlo hoy.

Ya no me hablo con mis amigos de la preparatoria y tampoco me apetecía hacer una fiesta con gente de la universidad. Simplemente quería estar ahí con ella, comer chucherías, ver la tele y partir un pequeño pastel.

En ese momento estaban dando un programa (de un canal llamado VITA) que trataba sobre una señora que colecciónaba muñecas. Tenía una colección enorme de casi cinco mil muñecas. No solo las tenía en su habitación, estaban por todas partes; en los pasillos, la cocina, la sala, el comedor.

A mí me pareció extraño todo eso, pero Amy comentó lo admirada que estaba por todo el cariño que aquella señora le tenía a sus muñecas. El cómo las limpiaba con tanto esmero, y el hecho de que cada una tuviera su nombre.

—Impresionante... las trata como si fueran reales —dije.

—¡Pues es que lo son! —protestó.

—Pero...

Me detuve a media frase. Sentía que, si seguía discutiendo esto con ella, íbamos a terminar peleando por algo ridículo.

—A mí también me gustaría tener una casa así... —dijo Amy al final.

Y dicho esto, se quedó concentrada en la televisión a pesar de que ya estaban pasando anuncios. Seguro que se imaginaba a sí misma de mayor, con una casa de esas, repleta de muñecas.

—Oh... me llegó un mensaje —dijo de pronto.

—Ah... —respondí mientras me chupaba la sal que tenía en los dedos por las palomitas que me estaba comiendo.

—Es de... Yael.

—¡¿Qué?! ¿Qué quiere?

—Me invitó a salir...

—¡¿Qué?! ¡Amy! ¡No! ¡No puedes salir con él!

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Amy... —me apreté la frente con la mano. Necesitaba un modo de hacerle entender.

Vi que empezaba a escribir algo y me desesperé.

—¡Amy no lo hagas! ¡Dámelo!

—¡Hey! ¡¿Qué haces?!

Le arrebaté el celular. Amy se quedó incrédula, con las manos en el aire.

Leí los mensajes y, mientras lo hacía, otros más se iban acumulando.

YAEL: ¿Que tal preciosa? ¿Cómo estas...?

YAEL: ¿Qué te pareces si vamos a pasear?

YAEL: Contesta, sé que estás ahí.

Yael: Conozco un sitio donde podríamos estar los dos sin que nos molesten.

Yael: ¿Qué dices...?

Yael: ¡Contesta!

Yael: Estoy muy duro ahora mismo. ¿Quieres ver?

Sin siquiera darme tiempo de procesarlo, ante mi apareció la grotesca imagen del pene de Yael. Estaba en primer plano, se alzaba enorme, debía medir más de veinticinco centímetros. Al fondo se veía el rostro de Yael, con esa torcida sonrisa suya.

— Es enorme... — susurró Amy a mi lado.

— ¡Amy, aléjate!

— ¡Es mi celular! ¡Dámelo!

— ¡Este tipo es un asqueroso! ¡No deberías hablar con él!

— ¡Dame mi celular!

El rostro de Amy cambió por completo. En sus ojos podía ver lo enfurecida que estaba, sus pupilas estaban nubladas por ira y confusión. Jamás había visto algo así en ella. No era natural.

— ¡Amy ese tipo va a hacerte daño!

— ¿Y tú cómo lo sabes?

— ¡Amy por favor escúchame!

— Dame mi celular...

— Amy...

— Dámelo...

— Amy yo...

— ¡QUE ME LO DES!

Iracunda, arrojé el celular con todas mis fuerzas contra la pared. Montones de piezas diminutas salieron volando de él.

Esa no había sido la forma. Ese no era el modo en que debía solucionar las cosas. Ahora, después de esto, seguramente...

— ¡Eres una tonta! — gritó Amy al borde del llanto — . ¡No quiero que me vuelvas a hablar nunca!

Recogí lo que quedaba de su celular y salió de mi casa.

No lo entendía. Amy no entendía el daño que se estaba haciendo, lo mucho que iba a sufrir con Yael. Alguien podrido como él terminará envenenándola.

Corré a mi cuarto y me eché a llorar contra la almohada.

Lloré porque estaba frustrada. Porque, hiciera lo que hiciera, los dados estaban echados, y el resultado la iba a afectar de por vida... y a mí también.

Traspasar una línea hacia otro lugar

El sábado de mi cumpleaños había ido a la librería de Johan porque era el único sitio que me brindaba algo de paz. No pensé que saldría de esa tienda con dos libros.

Mientras iba en el autobús de regreso a casa, apreté contra mi pecho la bolsa con los libros. Me transmitían un calor cítrico. Sentía a Johan a través de ellos.

Ahora, con esto, estaba segura; acabábamos de traspasar una línea hacia otro lugar.

Comencé a darle muchas vueltas a esa aseveración. Y entre más lo repetía, más convencida estaba de ello.

Me bajé del autobús y caminé lo más rápido que pude hasta llegar a casa. En cuanto estuve dentro, suspiré. Me dirigí a mi habitación, coloqué los libros encima de la cama y, arrodillada en el suelo, los admiré.

Los dos estaban envueltos en un bonito papel de regalo color rosa pastel. Por aquí y por allá había gorritos de cumpleaños y globos dibujados en blanco y fucsia.

¿Sabrá que hoy es mi cumpleaños? No es posible. Ni siquiera Samuel lo sabía.

¿Entonces por qué lo hizo?

Tomé uno de los libros. Uno es *Tokio Blues*, pero del otro no tengo idea. No pude verlo bien cuando Johan lo tomó del estante.

Me daba algo de pena tener que romper el papel, así que deshice la envoltura con mucho cuidado.

Mientras desenvolvía el libro, recordé la forma en que Johan los había envuelto para mí. Sus manos se movían de forma delicada. Presionaba el papel con la fuerza justa; se notaba que había hecho aquello un montón de veces.

Al pensar en Johan, no me daba la impresión de que fuera uno de esos demonios lascivos. Su aura era la de un perezoso que, aunque lento, avanza por la selva manteniendo una adormilada y graciosa sonrisa.

Me dio algo de envidia y sentí muchas ganas de estar así con él. Seríamos una pareja de perezosos aferrados a un árbol. Juntos, sin prisas, avanzaríamos por la vida sin ninguna agitación.

Estoy segura de que a los perezosos no les importaría que yo tuviera solo un pecho en lugar de dos.

Tokio Blues

El otro libro que me regaló Johan se llama *Sputnik, mi amor*. Tenía una portada muy linda y el nombre me gustó mucho. De todos modos, aunque ambos me llamaban con mucha fuerza, decidí leer primero *Tokio Blues*.

Johan tenía mucha razón. El libro te atrapaba enseguida, era mucho más fácil de leer que *1Q84* y, además, me identificaba porque yo también estaba iniciando la universidad, al igual que el protagonista.

Leer *Tokio Blues* me trajo mucha paz. Era como estar en la librería de Johan; el mundo de Murakami me transmitía la misma energía.

Al mismo tiempo, y aunque estaba tranquila, no olvidaba a Amy. Veía, impotente, cómo su ser sufría una metamorfosis inversa. Su personalidad había oscurecido, llevaba los párpados adormecidos. Aquella ropa inocente que solía utilizar fue reemplazada por cortísimas faldas y blusas escotadas. Comenzó a fumar. Su sonrisa, si bien no estaba tan torcida como la de los demonios lascivos, se estaba curvando con la misma peligrosidad.

Por supuesto, dejó de sentarse frente a mí. Se cambió de lugar, al fondo del salón, junto a Yael y sus secuaces. Se pasaba las clases sin hacer nada ni prestar atención. A veces se escapaban y se iban quién sabe dónde.

Cuando pasaba frente a ella sentía su mirada sobre mí. Una parte de mí sabía que Amy quería ser salvada, pero no era tan sencillo.

No era algo que pudiera hacer por mí misma.

III. STURDY

NEMURO

¿Y si cuando lo llamo está dormido?

Claro que sabía que algo iba a cambiar después de haberle regalado a Amy esos dos libros de Murakami; mas no pensé que las cosas serían de este modo. Días después de aquello, regresó para agradecerme. Para mi suerte, ese día no hubo demasiados clientes, así que tuvimos todo el tiempo del mundo para los dos. Fue como si todos hubieran conspirado para que pudiéramos platicar con calma, sin prisas.

Me contó que aquel día en que le regalé los libros era su cumpleaños, y nos reímos de aquella curiosa coincidencia. Me habló sobre los libros que le gustaban, charlamos un poco sobre *Tokio Blues* y, al final, me contó que había cortado con Samuel.

Yo, hasta ahora, no he podido descifrar el origen o la naturaleza del alivio que sentí al escucharla decir aquello. Me pasé mucho tiempo intentando averiguarlo, pero al final desistí. No debía darle más vueltas a algo así.

Cuando Tamara sugirió lo del viaje, se me ocurrió que, en lugar de cerrar, podría contratar a alguien para cuidar el negocio; inmediatamente pensé en Amy.

—Entiendo —dijo Amy en cuanto terminé de explicarle cómo hacer el corte de caja.

—En serio gracias.

—Gracias a usted Johan. De verdad necesitaba un trabajo. ¿Y qué mejor lugar para trabajar que una librería?

No pude evitar sonreír al verla tan feliz. No recordaba haber visto jamás a alguien tan entusiasmada por atender una librería. A mí me gustaba hacerlo, pero mis pies no flotaban de emoción como los de Amy.

—Si ocurre algo, no dudes en llamarme.

—Pero va a Japón... ¿Y si cuando lo llamo está dormido?

—No importa.

—¿Y si quisiera discutir los libros de Murakami?

—Mejor —le dije, y nos reímos.

Como aún está en primer semestre, no puedo exigirle todo su tiempo; solo abrirá de cinco de la tarde a nueve de la noche. Si ella quisiera podría ofrecerle el trabajo aun después de mi regreso. Sería de mucha ayuda tenerla ahora que mis proveedores me presionan para recibir más libros en el inventario. Me había negado porque no creía que cupiera nada más en ese pequeño local. Pero tal vez con ayuda de Amy pueda hacer algo al respecto.

Pensándolo bien... ¿en qué momento empecé a tener tantas ventas? Que extraño...

—¿Algo más que debería saber?

—No, nada. De nuevo gracias por ayudarme Amy.

—Gracias a usted.

Me despedí de ella, salí de la tienda y observé cómo Amy acomodaba minuciosamente algunos libros en el estante de la pared izquierda.

Había algo en sus movimientos que necesitaba descifrar. La respuesta me la gritaban sus ojos en un idioma desconocido que jamás había escuchado.

Ese vivo color hizo que me ardieran los ojos

Acabo de sufrir el susto más grande de mi vida.

Estamos en Japón, en un pueblo costero casi olvidado llamado Nemuro. Mientras nos dirigíamos al hotel, divisé la parte trasera de un convertible rojo. Al verlo, el cuerpo me tembló; se me perló la frente de sudor y se me congelaron los dedos de las manos y de los pies.

No podía ser posible que, precisamente, *ese* carro estuviera aquí.

—¿Qué pasa? —me preguntó Tamara divertida—. Parece que acabaras de ver un fantasma.

—Nada, solo estoy cansado.

No quise ni mirarla; me aterraba que se diera cuenta de que todo era una mentira y que, efectivamente, acababa de ver una especie de fantasma.

Aquel convertible... era el auto de los Quaritolios.

No podía ser que los Quaritolios estuvieran paseándose en un lugar tan remoto como este. Si antes tenía miedo, ahora me hallaba horrorizado de que regresaran de nuevo en mi vida.

¿Cómo llegaron hasta acá? ¿Me estarán persiguiendo? ¿Será esta apartada isla su hogar?

De todos modos, pensándolo bien, no soy nadie para cuestionar algo así; bajo circunstancias normales yo tampoco estaría en esta isla. Si pude hacerlo fue gracias a Tamara.

Animada, Tamara caminaba a mi lado distraídamente. Se le veía contenta: al fin iba a deshacerse de ese Riel invisible para siempre.

Hasta ahora no había dimensionado que las ganancias de *Starfish Sporting* fueran tan buenas como para permitirse un procedimiento tan caro. Y no solo eso, sino que además podía permitirse venir a Japón trayendo consigo a un excompañero de preparatoria al que no veía en años.

Subimos una empinada cuesta hasta llegar al hotel Nemuro Kaiyoutei.

Con una habilidad y acento impecable, Tamara nos registró. Su japonés era tan perfecto que incluso noté sorprendida a la señora que nos atendía.

—No tenía idea de que hablaras japonés —le dije, cuando ya estábamos en nuestro cuarto deshaciendo las maletas.

Tamara simplemente se hundió de hombros.

—¿Aprendiste antes de venir a ponerte el Riel o después? ¿O quizás lo hiciste con ayuda de...?

—¡Johan, cálmate! ¿Qué importa eso?

—Pero...

Se acercó hacia mí con una mezcla de seducción y enfado y, con su pequeña mano, me empujó, haciéndome caer sobre la mullida cama.

Sorprendido ante su acción, la mire mientras me incorporaba. En cuanto abrí la boca, alzó su dedo índice y lo posó con ternura sobre mis labios.

Así fue como nos acostamos por primera vez.

Un freno mental

Recostado sobre la cama, no podía cerrar los ojos.

Dormida, a mi derecha, estaba Tamara. Su cabello rizado se esparcía por todas partes. Estaba adorable. Sí. Ahora que todo había terminado podía asegurarlo; antes no habría podido hacerlo.

Y es que, no sé por qué, pero algo me incomodó mucho durante esa hora y media que estuvimos teniendo sexo.

No era que su interior no fuera lo suficientemente cálido, ni que hubiera problema alguno con su olor o la suavidad de su piel. Quizá, en cualquier caso, el problema estaba en mi cabeza. Era como si un freno mental me impidiera disfrutar. Aunque eyaculé, no sentí ni una pizca de placer, y eso me desorientó por completo.

—El Riel... —pensé.

Aunque no lo toqué directamente (hice lo posible por evitarlo cada vez que nos besábamos), sentí su frialdad recorrerme entero mientras teníamos sexo.

Toda una tragedia.

Y digo tragedia porque, en realidad, no había problema alguno con Tamara. Su cuerpo, su personalidad y su energía eran perfectos; armonizaban de un modo exquisito. Aun así, aquel encuentro careció de emoción para mí.

Me pregunté si, por lo menos, ella lo habría pasado bien. Me repetí la pregunta una y otra vez hasta que, finalmente, me quedé dormido.

Tú nunca lo entenderás

Al día siguiente, Tamara se despertó con un ánimo excepcional.

Mientras la observaba caminar delante de mí, admirada por aquel gris paisaje, no pude evitar recordar nuestros días de preparatoria. En aquellos días, Tamara se movía por el mundo fascinada ante el más mínimo detalle:

- ¡Mira eso! — me decía cuando salíamos al recreo.
- ¿Qué cosa? — respondía yo.
- ¡Una piedra!
- ¿Ah?
- ¡Una piedra con forma de liebre!

Entonces Tamara corría hacia la piedra y la tomaba con cuidado, como si en efecto levantara en el cuenco de sus manos una tierna cría de liebre.

- ¿No es bonita?
- Claro.

Entonces Tamara sonreía. Una sonrisa sin Rieles ni intervenciones de ningún tipo. Una sonrisa que me deslumbraba el alma. Si lo pienso bien, fue esa sonrisa la que hizo de mi juventud algo brillante.

Por eso ahora, mientras veo a Tamara deambular por las vacías calles de este solitario pueblo costero, no puedo evitar sentirme desconectado. Como si frente a mí corriera una película y los sonidos de fondo pertenecieran a otra completamente distinta. En la pantalla aparecen unas olas rompiendo contra la brillante arena, y de fondo se oyen gritos y lamentos. Hay una chica que llora y montones de cosas rompiéndose por todas partes. El sonido de la sangre derramándose huele a óxido.

- Estás muy distraído desde que llegamos. Pensé que te gustaría Japón.
- Me gusta. Solo que no me acostumbro.
- Te entiendo. También me sentí muy ofuscada la primera vez que vine. Es... como si fuera un mundo completamente distinto, ¿no crees?
- Lo sé. Es raro ver las calles así de limpias.
- ¿Verdad? — dijo riendo.

Caminamos hacia un restaurante a orillas del mar. El cielo era gris, y el mar lo era aún más. No podía haber menos color en el mundo. El aire olía a una lluvia que caería en cualquier momento.

De todos modos, y a pesar del poco encanto que reinaba en todo el lugar, se estaba muy a gusto. Me pregunté cómo le estaría yendo a Amy en la librería. ¿Qué hora es en esa parte del mundo?

Cuando nos acomodamos en la mesa, la pareja de ancianos que atendía en el lugar nos miró con cierto recelo. Quizá temían que ensuciásemos de color aquel negocio gris.

La señora, ataviada con un mandil sucio encima de una playera blanca, se acercó a nosotros. El cabello lo llevaba en una coleta y tenía ligeras manchitas en sus regordetes brazos. Con la mirada preocupada nos dijo algo que, por supuesto, no entendí. De inmediato miré a Tamara que, relajada, contestó en un japonés perfecto.

Entablaron una conversación que, en menos de tres segundos, se volvió muy animada.

La señora intercalaba sonrisas entre Tamara y su esposo, que se hallaba al fondo del local, en la cocina. Este le respondía también en un tono animado.

Tras varios intercambios más la señora fue por los menús y nos los dejó en la mesa.

- Yo pediré por los dos ¿Te parece?
- Eh... claro, por favor.

Tamara de nuevo comenzó a hablar en japonés y la señora anotó todo en una pequeña libretita. De cuando en cuando, la señora también le decía algo —quizá recomendaciones sobre los platillos— y luego reían. Trataba a Tamara como si fuera su nuera y la apurase a que le diera nietos.

Finalmente, tras charlar un par de minutos más, la señora se alejó muy contenta.

—¿Qué tanto se dijeron?

—Lo que pasa es que no atienden extranjeros. Al parecer tuvieron una mala experiencia hace un año. Un americano vino y causó varios destrozos en todo el lugar.

—Ya...

—La primera vez que vine me perdí por completo, y tuve la fortuna de encontrar este restaurante. Ella, muy amablemente, me dio indicaciones y nos caímos muy bien. Fue entonces que me confesó ser tía del Especialista en Desviaciones del Esqueleto. Dice que he cambiado un montón, así que por eso no me reconoció cuando entramos.

—¿Y el Especialista en...? Bueno. ¿El Especialista ese vive cerca de aquí?

—No... Su casa está del otro lado, en la costa opuesta.

—Qué raro... No creo que haya muchas personas en el mundo que estén dispuestas a venir hasta esta orilla del mundo a hacerse un procedimiento tan caro.

—Créeme que las hay.

—¿Sí?

—Tú no lo sabes porque no has tenido que sufrirlo, pero miles de personas han sido humilladas por su sonrisa y viven avergonzadas, incompletas.

—Mis dientes también están chuecos; no son perfectos. ¿Lo ves?

—Ay, Johan... eso no es nada y lo sabes. Tú nunca lo entenderás.

Suspiró y movió el servilletero ligeramente a la derecha. Se quedó mirando a través de la ventana hacia la simpleza de ese mar gris. La noté incómoda, más que molesta.

Yo entendía que todo ese tema la incomodara. Pero, por más que le daba vueltas, seguía sin cuadrarme la idea de que Tamara fuera más hermosa con aquellos dientes perfectos que con su sonrisa original.

Pero se está tranquilo

Después de comer fuimos a una tienda cercana a comprar trajes de baño para mí.

— ¡No puedo creer que no hayas traído traje de baño! ¡Te dije que aquí había playa!

— Pensé que solo vendríamos a lo de tu Riel.

— Pues claro que no. Si ya estamos aquí lo mejor que podemos hacer es aprovechar.

Compré un par de shorts con figuritas estafalarias y un protector solar. Yo no creía que bajo este cielo gris se me pudiera quemar la piel, pero Tamara insistió.

Rentamos una todoterreno (que Tamara quiso manejar) y llegamos a una tienda de conveniencia. Compramos algunas cervezas y comida. Tamara estaba animada otra vez. Me pareció que lo mejor sería no volver a tocar el tema de los dientes porque, cuando lo hacía, Tamara se ponía rara.

La carretera por la que manejábamos estaba muy bien cuidada y no se veía tráfico por ninguna parte. Rodeamos la costa admirando el infinito mar que, en aquella parte del mundo, era tan gris como una pared de cemento.

Finalmente llegamos a una apartada playa donde la arena tenía un color mucho más agradable. Era un amarillo muy bonito, que ni siquiera el gris del cielo alcanzaba a decolorar.

Se veía que era un área turística destinada a que las personas pudieran echarse por ahí y disfrutar de las olas. Sin embargo, no se veía ni un alma a varios kilómetros a la redonda.

A lo lejos se veía una regadera y, desperdigados, algunos cubículos que, imaginaba, serían cambiadores. Del lado opuesto al mar, pegados a una montaña, se hallaban algunas tiendas abandonadas.

— Está muerto... — dije.

— Pero se está tranquilo ¿No?

Me sorprendió un poco la insensibilidad de Tamara. Iba a decirle que aunque se estuviera tranquilo, si un lugar estaba muerto significaba que algo no estaba bien.

Deseché la idea al instante.

Desde que estaba con Tamara cuestionaba demasiado todo y me molestaba cualquier detalle.

— ¡Vamos! — gritó dando saltitos hacia la playa.

La mire alejarse hacia uno de los cambiadores con su maleta bajo el brazo. Mientras tanto yo tomé la hielera y las bolsas con la comida. También, como pude, me llevé el enorme parasol que habíamos conseguido de camino acá.

La arena estaba calientísima, no tenía idea de cómo Tamara se había lanzado así sin más.

Clavé el parasol a unos cinco metros del mar. Dejé todas las cosas bajo la sombra y regresé al todoterreno por mi traje de baño.

Iba a meterme a uno de esos cambiadores pero me pareció muy molesto, a fin de cuentas no había ni un alma ahí. No creo que a una playa muerta como esta le moleste que un tipo como yo se desnude a sus pies.

Cuando ya tenía puesto aquel ridículo bañador playero, regresé junto al parasol.

Tamara no se veía por ninguna parte. Sabía que era normal, hasta cierto punto, que las mujeres se tomaran su tiempo para cambiarse. Solo que me intranquilizaba que todo estuviera tan quieto. Incluso las olas escalaban con cautela por la arena.

Extendí la toalla, me recosté y abrí una cerveza. Al probarla, me supo tan buena que suspiré.

Estaba en una desconocida costa del mar de Japón en un viaje con Tamara. Era una situación anormal que debería serme extraña, sin embargo no era así.

Voltee hacia los cambiadores; no se percibía ni un solo rastro de ella.

Aunque tenía muchas ganas de ir y comprobar si estaba bien, me daba miedo hacerlo. Mi instinto me decía que si iba y abría el cambiador, Tamara desaparecería para siempre. Entonces sí, el sentido de irrealdad me aplastaría por completo y todos los sonidos ajenos que ya había percibido antes vendrían y me ensordecerían.

En resumen, la sangre se derramaría.

—Se está muy a gusto aquí...

Salté en mi lugar al escuchar a Tamara. De haber estado en una cama, sin duda me habría caído.

A mi izquierda, Tamara, se hallaba cómodamente recostada sobre su toalla. Llevaba un provocativo traje que no cubría más que los puntos esenciales de su cuerpo.

—¿En qué momento...?

—¿Llegué? Llevo media hora aquí... —Se hundió de hombros — Pero como tenías la mirada tan perdida decidí no molestarte. Hace un momento estaba hablando contigo misma. Lo siento si te asusté.

—Ya...

Le di un trago a mi cerveza. Estaba tibia. Tamara no mentía.

De nuevo el sonido de las olas llegó hasta nosotros. De momento el sentido del universo estaba en orden.

Bebimos en silencio atentos a la canción del mar.

Cuando el alcohol comenzó a embotarme los sentidos, sonreí. Se estaba muy bien así. Sin preocupaciones, ni presiones.

Aunque el mar lanzara con esmero su elocuente discurso, no había necesidad alguna de retener señales ocultas. Solo disfrutar del sonido de la espuma cuando el agua estalla contra la arena. Las olas retrocediendo en parvadas hacia su hogar ancestral y...

—¡Me vengo, me vengo...! ¡Ah...!

Cuando me di cuenta, Tamara estaba encima de mí. Daba saltos, y yo la observaba hipnotizado. Sus rizos golpeaban su espalda blanca, que ya tenía algunas marcas de sol donde había estado el bikini.

La imagen, los sonidos, las sensaciones, el acto en sí mismo... todo debería causarme algo: alguna impresión, un sentimiento o algo parecido.

Sin embargo, mientras observo a Tamara complacerse hasta el final, no logro sentir nada en absoluto, y eso me llena de un pavor inmenso.

Además —más grave aún—, empecé a cuestionarme si quizá esta no fuera la primera vez que experimentaba estos raros saltos en el tiempo. ¿En qué momento accedí a hacerlo con Tamara, aquí, en esta terrorífica playa muerta? ¿A qué otras cosas habré accedido sin darme cuenta, y que ya no puedo recordar?

Esto no podía seguir así. Debía hacer algo.

Sueño IV: Sebastián

Estoy en un horrendo antro.

La música retumba a todo volumen. Por todas partes destellan luces rojas y violetas que iluminan miles de siluetas danzando al son de una melodía lasciva. El golpeteo continuo de aquel ruido me ensordece. Sin embargo, sé que hay algo aquí que debo buscar.

Aunque inseguro, comienzo a abrirme paso entre la masa sudorosa de gente que baila sin parar. Huele a loción y sexo; huele a vacío.

El piso está resbaloso, algunas manos me tocan y trato de zafarme. Me pican barbas y cabellos; me cuesta respirar. Por encima de todos flota una densa nube de toxinas.

Finalmente, tras tanto caos, llego a un espacio abierto. En medio hay una persona.

Sebastián.

No sé por qué se llama así, pero no tengo ninguna duda de que ese es su nombre.

Está ahí parado sin hacer nada. La gente sigue bailando a su alrededor, nadie se le acerca. Tiene la mirada perdida y en su puño aprieta un vaso rojo de plástico. La bebida se escurre entre sus dedos.

Me inquieta que nadie se le acerque, que esté ahí, inmóvil, mirando a la nada; sin embargo, debo averiguar algo.

— ¿Has visto a Amy?

La pregunta salió de mi boca y, hasta que la pronuncié, supe que eso era lo que buscaba. Esa era mi razón de estar ahí.

Aunque Sebastián no volteó a verme, sé que me escuchó, porque de inmediato el ritmo de su respiración cambió.

Me desesperé: aunque la gente ya no me apretujaba, el desagradable olor de sus cuerpos seguía golpeándome, y la música me taladraba los tímpanos.

— ¿Has visto a...?

— El nulo significado de la trascendencia es tan irrelevante como la nulidad o la trascendencia misma...

— ¿Qué estás...?

— ¡¿No lo entiendes?! — giró su rostro lentamente hacia mí, mostrándome sus enormes ojos; estaban rojos por la ira, el humo o el insomnio. Los tendones de su cuello, tensos como cables de acero — . ¡El nulo significado de la trascendencia es tan irrelevante como la nulidad o la trascendencia misma!

Di dos pasos hacia atrás y me di la vuelta. Lo escuché una vez más pronunciando aquella frase tan rara y me alejé a toda prisa.

Volví a inmiscuirme en la masa resbalosa de gente.

No logro avanzar; la presión es tan inmensa que mis huesos comienzan a partirse. Me siento asfixiado; mi cuerpo se tritura lentamente y mis ojos salen de sus cuencas...

EL ESPECIALISTA EN DESVIACIONES DEL ESQUELETO

Si hubiera una respuesta

Han transcurrido ya cinco días desde que llegamos a esta costa de Japón. Mañana Tamara tiene su cita con el Especialista en Desviaciones del Esqueleto.

Es de madrugada y Tamara yace dormida a mi izquierda con los rizos revueltos por doquier. Como llevo bastante tiempo despierto, mis ojos ya se acostumbraron a la oscuridad, y puedo distinguir a la perfección su silueta.

Su boca está ligeramente abierta. No veo el Riel, pero sé que está ahí. El frío me atraviesa el pecho con cada exhalación suya.

—Debo quitárselo —pensé—. Si no se lo quito, algo muy malo puede pasar.

Me acerco a ella con cuidado.

Su respiración es apacible. No era así la primera noche que llegamos. Es como si sus pulmones respiraran al ritmo de las olas.

¿Qué será de ella si le arranco ese pedazo de material invisible? ¿Se volverá alguien infeliz? ¿Será incapaz de volver a sonreír?

No, eso sucedería con o sin el Riel. La infelicidad es un suceso inevitable.

Aunque sé que no tengo derecho a decidir por ella, no me queda duda de que algo tan extraño no puede ser normal. Y es que ahora sé, con certeza, que necesito ver sus dientes torcidos y su sonrisa verdadera.

Decidido, estiré la mano hacia ella. Mis dedos ya habían tocado sus labios cuando sonó mi celular.

Era Amy.

—¿Bueno?

—¿Johan? Hola. ¿Lo desperté?

—No...

—¿De verdad?

—Sí, ya estaba despierto desde hace rato —dije—. El sonido de las olas a veces me levanta de madrugada.

—¿Sí? ¿Tan fuerte es el sonido?

—Sí.

Miré con atención los párpados de Tamara; no parecía haber reaccionado al sonido de la llamada, así que continué la conversación. Si se despertaba, desistiría en quitarle el Riel. Pero si seguía dormida yo...

—Me gustaría ir de nuevo al mar. No voy desde que era niña.

—¿Y eso por qué?

—Pues...

Enseguida entendí que no quería hablar de eso, así que cambié de tema.

—¿Cómo te va con la librería?

—¡Bien! —contestó animada—. Ha habido bastantes ventas estos días; ha sido cansado, pero también muy divertido.

—¿Sí?

—¡Sí!

— ¿Cómo te ha ido con *Sputnik, mi amor?*

— ¡Mal! Bueno, bien. Llegué a la parte donde hablan de la mujer que queda atrapada en la rueda de la fortuna y se ve a sí misma teniendo sexo con otro hombre. Estoy intrigada. ¿Usted qué opina? ¿Eso pasó de verdad, o fue solo una alucinación por pasar tantas horas atrapada?

— Quien sabe... — respondí.

— Qué malo. Sé que sabe la respuesta.

— Ni siquiera sé si hay una respuesta correcta.

— Hmm... — iba a decir algo, pero al final desistió —. Debo irme, está empezando a llegar más gente.

— Está bien, nos vemos.

— Bye.

— ¡Espera! — grité. Mi corazón se aceleró por el miedo de despertar a Tamara.

— ¿Qué pasa?

— Si hubiera una respuesta al misterio de la mujer en la rueda de la fortuna, ¿cuál te gustaría que fuera?

El silencio se espesó al otro lado de la línea. Quizá entendió que, si le preguntaba eso, era porque había una razón importante detrás.

— Si fuera ella, no querría saber la verdad. El solo pensar que hice cosas que no quería...

— ¡En fin! — volvió a decir tras un largo silencio —. Debo irme, Johan. Cuídese mucho.

Y, sin darme oportunidad de responder, colgó.

Jamás había visto una puerta tan recta en toda mi vida

Mientras Tamara conducía hacia el consultorio, no podía evitar sentirme nervioso.

¿Descubriría que le había quitado el Riel mientras dormía? De momento no parecía advertirlo y se limitaba a dar brinquitos en su asiento al ritmo del meloso pop japonés que sonaba en la radio.

—No soy fanática de esta música, pero las canciones son lindas, ¿no crees?

—S-sí...

El viento le daba de lleno en la cara. Sus rizos se abrían como las alas de un cisne negro, y su sonrisa de dientes perfectos seguía ahí.

Suspiré.

Quizá era demasiado tarde para recuperar lo perdido.

Finalmente llegamos a un paraje desolado de la costa donde se erigía una rústica casita de dos plantas. No se veía arena por ninguna parte, tan solo tierra endurecida y piedras filosas recibiendo el baño del mar.

—¿Es aquí?

—Claro —dijo Tamara, dando un portazo al todoterreno—, ¿qué esperabas?

—Pues no sé ¿un consultorio común y corriente?

Tamara negó lentamente.

—El Especialista en Desviaciones del Esqueleto no es un doctor ni un cirujano.

—¿Entonces?

Se encogió de hombros.

—Es un... Especialista... en Desviación de Esqueletos.

Suspiré.

Definitivamente la actitud de Tamara cambiaba cuando salía el tema de los dientes.

Me quedé junto al todoterreno mientras veía a Tamara subir las escaleras del porche y entrar a la casa sin tocar. Simplemente empujó la puerta y esta cedió como si nada. Al cerrarse, se oyó un golpe que no correspondía con la ligereza del material.

No me pidió que la acompañara, ni que la siguiera. Sin embargo, esa parte de la costa era demasiado tétrica y no pensaba quedarme ahí esperándola quién sabe por cuánto tiempo.

La tierra por la que caminaba crujía de forma horrible y, al subir los escalones, rechinaron de tan podridos que estaban. Cuando quise abrir la puerta tuve que empujar con el hombro y cargar todo mi peso para poder pasar.

Cuando finalmente estuve dentro, sentí que me faltaba el aire. Ni siquiera cuando hacía mis recorridos en bicicleta sentía tanto cansancio.

La casa tenía un olor peculiar, como si todo fuera nuevo, y eso no encajaba con el desorden que había dentro. Era un caos enorme e indetectable. Había bultos de cosas por todas partes. Cuando intentaba enfocar la vista en algún punto en específico no lograba discernir si se trataba de una maceta o una licuadora.

Este Especialista tenía un serio problema de acumulación.

La estancia donde me hallaba parecía una especie de recepción. Frente a mí había una pared con un enorme espejo que llegaba al techo y, debajo de él, una mesita con cosas encima. El espejo estaba tan sucio que nada se reflejaba en él.

A los lados había dos pasillos igual de caóticos, así que sin pensarlo demasiado elegí el de la derecha.

La casa era un laberinto. Las paredes estaban tapizadas de un sucio papel color crema y la tenue luz de los focos amarillos no ayudaba en nada a mejorar la apariencia del lugar.

No veía a Tamara por ninguna parte. Desde afuera la casa no parecía ser tan grande, por eso me extrañaba no escuchar siquiera a Tamara o al Especialista. Seguramente ya deberían estar hablando del procedimiento.

Aquellos no parecía tener fin. Cada vez que entraba a una habitación nueva, me encontraba con lo mismo; un montón de objetos indetectables y dos puertas. Lo más raro es que, sin importar cuál eligiera, volvía a llegar a otra habitación llena de cosas con dos puertas.

Tras pasar por ocho o nueve estancias distintas finalmente llegué a un pasillo que estaba limpio y despejado, y había una sola puerta blanca al final.

Conforme me acercaba, el tapiz de la pared iba clareando hasta blanquear. Daba la ilusión de que todo a mí alrededor se estuviera cubriendo de nieve.

Me quedé parado ante la puerta. El frío me pegaba en la cara como si estuviera ante un congelador abierto (o no sabía si era la ilusión por el blanco tan puro). Del otro lado no se oía nada.

Toqué dos veces la puerta y al hacerlo tuve una sensación parecida a la que sentí cuando toqué el Riel de Tamara. Di un paso atrás. Quizá la puerta estuviera hecha de un material similar.

De pronto, al mirar bien la puerta, me di cuenta de que era una puerta demasiado perfecta. Jamás había visto una puerta tan recta en toda mi vida. Aunque tampoco me había topado jamás con una que se viera tan falsa. Al verla me transmitía la sensación de que se esforzaba demasiado por ser una puerta y que, si le hacía cosquillas, dejaría de serlo para transformarse en...

¿Pero cuál sería la verdadera apariencia de una puerta tan recta que ha permanecido así durante quién sabe cuántos años?

Escuché el sonido de la sangre derramarse y un escalofrío me recorrió entero.

Entonces la puerta se abrió.

— ¿Diga?

Ante mí se erguía un altísimo hombre asiático de piel morena. Los pómulos estaban tan afilados que me aterraba la idea de pasar a su lado y desgarrarme la piel con uno de ellos. Casi toda su ropa era negra; el pantalón, el suéter y los zapatos. Solo la gabardina, esa tenía la misma tonalidad del empapelado sucio de las primeras habitaciones. Sus ojos eran pequeños y su cabello de un inquietante color oscuro. Un negro tan profundo que no alcanzaba siquiera a distinguir un mechón de otro.

Escuché un llanto ahogado y me moví ligeramente para ver lo que había detrás del hombre.

Tamara, sentada, lloraba en una silla blanca. Jamás había visto un mueble así. De hecho, jamás había visto un lugar como ese. No había visitado demasiados consultorios, pero estaba seguro de que ni siquiera el más prestigioso doctor (o cirujano) tendría un lugar así de puro y esterilizado.

— ¿Qué le hizo? — fue la primera pregunta que le hice al hombre.

Al instante, el hombre frunció el ceño en desconcierto.

— ¿Quién es usted?

— Soy amigo de Tamara.

— Ah — al escuchar mi respuesta, su semblante se relajó. Dejó de parecerme intimidante y me sentí más tranquilo al hablarle.

— Pase... — dijo haciéndose a un lado — . Ha ocurrido una tragedia...

— ¿Qué pasó?

— ¡Johan! ¡Johan!

Al verme, Tamara se levantó corriendo de su asiento y me abrazó. Sus lágrimas me mojaron la camiseta en cuestión de segundos.

— ¿Qué paso? ¿Qué le hizo a Tamara?

— Yo no le hice nada — contestó despacio. Su voz era como un trombón y su tono conciliador.

— ¡El Riel! ¡El Riel desapareció!

— El Riel...

— Esto puede llegar a ocurrir. Aunque no es común, claro. Siempre me aseguro de que el Riel quede fijado con exactitud. De modo que su durabilidad sea perfecta.

— ¿Durabilidad perfecta?

— ¿Johan... qué voy a hacer? — balbuceó Tamara.

— Lamentablemente, aún si es por un segundo de diferencia, si el Riel se retira antes de tiempo, el efecto se pierde por completo.

— ¡Por favor, haga algo Señor Especialista!

Entonces aquel hombre era el Especialista en Desviaciones del Esqueleto. Quise preguntarle cómo es que un asiático tenía un español tan perfecto, pero Tamara estaba demasiado destrozada como para preocuparse por algo así.

— ¿A qué se refiere con que pierde el efecto por completo? — pregunté.

Al ver la expresión tan afligida del “Señor Especialista”, se me apretujó el corazón. Tenía los ojos vidriosos y apretaba los labios con fuerza. Todo su rostro se contrajo en conmoción.

— La bella sonrisa de la Señorita Tamara... se va a perder para siempre.

Al decirlo, cerró los ojos y dejó que sus lágrimas escaparan a lo largo de sus duras mejillas, hasta empapar el suave suéter que olía a lluvia. Tamara lloró con más fuerza. Sentía mi pecho muy mojado.

— ¿Y no puede volver a ponerle el Riel? ¿Repetir el proceso?

— ¿Repetir el proceso? — El Especialista abrió los ojos indignado — ¡Es imposible repetir el proceso!

Contempló a Tamara con lástima y negó lentamente.

— No lo resistiría. Si intentase colocarle otro Riel, ella podría morir.

— ¿Morir...?

— ¡No importa! — gritó Tamara echándose a los pies del hombre — ¡Por favor, haga algo! ¡Cúreme!

— Qué más quisiera yo, Señorita Tamara...

Y así, los tres, nos quedamos en ese estado fúnebre. Jamás pensé que un llanto pudiera ser tan fuerte y desconsolador, ni que pudiera prolongarse durante tanto tiempo.

Tamara lloró hasta quedarse dormida.

Es toda una tragedia

—Es toda una tragedia... —susurró el Especialista tras darle un sorbo a su café—. Esa chica no podrá volver a sonreír con seguridad... y es tan joven...

La voz se le fue apagando conforme hablaba; apenas logré escuchar el final de su oración.

Yo, sin saber qué decir, di un trago a mi té mientras contemplaba el lugar donde estábamos. Era un cuarto contiguo al despacho donde los encontré. El espacio era amplio y servía como sala de estar y comedor. Detrás de mí había una mesa larga con doce sillas.

Estábamos sentados alrededor de una mesita baja: yo, en uno de los sillones alargados; Tamara frente a mí, durmiendo en otro igual. A mi izquierda, el Especialista reposaba en uno individual. Los tres sillones, por supuesto, eran de un blanco casi irreal.

—¿Recibe muchos casos así?

—Oh no, no muchos... pero los llevo a recibir. Los accidentes suelen ocurrir, ¿sabe?

—Me imagino...

—Su amiga, la Señorita Tamara, no notó que le faltaba el Riel hasta que se lo dije. Y, créame, sé lo que hago. Me enorgullezco de mi trabajo. Así que, cuando ocurren este tipo de cosas, realizo una investigación exhaustiva de lo sucedido.

—¿Investigación?

El Especialista asintió. Juntó las yemas de los dedos sobre su regazo y tamborileó con lentitud.

—Es importante conocer todas las circunstancias, de principio a fin, que precedieron al accidente. Cuanta más información y detalles se tengan de lo acontecido, mejor.

»Desmenucé con detenimiento la vida de Tamara desde que vino a mi consultorio hace años por primera vez, hasta la práctica sexual que llevaron a cabo el día de ayer en la playa.

—¡¿Qué...?!

—No se escandalice, por favor —interrumpió—. Del tres por ciento de los casos en donde se pierde el Riel, el treinta por ciento ocurre durante algún tipo de práctica sexual.

Me sorprendí por la forma en que aseveraba aquello sin el menor rastro de duda. ¿Cuántos pacientes habría atendido para obtener una estadística así?

—¿Y descubrió algo después de su investigación?

—No —susurró—. No logro explicarme cómo sucedió. Desde que le coloqué el Riel a la Señorita Tamara, su vida había transcurrido con total normalidad. Hasta que reapareció usted, claro.

—¿Yo? —pregunté nervioso. La saliva se me acumulaba a raudales y no lograba tragármela toda. Asintió.

—Tranquilo. No creo usted que haya tenido nada que ver —en un solo movimiento, se inclinó hacia mí y me tomó de las muñecas, volteándose las palmas hacia arriba.

—¡Eh! ¡¿Qué hace?! —asustado, intenté zafarme de su agarre. Me aterroricé aún más al ver que, por más fuerza que hiciera, no lograba moverme ni un ápice.

—El Riel cuenta con un sistema de protección que impide que sea arrancado a voluntad.

—¿Sistema de protección?

—Sí. Si alguien intentara sacar por la fuerza el Riel, terminaría recibiendo una quemadura fría.

—Tenía los ojos fijos en mi palma y en las yemas de mis dedos; después me observó complacido — Si usted lo hubiera intentado su piel no estaría así de sana. Se lo aseguro.

Finalmente me soltó y, hasta ese momento, me di cuenta de que mi sangre se había quedado estancada, porque sentí cómo volvió a fluir con fuerza por todos mis vasos sanguíneos.

El Especialista volvió a adquirir un semblante de profundo pesar. Observó a Tamara dormitando en el sillón y, una vez más, negó con lentitud. Estaba cabizbajo, como si un amigo cercano hubiera muerto.

—Es toda una tragedia... —susurró.

Un daño irremediable

Tres días después, ya estábamos en casa.

En todo ese tiempo, Tamara no me dirigió la palabra más que para lo absolutamente necesario.

Cuando le preguntaba si traía su pasaporte, respondía que sí; cuando le preguntaba si tenía hambre, respondía que no. Para mi sorpresa, con monosílabos nos comunicábamos increíblemente bien. Sin embargo, debido a eso, no podía ver si sus dientes habían vuelto a la normalidad.

Me preocupaba la mujer en la que se había transformado. Aunque la sonrisa de antes no fuera real, la extrañaba un poco. Cuando menos existía una; ahora ya no quedaba nada.

¿Acaso le habré causado un daño irremediable?

En el aeropuerto Tamara pidió un taxi. Eran las dos de la mañana, y ambos esperábamos frente a una glorieta. Con las maletas a los lados y los rostros decaídos, debíamos parecer una pareja recién peleada.

— ¿Podré verte de nuevo? — le dije.

Tamara abrió sus ojos enormes. Era la primera vez, en esos tres días, que veía un poco de luz en su rostro.

— No...

— ¿Por qué...?

Bajó la vista al suelo. Movía los pies inquieta.

En ese momento llegó su taxi: aventó la maleta en el asiento trasero y se subió tras de ella. Antes de cerrar la puerta me miró consternada, como si sintiera pena por dejarme ahí abandonado.

Iba a decirme algo pero, en lugar de eso, solo negó despacio y cerró la puerta.

El taxi se alejó.

Sueño V: Tomás

Estoy de nuevo en el mismo lugar: un antro.

No sé cómo es que lo sé. Despierto no recordaba el sueño y, ahora que estoy aquí, sé perfectamente que me encuentro en el mismo lugar de la otra vez.

Me asusta un poco tener tanta lucidez dentro de un sueño. Pero, por más miedo que tenga, sé que debo continuar. Debo encontrar a....

— ¿Amy?

— ¡Ah! — Exclamó un hombre barbudo a mi lado — . ¿Buscas a Amy? ¡Yo sé dónde está!

El hombre no llevaba camisa; las costillas se le marcaban. Tenía la piel empapada en sudor y los pezones de un horrendo color oscuro. El torso y los brazos estaban cubiertos de tatuajes.

Me miraba sonriente y, cuando vi que hizo el gesto de pasarme el brazo detrás de la cabeza, como para guiarme, me aparté.

— ¿Dónde puedo encontrarla?

— ¡Está allá! — gritó carcajeándose — Al fondo, en Las Profundidades.

— ¿Las Profundidades?

Esa palabra me sonaba. La había escuchado en algún cuento antiguo, de esos con finales oscuros en los que no hay salvación para nadie.

Sea como fuera, si Amy estaba ahí, debía ir.

— ¡Espera! — interpuso su asquerosa mano sobre mi pecho para detenerme. Lo hizo con tanta fuerza que me dolió; sin embargo, no se veía enojado. Su enorme sonrisa apenas le cabía en el rostro.

— ¡Espera amigo! ¡No puedes ir ahí!

— ¿Qué?

— Sabes... Amy no recibe a cualquiera.

No comprendí a qué se refería con eso. Pero lo decía como si yo lo entendiera a la perfección. Sin decir nada, me di media vuelta y me alejé del sujeto.

El lugar estaba infestado de gente y, a pesar de la iluminación roja y violeta, no lograba distinguir nada. Solo masas. Masas y masas de personas. ¿Qué forma tiene este antro? Por más que avanzo, no encuentro pared. Ni siquiera sé de dónde viene la música; no veo bocinas ni DJ.

No entiendo nada. No sé cómo puede resultarme familiar este lugar, ni cómo es que todavía recuerdo a Sebastián. Mucho menos sé por qué conozco al desagradable hombre barbudo de hace un momento.

¿Cómo es que sé que su nombre es Tomás, si yo jamás lo había visto en mi vida?

PÉRDIDA

Esa sensación de pérdida

Es domingo y me despierto un poco desconcertado. Tengo la sensación de que tuve una pesadilla, mas no estoy seguro. A pesar de amanecer con el cuerpo húmedo de sudor, no recordaba ni un solo detalle de aquel sueño.

Estoy en la cama sin moverme. Lo único en lo que puedo pensar ahora es en todo lo que sucedió en Nemuro. No estaba seguro de si lo que le había hecho a Tamara estuvo bien.

De la maleta saqué todo excepto el Riel. No entendía porque no tenía las quemaduras de las que habló el Especialista. Me miré las manos y, tras pensarlo mucho, decidí que sería mejor no volver a tocar esa cosa.

Cerré la maleta y la escondí en el lugar más recóndito de mi casa.

Se me encogía el corazón al pensar en la forma en que Tamara lloraba. Aunque estaba convencido de que su sonrisa era mucho más bonita cuando tenía los dientes chuecos, al verla llorar ya no supe si, de verdad, había valido la pena intervenir.

Quizá su vida no sería la misma de nuevo; y yo había sido culpable de eso.

Suspiré.

Al pensar en Tamara, instintivamente me miraba las manos y esa sensación de pérdida se hacía aún más presente. Una sensación que me dejaba inquieto por una familiaridad que no lograba descifrar.

Me quemaba el hecho de pensar que quizá ya no podría acariciar su piel nunca más. A pesar de que yo no sentía ningún placer al tener sexo, hoy mi nostalgia me trata de convencer de que, de hecho, sí sentía algo estando con ella, y mucho.

Publicidad y ofrecimientos banales

Sigue siendo domingo.

Sé que debería estar haciendo algo productivo o, cuando menos, algo. Pero no me apetece nada. Ni leer, ni caminar, ni jugar videojuegos. Mucho menos andar en bicicleta.

Definitivamente yo también perdí algo en algún momento durante ese viaje.

Ya son las once de la mañana, y estoy despierto desde las seis. No me he movido en todo este rato. Tengo hambre, pero la distancia entre mi cama y la cocina se me antoja infinita.

Tras varias horas de naufragio entre pensamientos vacíos e ideas caóticas, decido hacer el tonto en el celular. Me meto a Facebook hasta quedar harto de fotografías y publicaciones que no me importan en lo absoluto. Después entro a mis mensajes y de inmediato me fijo en la última conversación que tuve con alguien.

DARELLE: ...y creo que por eso me agradas Johan.

Ese fue el último mensaje que recibí de ella.

Releí todas las conversaciones que tuvimos desde la primera vez que le escribí. Hablamos de los audífonos y después de quedar en vernos. Luego fuimos a un café, vimos una película e hicimos el amor. Al final me enteré de que era una celebridad; una modelo de ropa interior.

JOHAN: Hey, ¿Cómo estás?

Escribí mi mensaje sin ningún tipo de intención. Tan solo era un saludo casual. De todos modos me sentí raro, como si intentara cortejarla o algo parecido.

De inmediato recibí una respuesta automática en el chat.

DARELLE: ¡Hola Johan! ¡Muchas gracias por comunicarte conmigo! ¿En qué puedo ayudarte?

Entonces se desplegaron algunas opciones en el chat: "Pedir información", "Ir a la tienda online" y "Otro".

Qué extraño. Esto no debería pasar. Se supone que esta es la cuenta personal de Darelle.

Me salí del chat y, al entrar en su perfil, quedé en shock.

Para empezar, su foto de perfil era otra. Ya no era la foto casual donde posaba con la mano en la cintura y su larguísimo cabello negro enmarcando su pequeño rostro. En su lugar estaba una de las promocionales de una revista donde salía. Era una foto demasiado impersonal que, aunque impactaba, no transmitía ni un gramo de lo que Darelle representaba.

Fui bajando en su perfil sin detenerme. Una tras otra, solo hallaba publicaciones impersonales con texto impersonal. Fotos impersonales con expresión impersonal.

Publicidad y ofrecimientos banales.

No podía creerlo. Por más que bajaba ya no encontraba nada de lo que había visto aquella vez que revisé su perfil. No podía haberme equivocado porque entré al perfil desde la conversación que habíamos tenido.

Me puse la playera y unos shorts deportivos. Me calcé unas zapatillas deportivas y salí con la bicicleta a toda prisa.

Ya eran las doce del día. El sol pegaba de forma despiadada. La sensación era desagradable, tenía pegajosa la piel. El aire estaba irrespirable y mis pulmones sufrían con cada bocanada. No comprendo cómo la ciudad se extiende a mi alrededor con tanta euforia, disfrutando esos ardientes baños de luz.

Me dirigí a la mansión submarina ancestral donde vi a Darelle por última vez. Pedaleaba nervioso, y me costaba mantener el ritmo porque mi respiración no se estabilizaba. Estaba aterrorizado porque yo sabía lo que iba a encontrar llegando ahí.

Me detuve en la acera donde había estacionado el auto aquella vez. Apreté los puños en el manubrio; tenía tantas ganas de llorar.

Alcé la vista lentamente. Tenía que hacerlo, tenía que ver con mis propios ojos lo que había ahí. O, mejor dicho, lo que no había.

La mansión submarina ancestral ya no estaba, se había ido. En su lugar solo existía una enorme porción de pasto amarillo y un profundo cráter.

Si la mansión se sumergió o nunca existió, es algo que jamás voy a saber.

Ciego por la luz de la tarde

— ¿Qué está pasando? — pensaba, mientras seguía pedaleando a mi próximo destino.

Ahora que no tenía forma de contactar a Darelle, estaba en un punto sin retorno donde estaba demasiado lejos del pasado como para encontrar respuestas. Lo único que me quedaba (considerando que estoy en el presente) era buscar a Idana.

Sé que ya no son amigas, pero seguro debe saber algo de su familia o de su antigua casa. Probablemente iba a toparme con pared, pero de algún modo tenía que seguir.

Idana tenía varias tiendas pero asumí que estaría en la matriz, así que me dirigí ahí.

Frené frente a Kitsune Bikes y me bajé de la bici sin poner el freno. La bicicleta cayó dando un golpazo contra la rampa de la tienda, y varios de los que estaban adentro voltearon a verme. Quien me observó con más interés fue la chica detrás de la caja registradora. Era rubia, llevaba gorra y sus grandes pechos apenas cabían en el ajustado polo.

— ¡Quiero hablar con la dueña! — le dije y por poco me caigo encima de la vitrina donde estaba la caja registradora.

La chica abrió los ojos. Me miró como si fuera un extranjero y no comprendiera en absoluto mis palabras.

Me enfureció por demás su desconcierto y el hecho de que me viera como si fuera un borracho. El olor a llanta y el calor que me perseguía de la calle acrecentaron mi enojo.

— ¿L-la dueña?

— ¡Sí! ¡Con Idana! Quiero hablar con ella, ¿dónde está?

Sabía que me estaba comportando de forma nefasta, pero me sacaba de quicio todo lo que tuviera que ver con esta chica. Aunque no la conociera de nada, no soportaba nada de su persona. Su ingenuidad, su lentitud, el hecho de que se pusiera ropa tan ajustada.

— L-la dueña...

Respiré por la nariz varias veces mientras apretaba los dientes; me desesperaba escucharla hablar de esa forma tan torpe y pausada.

— La dueña... la Señora Idana... falleció.

— ¿Qué?

— Falleció — repitió llorando.

— ¡Óyeme imbécil! — me gritó alguien a mis espaldas, posó su mano en mi hombro y me hizo girar — ¡¿Quién te crees que eres?! —

Frente a mí, una mujer con pantalones de vestir negros, saco del mismo color y camisa blanca, me sostenía del hombro mientras me fulminaba con la mirada. Tenía el cabello corto y era de color negro. Esbelta y de estatura media. Con solo verla uno podía saber lo inteligente y hábil que era para los negocios.

Yo la conocía a la perfección. La conocía demasiado bien.

— Arabella...

— ¿Johan, qué haces aquí?

— Necesito ver a Idana ahora mismo — dije intentando calmarme.

Yo no había escuchado nada de lo que dijo la chica detrás del mostrador, así que le sostuve la mirada a Arabella. Esa mujer de cabello corto y yo teníamos un poco de historia, una que ahora no me interesa en absoluto y en la que no quiero ahondar.

— Idana murió — me dijo.

Nuestras miradas se enfrentaron en silencio. Yo intentando descifrar a qué se refería con que Idana había muerto y ella, a su vez, debía intuir que mi cerebro no lograba procesar el hecho de que "Idana" y "muerte" fuesen parte de la misma oración.

— ¿Qué?

— Idana murió.

Solté una suerte de risa sarcástica. Esta mujer debe estar tomándome el pelo.

— ¿De qué te ríes idiota? — preguntó.

— Escucha, no sé por qué tú y está chica tratan de evitar que hable con ella. Y tampoco sé cómo pueden ser tan crueles como para inventar algo así. Son unas tontas si creen que voy a tragarme esa...

A media oración recibí una potente bofetada que hizo eco en la enorme tienda.

— ¡LÁRGATE DE AQUÍ IMBÉCIL!

La mejilla me ardió enseguida. Me quemaba de forma distinta al sol. No era algo desagradable; simplemente dolía.

— No... — susurré.

Finalmente comprendí que aquello estaba sucediendo de verdad. Que la mujer no mentía, que Idana había fallecido.

— Pero yo la vi...

— ¿Cuándo la vi? — Hace cuánto tiempo fue que salí con ella?

Tras mi regreso de la isla de Nemuro el tiempo se había vuelto algo incierto, inmedible. Quizá se tratara de algún efecto secundario al tocar el material invisible del Riel. O tal vez el mundo cambió en cuanto entré en la caótica casa del Especialista.

— Maya, llama a la policía por favor...

La chica de grandes pechos alzó el teléfono y se lo llevó a la oreja. Me observaba inquieta mientras esperaba a que su llamada entrara.

Arabella, cruzada de brazos, mantenía su ceño fruncido hacia mí.

Pero yo había tocado sus rodillas heridas, yo la escuché gemir.

— ¿Hace cuánto...?

A Arabella no le importó mi pregunta. Simplemente negó en silencio, se dio la media vuelta y se alejó.

Idana no podía estar muerta...

Salí de la tienda con los pies enredados. De repente ya no sabía qué pie debía mover. Movía el derecho tres veces, y luego dos veces el izquierdo. Avancé con ese torpe caminar hasta que llegué a mi bicicleta y, como pude, la levanté.

En silencio me quedé observando la avenida hasta quedarme ciego por la luz de la tarde.

¿O quizás fueran cuatro también?

— ¿Se siente bien? — me preguntó alguien.

Yo, confundido, volteé hacia el origen de esa voz.

Era Amy.

Alcé la vista, me hallaba afuera de la librería sosteniendo la bicicleta por el manubrio. No tenía recuerdo de haberme trasladado hasta ahí.

— ¿Johan? — insistió Amy — ¿Está...?

Yo asentí lentamente.

De pronto recobré la sensación de que mi cuerpo y mi voluntad eran míos de nuevo.

— Déjeme ayudarle.

Me quitó la bicicleta, la recargó con cuidado en un poste cercano y la amarró con la cadena.

Cuando entramos a la tienda, me senté detrás de la caja y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Amy me dejó un vaso de agua en el mostrador y se sentó a mi lado en otro banquito que compré para ella.

— Amy...

— Sí?

Algo comenzaba a cocerse en mi cerebro. Finalmente estaba abriendo los ojos. La capa negra que cubría la realidad se iba cayendo. Yo me negaba rotundamente a ver lo que había debajo, sin embargo, sabía que todo terminaría saliendo a la luz.

— ¿Puedes hacerme un favor?

— Claro, dígame.

— Hay una tienda... Hay una tienda a unas calles de aquí. Es una tienda de tenis... deportes...

»Se llama...

Me daba mucho miedo pronunciar el nombre. Sentía que en cuanto lo pronunciara... Ya no estaba seguro de si de verdad conocía el nombre o si tan solo creía conocerlo.

— *Starfish Sporting* — pronuncié haciendo acopio de todas mis fuerzas.

— Starfish... — repitió, y no me gustó el tono con que lo hizo.

— Por favor, ve... y... pregunta por Tamara.

— Tamara... — se dijo a sí misma — Okey ¿Y qué debo decirle?

— Nada. Solo... Solo quiero saber si está ahí.

Amy asintió comprendiendo que, a pesar de lo absurdo de la petición, le estaba encomendando algo sumamente importante.

— Vuelvo enseguida.

Amy salió de la librería, dejándome dentro de cuatro paredes, frente a cuatro estantes, frente a tres incertidumbres... ¿O quizás fueran cuatro también?

La garganta se me secó. De repente sentí mucho frío. Jamás había sentido tanto frío en mi vida, mucho menos en mi librería.

Las extrañaba demasiado, extrañaba el calor de su compañía. Qué estúpido fui por no saber lo que tenía. Con ellas viví cosas que, en ese momento, parecían intrascendentes; hoy, incluso sus pestañeos se me antojan el más valioso de los recuerdos.

El tiempo siguió resbalando de forma asquerosa por mi cuerpo. Me recorrieron escalofríos al sentir los viscosos minutos deslizándose por mi piel.

Darelle ya no existía.

Arabella no lo sé.

Idana había muerto.

Nidia no lo sé.

Tamara (probablemente) desapareció.

Yvette no lo sé.

¿Qué me quedaba?

— ¿Johan?

Amy había vuelto. Me miraba con tristeza, como si estuviera ante un enfermo terminal... quizá porque era así.

— Johan yo...

— No estaba ¿Ciento?

Negó lentamente. Apretó los labios. Evitaba mi mirada.

Tardó un par de minutos antes de hablar.

— Me dijeron... que ese local tenía años que había cerrado. Solo estaba el nombre pero... la pintura estaba caída y...

— Entiendo.

Silencio.

Tiempo viscoso.

Inevitable frío.

— Quiero dormir — le dije.

Arrastré la silla hasta el pequeño almacén. Amy dijo algo que mis oídos ya no pudieron traducir a palabras. La escuchaba lejos y en un idioma distinto.

Cerré la puerta y, ahí, sumido en la oscuridad, me quedé dormido.

De su ser emana algo triste

Mi conciencia se fue despertando gradualmente y, cuando finalmente lo hizo, no me dieron ganas de abrir los ojos.

Estaba muy a gusto, lo cual era extraño. Me había metido al almacén de la librería a dormir y ese lugar siempre está frío. Sin embargo, ahora mismo me siento cálido y tranquilo. Como si descansara junto a una hoguera. Quizá alguien me arrancó el alma del cuerpo, y la trasladó hacia un lugar mejor.

Abro los ojos de a poco. Me doy cuenta de que sigo en el almacén. Miro en derredor asombrado; a pesar de que conozco el sitio a la perfección mis ojos lo perciben como algo nuevo.

Entonces veo algo. Una silueta al pie de la puerta. Es algo... alguien... Una persona...

Está dormida con la cabeza entre las rodillas. De su ser emana algo triste.

¿Soy yo?

No, ese alguien, esa persona, es mucho más pequeña. Delicada. Siento que si la miro muy fuerte puede romperse.

—Amy... —susurré.

Era ella o quería que fuera ella.

Y es que no podía ser Amy. Ella debía estar en casa; no tendría por qué seguir aquí cuando tiene un sitio a donde volver. ¿Yo, aquí, qué podría ofrecerle?

Los Quaritolios pueden volver en cualquier momento. Pueden apoderarse de mí, hacerme las mismas horrendas cosas, dejarme desahuciado, vacío, solo.

Amy es tan joven... ella no lo entendería.

No.

No entendería lo que es depender de los Quaritolios, de tenerlos aferrados a las paredes de mi carne, robándome la poca dignidad que me queda.

Quizá hasta me tache de estúpido, porque yo mismo sé que nada bueno puede venir de los Quaritolios.

Y sin embargo...

Sueño VI: Ulises

De nuevo estoy en el decadente antro.

La música está cada vez más alta y las voces enloquecidas de los presentes no se quedan atrás. Vociferan enloquecidos cuando la música se vuelve aún más potente e insoportable.

De pronto recibo un golpe en la cabeza y caigo al suelo. Huele a alcantarilla y está pegajoso.

Como puedo me levanto. Trato de ver qué es lo que me ha golpeado y me encuentro con un sujeto alto, de gorra y holgadas ropas. Lleva un tatuaje que se le extendía desde el pecho hasta el cuello; eran los tentáculos de un pulpo. De sus orejas colgaban dos enormes aros y tenía un enorme piercing en el labio inferior y otro atravesado entre las fosas nasales.

— ¿Qué es lo que quieras de Amy, idiota? — preguntó alzando la barbilla ligeramente con cada palabra que pronunciaba.

Es Ulises...

Niego lentamente. Lo hago tanto para aclarar mis ideas como para indicarle al sujeto que yo no quería ningún problema con él.

— Amy es mía — declaró mientras agitaba su mano varias veces apuntando al suelo. Parecía reclamar el suelo donde estaba parado.

— Entiendo...

— ¡Deja de buscarla si no quieres problemas, eh! — gritó empujándome y haciéndome caer de nuevo al suelo.

Eso hizo que esta vez me enfadara y que el enojo comenzara a bullir con fuerza en mi interior. Me levanté deprisa, sintiendo que los músculos de mi espalda me dolían. Apreté los puños con fuerza. Estaba por arremeter contra el imbécil cuando un par de chicas se acercaron a él.

— ¿Bebito, porque te desapareciste? — dijo una morena de pelo largo con un top plateado y una diminuta falda del mismo estilo. Llevaba unos tacones de plata tipo sandalia que se amarraban a sus pantorrillas con elegantes cintas.

— No nos puedes dejar así de... calientes — dijo la otra, que era rubia y con unos labios tan rojos que me quemaron las retinas. Lucía un escotado vestido color oro.

— Vámonos ya — insistió la rubia envolviendo con su mano el enorme bulbo que se iba formando en los pantalones de Ulises.

— Sí, vámonos... — rogó la otra haciéndole círculos con el dedo en el pecho.

— Okey preciosas... solo quería asegurarme de darle una lección a este idiota.

Sin poder evitarlo, arqueé una ceja al escucharlo. No comprendía cómo podía reclamar a Amy y al mismo tiempo estar con esas mujeres.

— ¡Y ni me mires con esa cara, imbécil! — gritó, soltando algo de saliva — . No te quiero ver cerca de esa puerta.

Miré detrás de mí. Ciertamente, si aguzaba la mirada podía ver que a lo lejos había una puerta color rosa. ¿Amy estaba ahí?

Cuando volví la mirada al frente el tipo ya se estaba alejando con ambas chicas a su lado. Alcancé a ver como manoseaba a ambas debajo de la falda y estas reían. Ulises, contento, les decía cosas al oído.

La sonrisa retorcida de Ulises me desquició y, a pasos agigantados, cerré la distancia entre nosotros. ¡Cómo me enfadaban esos hoyuelos que se le formaban al sonreír!

Tomando vuelo, asesté un golpe detrás de su cabeza. Lo hice tan fuerte que me dolieron los nudillos. Sin embargo, Ulises apenas y se movió.

Lentamente se giró hacia mí, apartó a las mujeres y habló entre dientes.

—Te la ganaste...

Y, con un simple y limpio movimiento (practicado por eones en ese infinito infierno), llevó la mano al cinturón; una enorme daga avanzó hacia mi estómago, abriéndolo lo suficiente como para que mis órganos resbalaran por la enorme abertura.

Caí de rodillas y...

LOS QUARITOLIOS

Un lunes por la mañana en el centro de la ciudad

...desperté súbitamente.

Estaba mareado, sentía un líquido pegajoso salir de mi estómago y mi cuerpo entero tembló con fuerza ante el recuerdo de algo terrible que ya no podía visualizar.

Me palpé el abdomen pero no había nada. Todo estaba en su lugar (¿por qué habría de ser de otra forma?).

No tengo idea de cuántas horas han pasado desde que me dormí. A juzgar por la fina línea de luz que se escapa debajo de la puerta debe ser de día. El murmullo que se escucha a lo lejos va teniendo más sentido para mí; es el ruido de un lunes por la mañana en el centro de la ciudad.

— ¡Por nada! ¡Gracias a usted!

Esa voz es de...

Quise incorporarme pero sentí un punzón en la espalda. Fue mala idea dormir ahí. Lentamente me fui moviendo hasta que por fin me pude poner de pie. De mi cuerpo cayó una manta de elefantitos muy suave, como las que se usan para cobijar a los bebés.

¿De dónde salió esto?

La tomé para doblarla y ponerla en la silla. Un rico olor llegó hacia mí mientras lo hacía. Entonces supe que aquello pertenecía a Amy y que, sin la cobija, me habría congelado en este frío almacén.

Abrí la puerta y al verme Amy abrió los ojos como si hubiera vuelto de la muerte...

— ¡B-buenos, días Johan!

— Hola — respondí adormilado — ¿Qué hora es?

— Pues...

Afuera la luz casi me cegaba a través de la vitrina de la librería. Había mucha gente pasando.

— ¿Once de la mañana? — Repliqué mirando el reloj de la computadora junto a la caja registradora — Amy, ¿no deberías estar en la uni?

Avergonzada Amy hundió la cabeza entre los hombros.

Intentaba con todas sus fuerzas encontrar una excusa que, de cualquier manera, no tendría que darme. Yo no era su padre para decirle que hacer.

Suspiré.

Me pasé la mano por el rostro y el cabello. Aún no despertaba del todo.

— ¿Vendiste algo?

— Sí, un libro de Ken Follett.

— Vaya...

Me quedé en silencio. Ya no recordaba que era lo que iba a decir. Tenía mucha hambre.

— Ah, le compré algo.

Apuntó a una repisa donde había un vaso grande con tapa y popote.

— Es jugo de naranja... Iba a pedirle comida, pero... no sabía que le gustaba.

Me quedé estupefacto. No entendía por qué me trataba con tanta consideración. Aunque yo fuera el dueño de la librería, ella no tenía porque...

— Gracias por la cobija...

Sonrojada Amy se quedó en su sitio. No le había dicho nada demasiado extraño, ¿o sí? Quizá, para empezar, toda esta situación ya era extraña.

— ¿Tú ya desayunaste?

— Pues...

Saqué mi celular y comencé a marcar un número.

— ¿Te gustan las hamburguesas?

— S-si pero...

— ¿Bueno? Sí, me gustaría hacer un pedido.

Por supuesto que todo lo que está sucediendo es extraño, sin embargo...

— ¿Te la pido con todo?

Apretó los labios nerviosa, sin saber bien qué decir. Luego, tras unos segundos de balbuceo habló muy bajito.

— Sin cebolla... por favor.

¿Por qué siento que así es como las cosas deberían ser?

Nunca los dos juntos

El resto del día tuvimos muchos más clientes de lo habitual. Yo no habría podido atender la librería solo, y Amy tampoco hubiera sabido manejar todo el caos que hubo.

Uno tras otro nos llegaban clientes. La mayoría iban por libros de un autor en específico que ya había publicado diez novelas sin mucho éxito pero que súbitamente se había vuelto famoso debido a la noticia de que iba a casarse con una actriz de Hollywood. Aunque claro, de esto nos vinimos enterando mucho después. Estos libros representaron el sesenta por ciento de las ventas del día, y debo decir que me alegró haber tenido el stock suficiente.

El otro cuarenta por ciento de las ventas fueron libros para regalos de cumpleaños. Así que, mientras yo atendía la caja, Amy se dedicaba a envolver los pedidos y a atender las dudas de los clientes.

Me cautivó demasiado ver lo bien que se desenvolvía. Nunca había tenido la oportunidad de estar con ella de este modo.

En la librería siempre estaba yo o ella; nunca los dos juntos.

Darme cuenta de eso me trajo cierta paz.

Saber que, aunque podía llevar esa librería yo solo, no tenía por qué ser así. Podríamos estar los dos y, así, yo podría admirar por siempre la manera en que sonríe a todos los que buscan algún libro en particular.

Pero, ¿acaso merezco algo así?

Me gustaría saber su opinión sobre los Quaritolios.

Aunque puede que lo mejor, y lo más maduro, sea olvidarme de todo y no pensar en las cosas que pueden pasar.

Una paz que no lograba explicar

— Vaya día...

— ¡Hubo muchos clientes!

Estábamos sentados en el suelo detrás de la caja registradora. La librería ya estaba cerrada, solo faltaba hacer limpieza.

— Lo sé... — le dije — pero está bien, ¿no? Significa que hay más gente leyendo y eso es bueno. Amy asintió contenta.

Podía ver que estaba realmente cansada; su rostro y su cabello ligeramente desarreglado lo delataban. Se había esforzado mucho y, a pesar de su extenuación, lograba sonreír. Una sonrisa que me decía que estaba dispuesta a dar lo mejor de sí misma, una y otra vez.

Suspiré pensando en lo bien que me sentía simplemente teniéndola ahí a mi lado.

Ya ni siquiera recordaba por qué me había encerrado en el almacén.

— ¿Tienes algo que hacer hoy Amy?

— ¿Eh?

— Quiero invitarte a un café...

— Oh...

Me sorprendí al notar que podía ver, con toda claridad, cómo sus mejillas se iban colorando de un rojo muy bonito. Jamás había visto algo así en mi vida.

Aquello me renovó por completo. La imagen de su juventud se impregnó con fuerza en mi ser y me inundó de una energía que creía perdida.

— B-bueno, si puedes, claro. — Mientras hablaba perdí la compostura. Comprendí que debía parecer que estaba invitándola a una cita — Es... bueno, quiero agradecerte lo mucho que me ayudaste hoy. Y bueno, también me ayudaste un montón mientras no estaba aquí.

»Pero sé que ya es noche, imagino que tus padres se preocuparán si llegas tarde a casa y...

— N-no pasa nada... Quiero ir...

Me hizo tan feliz escucharla que, por un momento, olvidé mi nerviosismo. Le sonreí a Amy y, como recompensa, recibí una de sus bonitas sonrisas de vuelta.

Algo diferente pasaba cuando Amy estaba a mí alrededor.

Me invadía una paz que no lograba explicar.

El nudo

Nunca antes había ido a esa cafetería, aunque siempre me llamaba mucho la atención lo bonito que se veía desde afuera cuando pasaba en bicicleta por ahí.

Al entrar me di cuenta de que por dentro es tan acogedor como parece. La decoración es sobria, de colores opacos y apacibles. Los muebles son casi todos distintos, con las mesas de todos los tamaños y las sillas las había de todos los estilos y colores.

— ¡Ah, me gusta mucho este lugar!

— ¿Ya habías venido?

— No, pero he visto muchos videos en internet. ¡Venden cosas muy ricas!

Observé sus ojos un momento. Las luces del techo las iluminaban haciendo relucir sus pupilas como si fueran esferas de Navidad. Se había rehecho su peinado en la bolita de siempre, dejando al descubierto sus diminutas orejas.

En definitiva Amy seguía siendo una niña.

Una niña.

Descolocado por ese pensamiento, apenas y pude caminar entre los estrechos pasillos por los que nos conducía la mesera. Cuando finalmente nos sentamos en la mesa que nos asignó, nos tomamos un tiempo para elegir lo que íbamos a pedir.

Amy no tenía mucha hambre y solo pidió una malteada de chocolate con mucho chantillí y galletas encima. En el menú había muchas variantes de esa malteada y todas eran demasiado dulces para mí, así que pedí pizza y cerveza. Había sido un día muy pesado, así que agradecí el poder tener un tiempo para disfrutar de un momento como este con Amy.

— ¿Aunque sea una niña? — dijo alguien burlescamente. Alguien a quien conocía perfectamente pero que no lograba recordar.

Confundido miré por todas partes intentando encontrar la fuente de esa voz. Solo había unas cuantas mesas ocupadas a nuestro alrededor y la mesera que se acercaba con nuestro pedido.

— ¿Pasa algo? — preguntó Amy.

— No, nada.

Amy se emocionó al ver a la mesera con su malteada. Yo no pude ocultar una sonrisa que enseguida me reclamó. Aunque no me estaba burlando, tampoco podía explicarle que me enternecía mucho todo lo que ella hacía.

El tiempo fue pasando. Mientras Amy pedía cosas dulces yo seguía comiendo pizza y cerveza. Hablábamos sin parar sobre diferentes cosas.

Yo no me había dado cuenta, pero Amy era muy buena conversadora. La forma en que estructuraba sus ideas hacía que no quisiera perderme ni una sola de las palabras que pronunciaba.

Gran parte de las cosas que hablamos tenían que ver con la librería. Me contó cómo le había ido durante el tiempo que me ausenté de la ciudad y sobre algunos clientes peculiares que tuvo. También discutimos algunos pendientes e ideas que Amy quería implementar en la tienda.

Cuando trabajaba en una empresa detestaba hablar sobre cualquier cosa relacionada al trabajo si no estaba dentro de mi horario laboral. Así fuera una tontería, me enfurecía que alguien quisiera sacar el tema.

Sin embargo tener una librería no era como trabajar en un despacho contable. Además, viniendo de Amy, todo sonaba demasiado interesante.

De rato comenzamos a discutir sobre Murakami y me emocionó el hecho de ver que, al igual que yo, le daba vueltas a los sucesos tan extraños de sus libros.

Yo me los había leído varias veces y no había logrado encontrar algún significado concreto. A mí no me importaba eso y a ella tampoco, así que durante un buen rato comentamos varios eventos curiosos en *Tokio Blues* y en *Sputnik, mi amor*.

Cuando la conversación se calmó un poco, Amy pidió un pastel. Tengo la impresión de que si come tantas cosas dulces es porque su pequeño cuerpo lo necesita de verdad para funcionar.

De la nada se me ocurrió preguntarle sobre la universidad. Al escucharme su cuerpo entero se encogió. Encorvó la espalda y las manos le temblaron.

— Bien. Lo de siempre, ya sabe... tareas, exámenes...

Era obvio que detrás de su respuesta escondía mucho más de lo que decía, más no me quise entrometer. Seguramente debían estar pasándole cosas complicadas relacionadas a su edad.

Entrar a la universidad es muy extraño. No tiene nada que ver con la secundaria o la preparatoria. No es que sea más difícil, sino que tiene ciertas particularidades que a uno pueden tomarlo desprevenido.

Durante los tres años de preparatoria uno puede tener un rol bien definido, mientras que en la universidad las cosas cambian en cualquier momento.

Pensar todo eso me hizo sentir culpable. Aunque sabía que Amy era una niña, no estaba consciente de verdad de todo lo que implicaba eso.

Ni siquiera debería estar con ella ahora, en este sitio.

Además es la exnovia de Samuel...

— Voy al baño... —susurró ella.

Para cuando quise responderle ya había caminado tres metros y se había perdido entre las profundidades del Mordekai.

Ahí, enredado entre las voces indiferentes de los comensales, me quedé reflexivo con las manos entrelazadas sobre la mesa.

¿A dónde iba a llegar todo esto? De algún modo, desde que conocí a Amy, mi vida comenzó a dirigirse en una dirección concreta, aunque no sabría decir exactamente en cuál.

Miré el asiento vacío frente a mí. Era el mismo vacío que sentía las primeras veces que Amy iba a la tienda. Su ausencia tenía tanta fuerza como su presencia.

A veces, al pensar en Amy, tenía la sensación de que nuestras vidas jamás debieron ser así. Que nuestros caminos se juntaron por casualidad y que hasta la más leve brisa de aire nos habría separado por caminos distintos. Otras veces me daba la impresión de que todos y cada uno de los eventos que han acontecido, eran inevitables en nuestras historias.

Sea como fuera, ahora estábamos enredados, y haberla invitado a este café había hecho más grande el nudo.

Entonces los escuché y mi cuerpo entero se congeló.

Eran ellos; era el rugido del convertible color rojo.

Se oyó el silencio del convertible rojo y los portazos del convertible rojo.

—Los Quaritolios...

El bullicio de esos tres sujetos se escuchó desde afuera y también el ajetreo que hicieron mientras avanzaban por los pasillos del Mordekai.

Ahí estaban, esquivando las mesas del café, bromeando entre ellos y carcajeándose con esos filosos dientes y esas largas y babosas lenguas. Ahí estaban esas desagradables pieles grises. Todos vistiendo lo mismo; suéter de cuello de tortuga color negro, pantalones grises y zapatos de vestir negros y relucientes.

Al verme, los tres se miraron emocionados y fueron intercalando sus miradas conmigo.

—¡Pero si es Johan!

—¡Johan!

—¡Mi hermano Johan!

A pesar de lo escandalosos que eran, ninguno de los comensales a nuestro alrededor se tomó la molestia de mirarlos. Claro... nadie se atrevería a mirarlos a sabiendas de que alguien más podía ver que los veían.

Yo tampoco quería verlos, sin embargo lo sabía ya desde hace tiempo; me estaban persiguiendo, esperaban un momento de debilidad y por eso hoy estaban aquí. Habían venido hasta el Café Mordekai expresamente por mí.

Uno se sentó justo en frente, en el lugar donde había estado Amy, y se sonrojó al instante.

—Está calidez... —susurró de forma desagradable — Entendemos perfectamente porque te atrae tanto Amy.

Los otros dos robaron sillas de otras mesas y se sentaron uno a cada lado del primer Quaritolio.

—¿Nos extrañaste Johan?

—Nos extrañó.

—¡Claro que lo hizo!

Estaba nervioso, las manos me empezaron a sudar, y eso no pasaba desde...

—Desde La Perdida, eh...

—Que tiempos...

—¡Cuanta nostalgia!

Haciendo acopio de todas mis fuerzas intenté hablar. Sentí como mi pecho temblaba por el miedo de haberme encontrado con ellos de nuevo.

—No quiero verlos... —susurré— Lárguense...

—Está mintiendo, ¿no?

—Miente.

—Claro que está mintiendo.

Los Quaritolios se observaron sonrientes, sintiendo lastima por mí. Luego, el Quaritolio del centro entrelazó los dedos sobre la mesa y comenzó a hablar.

—Escucha Johan, esto es tan solo el resultado natural de todo este proceso al que has sometido a tu corazón. Sé que piensas que te dañamos y lo entendemos. Pero tú mejor que nadie debes de saber que en este momento de tu vida, esto es lo que necesitas.

Los Quaritolios de los lados, con los brazos cruzados, asintieron satisfechos ante aquella declaración.

—Pero yo... Yo no quiero volver a *eso*... No quiero ser de nuevo como era antes...

—Johan, no tiene por qué ser así —dijo el Quaritolio izquierdo.

—Solo por hoy, déjanos ayudarte —convino el Quaritolio derecho.

—Aunque sea hazlo por los viejos tiempos —remató el Quaritolio central, hundiéndose de hombros y sonriendo como el viejo amigo que era.

Tragué saliva como pude. Apreté mis puños. Mi corazón...

Mi corazón latía como hace mucho que no lo hacía de solo imaginar las posibilidades. Mi frente se perló de sudor...

Pero es que, aunque los Quaritolios fueran buenos conmigo un rato, después, al amanecer, el precio a pagar...

—Velo como un pequeño pago de interés...

—Pequeño...

—Diminuto...

Los tres se levantaron al mismo tiempo estirando sus sonrisas a lo largo de esa horrenda piel.

—Bien, está decidido —declaró el Quaritolio central.

Yo, a mi pesar, me levanté de la silla y comencé a caminar detrás de ellos. Al ver que los seguía, los Quaritolios se mostraron aún más eufóricos que cuando llegaron. De nuevo nadie se atrevió a mirarlos.

—E Esperen —dije—, la cuenta.

—Es verdad, no podemos dejar a la cría con la cuenta.

—¿No podemos?

—¡Que la pague ella!

Sin hacer caso a sus palabras me di la vuelta, saqué la cartera y dejé un billete grande debajo de mi plato. Es curioso darse cuenta de que los Quaritolios no siempre concuerdan en todo.

—¡Vámonos ya Johan!

—Ya...

—Que ganas de empezar...

Suspirando me alejé de la mesa no sin antes echarle un último vistazo a la silla donde había estado Amy. Ahora que el Quaritolio se había sentado, la energía de ese vacío estaba contaminada, ya no evocaba nada bueno en mí ser y eso me disgustó.

—Eso lo vas a olvidar pronto —dijo el Quaritolio central, que estaba al volante, mientras yo me acomodaba en el asiento del copiloto.

O al menos yo creía que era el central. Y es que, subidos en ese deportivo rojo, los tres Quaritolios volvían a ser idénticos. No había distinción entre uno y otro.

Haciendo un sonido apenas perceptible, el convertible rojo avanzó por esa aguada ciudad donde todos ignoraban a propósito la velocidad de ese vehículo que no llevaba a ninguna parte.

Sueño VII: Ruth

Alguien me pisa la cabeza y hace que me levante desorientado.

La música a todo volumen, el vapor que vuela sobre la gente, los olores tan desagradables:
Estoy de nuevo el infierno.

Cuando trato de levantarme un tacón me pisa el estómago haciéndome gritar y a la par escucho un chillido femenino. Es, sin duda, de la misma persona que me acaba de pisar.

— ¡Ay! ¡Me asustaste imbécil!

— Estoy harto de esta mierda — mascullé restregándome el rostro con las manos y me levanté.

De inmediato, sin esfuerzo alguno, vuelvo a divisar la puerta rosa a la distancia. En cuanto entre allí me encontraré a...

— ¿Amy? — se mofó Ruth, la chica que me había pisado. Me barrió con la mirada y suspiró. Me veía como si estuviera ante el ser más desdichado del universo.

— Ven chico — soltó otro suspiro. Me tomó de la mano y me guio a través del gentío que seguía gritando y saltando.

Me extrañó demasiado lo fácil que fue seguirla a través de toda esa palpitante y sudorosa masa. Como si yo fuera el único repudiado en esa sociedad y al contrario, Ruth fuera la reina del lugar.

Aunque debimos caminar unos veinte metros, en cuestión de segundos llegamos a una zona apartada delantro que jamás había visto. Era un privado elevado con unas pocas mesas. El guardia nos dejó pasar aunque, por su mirada, creí que se me iría a golpes en cualquier momento.

Donde estábamos podíamos ver toda la gente y la puerta rosa también. Para mi sorpresa, la música estaba más baja, por lo que no había necesidad de quedar afónico en una conversación.

— ¿Qué le traigo señorita? — dijo súbitamente un mesero que emergió como sombra desde el suelo.

— Una botella de vodka y una cajetilla de cigarros mentolados — Ni siquiera miró al mesero. Sus ojos estaban fijos en mí, que estaba sentado frente a ella.

— Enseguida.

Y con una exagerada inclinación, el mesero se desvaneció de nuevo, absorbido por el suelo. Lo hizo sin consideración alguna de que yo pudiera necesitar algo; y vaya que me moría por un vaso de agua.

Ruth tenía un abundante cabello castaño. Por su maquillaje y su indumentaria podía ver que se trataba de una mujer sofisticada y de una clase muy alta. Tenía el brazo detrás del sillón y una pierna cruzada, dejando a la vista su blanco muslo debajo de ese vestido negro.

— Deja de buscarla; solo te harás daño — dijo.

— ¿Qué?

Cerró los ojos y luego los abrió lentamente dejando sus párpados a la mitad.

— Deja. De. Buscarla — remató con lentitud.

¿Qué me estaba diciendo esta mujer? No lo comprendía en absoluto. Aunque supiera su nombre, no tenía idea de cuál era su relación con Amy y porqué estaba tan interesada en que yo no la encontrara.

Además ¿Cómo sabe que la busco? En ningún momento yo...

— Lo traes pintado en toda la cara — contestó Ruth — No te has dado cuenta porque eres demasiado ingenuo, pero todos aquí saben que buscas a Amy.

— Sus cigarros... — dijo el mesero colocándole uno en la boca y encendiéndoselo al momento. Al terminar deslizó con elegancia la caja y el mechero encima de la mesita de cristal que estaba entre nosotros.

Y mientras Ruth seguía hablando el mesero iba y venía trayéndole la botella y sirviéndosela en una cristalina copa.

— Aunque seas tan obtuso, me sorprende de verdad que no sientas las miradas de lástima de toda esta gente — Tras darle una profunda calada al cigarro y exhalar una espesa nube blanca, tomó la copa con vodka y se la acabó de un solo trago. Al colocarla en la mesita se oyó un fuerte tintineo.

Yo me quedé pensando en lo mucho que se me antojaba ese vodka por su parecido con el agua y en que dudaba mucho que esas personas bailando ahí se tomasen la molestia de estar al pendiente de mí vida.

— Oh, sí que lo hacen chico — intervino Ruth de inmediato con una enorme sonrisa en los labios. Genuinamente le había causado risa mi ingenuidad.

— ¿Qué puedo hacer? —dije al final—. ¿Quién la va a rescatar? ¿Quién si no soy yo?

— ¡Tú!? —se carcajeó—. ¿Tú la vas a salvar?

Dicho esto me miró un punto concreto de mi cuerpo que, por la oscuridad no pude determinar con exactitud. Me parecía que miraba hacia mi abdomen, quizá a sabiendas de que hace poco alguien me había sacado las tripas; o puede que mirara más abajo.

Me levanté enfadado. Sin saber porque de pronto me sentí enfurecido.

— No me conoces...

— Sólo encontrarás desgracia —pronunció con pesadez—, y tú ya estás bastante mal. ¿En serio crees que vas a poder ayudar a alguien en ese estado?

Hizo una malévolamente pausa.

— Sé bien lo que eres... Te relacionas con los Quaritolios —sonrió—, apuestas a ellos.

Al escucharla, con el rostro hirviéndome, me di la vuelta y, aunque tenía un monólogo atorado en la garganta, me alejé sin decirle nada. No tenía por qué darle explicaciones a alguien como ella.

— Ojalá pudiera ayudarla... —dijo Ruth al final.

Y aunque ya estaba lejos, sus palabras seguían quemándome por dentro:

Jamás había escuchado tanta tristeza en una voz.

ROJO VIVO

Una profundidad demasiado familiar

Mi cerebro, gradualmente, va percibiendo mi pútrida existencia en este planeta.

La luz me pega de lleno en la cara y siento cómo me quema las retinas a través de los párpados. Tengo náuseas, me siento pegajoso y, es verdad, apesto a Quaritolios.

Desnudo sobre la cama me incorporo como puedo. Lentamente voy abriendo los ojos. Todo está borroso, pero puedo ver que, por lo menos, ya no estoy en el infierno (¿y por qué habría de estar en él? ¿Por qué se me vino a la mente en primer lugar?).

La cabeza me da vueltas y, poco a poco, vienen a mí imágenes de lo acontecido anoche. Tengo la leve impresión de que algo bueno ocurrió ayer pero no logro atrapar ese recuerdo. En cuanto me aferro, se resbala entre mis manos y, en su lugar, solo queda la viva sensación de las asquerosas manos de los Quaritolios en mi cuerpo.

Y estoy ahí sentado obedeciendo...

Y estoy ahí sudando embelesado...

Y estoy ahí con sus lenguas supurando un ácido que se filtra por mis poros, reblandecido las paredes de mi cerebro y de mi corazón.

Y estoy ahí y no estoy...

No estoy porque no me gusta admitir lo que soy cuando estoy con ellos...

Lágrimas comienzan a resbalar por mi rostro.

No quería volver a esto.

¿Cómo puedo atreverme a volver a lo mismo? ¡No puedo volver a salir al mundo así! ¡No mientras apeste a Quaritolios!

¡Necesito...!

¡Necesito limpiarme...!

Me tambaleo hacia el baño como puedo, me meto a la regadera y tomo la piedra que hay encima de la jabonera.

Froto mi piel hasta que se va despegando. Me voy sintiendo mejor. Las tiras de carne que pierdo me van haciendo más ligero. Si pudiera quedarme en huesos sería lo mejor.

Cuando termino salgo de la regadera chapoteando sangre. Al verme en el espejo solo soy una masa de carne al rojo vivo. En mi rostro hay dos glóbulos enrojecidos por las lágrimas y la decepción de haber sucumbido ante Los Quaritolios.

Me empieza a dar mucha risa mi imagen. Es que siempre es lo mismo. No es la primera vez que me veo así y que me presento ante mi persona de esta forma. ¡Que gracioso es!

Me llevo los gelatinosos dedos a la barriga. Me duele el estómago de tanto reírme. El eco que me regresa mi distorsionada risa hace que me hunda más en esa espiral de carcajadas.

Regreso a la habitación y en el proceso caigo desplomado tres o cuatro veces. Es que ya no me quedan fuerzas de tanta risa que me da esta situación.

¡Es que es absurdo! ¡Demasiado absurdo!

Los Quaritolios viven fuera de mí, pero están arraigados con fuerza en mi persona. Y están tan encarnados que, por más que intento desvanecerlos de mi esencia, nunca bastará con solo deshacerme de jirones de mi piel.

—Malditos Quaritolios... —pienso.

Y me desvanezco en la cama, desangrándome, hundiéndome en una Profundidad demasiado familiar

Sueño VIII: David

—No tiene caso —me dijo David— esa chica está perdida.

De brazos cruzados, junto a la puerta rosa, está un hombre de complexión musculosa.

Si puse atención a sus palabras fue porque era la primera persona que veía que no estaba en consonancia con todos los demás.

—No lo hagas, no entres... —me advirtió.

Su voz me daba miedo.

—Estuve con ella varios meses —siguió— Sé cómo es y las cosas que hace cuando no la miras.

»Intenté protegerla y aun así...

Descruzó los brazos y, con la mano, se limpió un par de lágrimas.

Fue tan extraño verlo así de vulnerable. Algo me decía que David no era una persona que llorara con frecuencia, ni que se rompiera de esa forma, mucho menos que lo hiciera ante un extraño como yo.

Todo en su apariencia, desde su cabello estilizado, hasta sus pantalones de pana blancos, tenían un aire de nobleza que no podría encontrarse ni en las tumbas de los mártires:

David era alguien de buen corazón.

—Lo siento —le dije— pero tengo que verlo con mis ojos.

David se irguió con la mandíbula tensa y los puños tan apretados, que sus nudillos se pintaron de blanco.

Asintió con lentitud. Sus ojos color miel me perforaron una última vez y fue su propia mano quien empujó la puerta para abrirla.

Me adentré y enseguida tuve ante mí un larguísimo pasillo del que no veía fin.

—No es tu responsabilidad... ¿Lo sabes? —susurró David desde la puerta. No me miraba a los ojos, sino que los pegaba al suelo. Como si temiera echarse a llorar en cuanto cruzáramos miradas.

Pensaba en Amy. Podía verlo con claridad en sus pupilas. Sus ojos habían visto las cosas horribles que le sucedieron a Amy.

—No lo veo como una responsabilidad...

David me miró por un segundo. Uno solamente. Y sonrió.

Luego, cerró la puerta y me quedé a oscuras otra vez.

IV. SWEET HELL

AMY

Vida Gris

A pesar de todo lo acontecido, los días transcurrieron de forma más o menos normal.

Y digo más o menos porque, en realidad, aunque Amy tratara de disimular la distancia, yo no podía actuar con la misma naturalidad de siempre porque no estaba del todo seguro si ella estaba así por mí, o si era algo más lo que la preocupaba.

Ninguno de los dos había dicho nada tras mi desaparición en el Café Mordekai. Amy simplemente seguía yendo a la librería, hacía su trabajo y cumplía con los pendientes.

A pesar de eso, la distancia entre nosotros seguía creciendo cada vez más.

El tiempo iba pasando y tan solo pensaba que, si mi vida tenía que ser así de gris a partir de ahora, no podía estar más que feliz.

Ya no tenía derecho a nada, no cuando los Quaritolios ahora acudían a mí cada día para implantarme esas frías y babosas larvas.

Puede que Amy supiera eso, que oliera la presencia de los Quaritolios en mi ropa y por eso rehuyera mi persona.

Cuánta tristeza me daba pensar en esa posibilidad.

De todos modos no podía hacer nada. El tiempo sigue marchando a trompicones por el espacio, y yo me quedo solo dentro de mi vida gris.

Y llegó el domingo.

No tenía ningún motivo para pasar por la librería ya que era mi día libre y Amy se ocupaba de atender todo el día. De todos modos decidí pasar cerca solo para asegurarme de que todo iba bien. No iba a entrar, tan solo echar un vistazo desde fuera.

Había comprado varias cosas en el centro y ya todas estaban en mi coche. Solo me restaba pasar por la librería para irme a descansar.

Estaban por dar las siete de la noche. La hora justa en la que todo es más delicioso; la compañía, las brisas de aire y el alcohol.

Mientras me acercaba a pie por la calle divisé a lo lejos una enorme ave negra. Al principio fue solo un vistazo distraído, como quien mira un poste de luz o una piedra. Pero, conforme mi cerebro fue validando la lógica de esa imagen, me helé por completo.

Aquello no era un ave. No podía serlo.

Las alas eran demasiado enormes y no parecía que estuvieran hechas de plumas. Si acaso, la similitud más cercana que pudiera encontrar era la de un murciélagos. Uno muy grande.

Cuando esa cosa se difuminó por completo en el cielo anaranjado, me sacudí la cabeza de un lado a otro. Los segundos fueron pasando y cada vez estaba más convencido de que aquello no había pasado.

No tenía intención de molestar a Amy mientras trabajaba. Pero al ver aquello tuve una sensación rara en el pecho. Como un mal presentimiento.

Me adentré y me bastaron cuatro pasos para comprender que, efectivamente, algo malvado se había infiltrado en mi librería.

No puedo explicarlo bien... tan solo puedo decir que parecía como si la oscuridad se condensara en espesos grumos de neblina que se esparcían por todas partes. Rebotaban por las paredes, multiplicándose y volviendo cada vez más difícil respirar.

Algo maquiavélico había estado aquí.

Preocupado avancé hasta el fondo pero no vi a Amy detrás del mostrador.

— ¿Amy? ¡Amy! ¡AMY!

Entré al almacén desesperado. Adentro no había nada. Solo libros y más libros. Observé la silla donde me había quedado dormido, encima estaba la cobija de Amy doblada con mucho cuidado. Entonces sentí una nostalgia muy profunda. Tuve el presentimiento de que estaba a punto de perder algo muy importante.

Tomé la cobija y la olí.

A pesar de que jamás había estado tan cerca de Amy, podía decir con toda certeza que ese era su olor. Era el aroma de una flor recién nacida en la fresca hierba de marzo.

Al examinarla con más detenimiento me di cuenta de que en una de las esquinas estaba bordado su nombre completo y una dirección.

Salí del almacén con la cobija contra mi pecho. La bruma que cubría la librería era aún más densa. Era como si todo se estuviera incendiando, pero no lograba discernir el origen del fuego. Me sentí sofocado. En cualquier momento me iba a desmayar.

Entonces al dar un paso, pisé algo.

Una muñeca.

Se trataba de una muñeca. Tenía un cabello oscuro muy largo y un vestidito rosa sin mangas. Sus ojos estaban hechos de unos enormes botones y tenía bordada una boca que no sonreía.

Al tomar la muñeca en mis manos me sorprendí por su ligereza. Aunque sabía que era normal tal fragilidad, no pude evitar sentir mucha tristeza.

Me quedé varios segundos en shock, esforzándome por comprender lo que veían mis ojos.

De algún modo sabía que esa muñeca tenía un propósito, que tenía que ver con todo esto tan raro que estaba sucediendo.

Envolví la muñeca en la cobija de Amy y salí de la librería.

Ya no quería volver a perder nada más en mi vida.

Manejaba por una de las avenidas principales de la ciudad.

A pesar de tener bien claro que tenía que ir a la casa de Amy, no me decidía a hacerlo porque no sabía qué iba a hacer o decir cuando estuviera ahí.

Sin embargo me preocupaba el hecho de que Amy no estuviera en la librería. Sabía que algo le había pasado. El enorme murciélagos que vi a la distancia y la bruma espesa de la librería lo probaban.

Aun así, ¿qué haría cuando estuviera en su casa? Si Amy se encontraba mal... ¿Acaso yo podría hacer algo para solucionarlo? No lo creo... sin embargo...

Miré la muñeca envuelta en la cobija que estaba en el asiento del copiloto. Sus ojitos de botón me miraban con fijeza, me urgían a que dejara de dar vueltas por la ciudad y me decidiera a ir a la casa de Amy.

—Antes de que todo empeore... —dijo ella.

Justo en ese momento, un estruendoso rugido a la distancia comenzó a zumbarme los oídos. Era un escandaloso motor que conocía a la perfección.

—Los Quaritolios —susurré tembloroso en cuanto los vi por el retrovisor.

Venían acercándose a toda velocidad. Los tres sonreían con sus largas y babosas lenguas de fuera. Los filosos dientes se mostraban dispuestos a hendirme en mi carne en cualquier momento.

Pisé a fondo el acelerador.

—¡Es inútil Johan!

—¡No te vayas!

—¡Aun no acabamos!

Yo no quiero esto.

Avanzaba a toda prisa por la avenida que en esos momentos estaba solitaria. De pronto todo se había oscurecido a mi alrededor. No veía más que resquicios de algo que fue una ciudad alguna vez. Entre las sombras tan solo discernía algunas líneas blancas que daban forma a las casas, negocios y edificios.

Frente a mí el asfalto estaba a nada de fundirse con esa obscuridad. Si no había sido así, era solo porque las luces de mi coche alumbraban el camino.

Yo no soy la persona que respira cuando los Quaritolios están cerca.

Yo soy Johan y tengo una librería y soy feliz cuidándola.

No quiero sentirme así, no quiero tener que rasgarme la piel ni dejar mi carne expuesta en un intento de limpiarme. No puedo hacer esto cada vez que los Quaritolios regresan a mí. Esto no es sano para mí ni para... Ni para las personas a mi alrededor.

Darelle.

Arabella.

Idana.

Nidia

Tamara.

Yvette.

—Yo... Yo necesito cambiar...

Los Quaritolios seguían pisándome los talones. A pesar de que su convertible rojo podría rebasarme en segundos, se mofaban de mí acechándome por detrás.

No voy a ganarles jamás. No si intento escapar de ellos.

Piso el freno hasta el fondo y, por primera vez en mucho tiempo, veo que los Quaritolios invierten su sonrisa, convirtiéndola en una mueca de desagrado.

Haciendo una habilidosa maniobra, logran esquivarme y me adelantan por la derecha.

— ¡Qué mierda haces, Johan!

— ¡Casi nos chocas!

— ¿Eres estúpido!?

Entonces cuando veo que ya están frente a mí, piso de nuevo el acelerador a toda velocidad para chocarlos por detrás.

Eso los toma por sorpresa, haciéndoles perder el control. Aprovecho que derrapan sobre el asfalto para embestirlos otra vez. Mi parachoques da de lleno contra la puerta del conductor. Veo en sus rostros sin ojos que intentan por todos los medios arreglar la situación, pero es demasiado tarde. En dos segundos vamos a dar los dos contra un enorme muro.

— ¡Johan!

— ¡Tu no quieres esto!

— ¡Sabes que no!

Y aunque son dos segundos yo comienzo a ver frente a mí todas las cosas desagradables que he pasado al lado de los Quaritolios. La forma en que Los Quaritolios se apropiaron de mi alma. Mi falta de interés en el sexo. Mi indiferencia ante el mundo y sus cambios.

— ¡Esto no va a cambiar nada Johan!

— ¡No podrás borrarnos así de fácil!

— ¡Sabes que volveremos!

Iba a decirles que lo sabía. Que estaba consciente de que tarde o temprano tendría que enfrentarlos otra vez pero que, mientras tanto, estaba feliz de no tener que verlos durante mucho tiempo. Lamentablemente me fue imposible decir todo eso en la fracción de segundo que nos separaba del muro; así que tan solo les dije adiós.

Me golpeé contra el volante al mismo tiempo que una ensordecedora explosión me envolvía. Mi cabeza comenzó a dar vueltas mientras sentía como algo caliente me escurría desde la frente hasta el cuello. A mí alrededor comenzó a bullir un calor insoportable.

Me recosté contra el volante y dejé que el tiempo pasara. A pesar de que tenía los ojos cerrados, podía ver como el mundo daba vueltas sin control.

Me dieron náuseas. Luego sentí mucho sueño.

Entonces, cuando mi cabeza finalmente dejó de dar vueltas, me acordé de la muñeca y abrí los ojos. Pero estaba tan cansado que tuve que cerrarlos de nuevo.

Tengo que salvarla.

¿O no?

No, no tengo por qué hacerlo ¿Quién es ella? ¿Por qué habría de hacer algo así?

— Es que cuando no está, el vacío que deja es tan profundo que no lo puedes soportar.

— Ciento — me respondo a mí mismo.

— No puedo perderla.

Como puedo abro los ojos y hago un esfuerzo sobrehumano para mantenerlos abiertos. Estiro la mano para tomar la muñeca y acercarla a mi pecho. Voy a mancharla de sangre.

Tardo unos segundos pero al final logro abrir la puerta del coche. Nunca en la vida me había costado tanto hacer algo tan simple.

Al poner un pie en el suelo caigo de lleno y comienzo a rodar. Hago mi mayor esfuerzo para que la muñeca no se ensucie ni se lastime. Finalmente, cuando me detengo, me quedo boca arriba. El asfalto aún está caliente, tiene un olor muy fuerte a neumático.

—Las estrellas están hermosas...

—Lo están —responde ella.

Quise levantarme pero ni uno solo de mis huesos, ni una sola fibra de mis músculos respondió ante mi voluntad. Percibía con fuerza el olor a neumático, el calor del asfalto y la viscosidad roja resbalando por mi frente.

—¿Podemos quedarnos un poco más? —dijo ella — Quiero mirar las estrellas.

Asentí y, sin pensar en nada más, me abandoné al brillar de las estrellas y a la muñeca que tenía en mis brazos.

Cuando mi cuerpo finalmente respondió ya me había dado un buen baño de estrellas. La muñeca, contenta entre mis brazos, me agradecía en silencio que se le hubiera cumplido su petición.

Había causado un desastre enorme. Pero como en todo ese rato no había pasado ni un solo carro, me dije que mucho menos pasaría un policía o alguna otra autoridad.

Ahí estaba mi humilde carro hundido contra el convertible rojo. La pintura roja ahora estaba más opaca, como si ese auto llevara años abandonado contra el muro. Alrededor se veían aun rastros de humo pero, fuera de eso, no había nada anormal.

Los Quaritolios habían desaparecido.

Asentí para mí mismo. Ahora todo estaría mejor.

—Al menos durante un tiempo.

Con la muñeca en brazos, comencé a caminar por aquella abandonada calle. Dos cuadras más adelante vi una casa que no estaba cubierta de sombras, así que me dirigí a ella.

Mientras me acercaba, el verde del patio y el color crema que recubría toda la fachada brillaban cada vez más.

En cuanto estuve a cinco metros, la inseguridad volvió a acecharme. ¿Qué iba a hacer cuando estuviera ahí?

—No te preocunes, solo entra —me dijo ella.

Apreté los labios haciendo acopio de todo el valor que tenía a mi disposición.

Me detuve finalmente frente a la puerta y estaba por tocar con los nudillos, cuando ella volvió a hablar.

—Pasa, no hay necesidad de que toques. Eres bienvenido.

Asentí.

Estiré la mano hacia el pomo y, por primera vez, me di cuenta de lo sucias que estaban mis manos. Estaban recubiertas de manchas negras y sangre seca.

Al entrar, de inmediato, me inundó un aroma familiar. Era el mismo olor de la cobija que encontré en el almacén. En definitiva se trataba de ella; ella vivía aquí.

Cerré la puerta tras de mí con mucho cuidado.

Todas las luces estaban encendidas, por lo que enseguida pude ver cada centímetro de la casa con una asombrosa nitidez.

Estaba ante un pasillo que daba a otras habitaciones y, por todas partes, había montones de muñecas. Aunque se podía decir que todas eran similares a la que yo traía en brazos, la verdad es que muy en el fondo yo sabía que no era así. Porque para mí no había nadie como ella.

A pesar de que debí asombrarme por lo que estaba viendo, no pude sino sentir una increíble paz.

Comencé a andar, fijándome en cada una de las muñecas. De inmediato uno podía percibir que había algo especial en sus cabellos hechos de jirones de tela y en sus ojitos de botón.

Sin embargo, lo que resaltaba de verdad eran sus vestidos. Se notaba enseguida que habían sido manufacturados con mucho cuidado, procurando incrustarles diversos detalles que las hacían destacar del resto.

Había vestidos elegantes, veraniegos, de fiesta. Había de hecho algunas que llevaban pantalones, shorts y faldas. Todos los estilos y modas habidos y por haber se hallaban presentes en cada una de las habitaciones de esa casa. Eran decenas y decenas de muñecas y todas tenían un nombre y una historia.

Historias que no me corresponde experimentar, porque yo ya tengo una propia.

Finalmente, tras dar varias vueltas por la casa admirando todas esas muñecas, di con una enorme recámara de paredes blancas con una cama en el centro.

—Quiero descansar —dijo ella.

Con cuidado la coloqué en la cama y la dejé ahí. Algo diferente emanó de ella en cuanto me incorporé y la vi recostada.

Admiré la habitación.

No hacía falta más que mirar los posters de boybands y las calcomanías en los muebles para darse cuenta de que era la habitación de una niña. En la cama había unos cuantos peluches y, en un escritorio, una libreta con apuntes sin terminar.

—Hola.

Me giré asustado al escuchar esa voz a mis espaldas y vi a una niña. O más acertado sería decir “adolescente”.

Tenía el cabello muy largo y era muy delgada. Casi no tenía pecho, se notaba que apenas estaba comenzando a desarrollársele. Tenía algo de acné en el rostro. Sus ojos eran enormes.

Sé que debí sentirme avergonzado al entrar a una casa así sin más y que debía estar pensando en alguna excusa que decir. Sin embargo lo único que me pasaba por la cabeza en ese momento era una pregunta. Una maldita pregunta que no me dejaba en paz y que hacía que me escarbara cada centímetro de mi cerebro para averiguarlo:

¿De dónde la conozco?

—Hola... —dije finalmente.

Nos miramos en silencio durante un rato. La chica ladeaba la cabeza ligeramente como si, en lugar de extrañarse por mi llegada, se preguntara porque estaba tan callado.

—Siento haber entrado así sin más —dije— Estoy buscando a alguien...

—Ah —dijo ella como si lo entendiera a la perfección— ¿A quién?

—Se llama Amy.

—¡Ah! ¡Yo me llamo Amy!

—Oh, pero...

—¿Usted quién eres?

—Johan.

—¡Ah! —exclamó y una sonrisa enorme se dibujó en su rostro— ¡Usted le regaló los libros a Amy! ¡En serio muchas gracias! ¡Pase! Déjeme invitarlo a comer. Debe tener hambre, ¿verdad? Está lleno de sangre. Seguro está cansado también, ¿verdad?

Yo seguía sin comprender nada, pero para esta niña todo parecía encajar a la perfección, así que simplemente asentí.

—Sígame...

Sin pensarlo, me tomó de la mano y me guió hasta una de las paredes de la habitación donde había dos puertas color rosa. Pasamos por la de la izquierda, sin embargo yo no pude despegar los ojos de la otra puerta.

Porque, aunque ambas eran idénticas, solamente la de la derecha me era sumamente familiar.

La niña me llevó a una especie de cocina/comedor con una bonita mesa redonda en el centro. Era blanca y tenía ornamentaciones muy delicadas y elegantes.

Yo esperaba sentado mientras la niña se movía por toda la cocina haciendo un montón de cosas a la vez. Lo hacía con tanto esmero que sentí algo de tristeza, porque la verdad es que no tenía apetito.

El estómago me dolía de la frustración, no dejaba de pensar en la puerta rosa de la derecha
¿Dónde he visto esa puerta antes? ¿Dónde?

Ya lo tenía en la punta de la lengua cuando la niña me despertó de mi trance al poner varios platos en la mesa.

Puso frente a mí un bol con cereal, leche, jugo de naranja, pan tostado, hot cakes y mermelada.

—Espero le guste —dijo mientras se sentaba con una enorme sonrisa frente a mí.

Me conmovió tanto verla tan satisfecha de sí misma que no pude evitar sonreír.

—Gracias.

De inmediato el olor de toda esa comida dulce entró en mi sistema, haciendo que mi estómago rugiera como nunca.

Comencé a engullir un poco de cada cosa. Los hot cakes estaban suaves y deliciosos y el jugo de naranja estaba fresco.

Tardé un poco más de lo que me gustaría admitir, en darme cuenta de que la niña no comía, solo yo. Sentí que me enrojecía.

—¿Tú no comes?

—No tengo hambre.

—Deberías comer, estás muy delgada.

—Es lo mismo que dice mi madre —respondió con un puchero.

Sonréi sin saber bien porqué.

Cuando terminé de comer quise levantar los platos pero la niña no me dejó.

Con ágiles movimientos, la niña limpió la mesa en menos de un minuto. Después volvió a sentarse frente a mí entrelazando sus pequeñas manos.

Miraba al centro de la mesa. Podía ver que le daba vueltas a algo. Al parecer tenía algo muy importante que decirme.

—¿A usted le gusta Amy? —dijo tras un largo silencio.

Reflexioné la pregunta. ¿Qué podía decirle? ¿Entendería si le hablara de mis sentimientos con sinceridad?

La niña asintió en su lugar.

Suspiré pasándome la mano por el cabello.

—Bueno... es más que eso. Es... complicado.

La niña asintió de nuevo.

—¿Sabe quién es Yael?

—¿Yael? —Negué— No me suena. ¿Es algún amigo de Amy?

—No es ningún amigo... —dijo con una voz sumamente áspera.

—¿Quién es?

—Yael la lastimó mucho.

—¿Cómo? ¿De qué forma?

La niña apretó los labios y tembló un poco antes de responder.

—Johan... ¿Está seguro de que quiere saberlo? —Iba a responderle pero me interrumpió— Puede que su corazón no lo soporte...

Inconscientemente me llevé la mano al pecho. Me dije que podía resistirlo. Porque el vacío que dejaba Amy era insopportable y no podía haber algo peor que eso.

La niña negó lentamente.

—Siempre hay cosas peores que otras, siempre las hay... —Hizo una pausa y volvió a decir— ¿Entonces... está seguro?

Asentí de nuevo. La niña cerró los ojos y suspiró. Algo en ella iba cambiando mientras hablaba. Como si fuera perdiendo los rasgos infantiles y, lentamente, se transformara en algo más.

La niña suspiró.

—Amy tenía una vida tranquila hasta que perdió a sus padres a los dieciséis.

»Era su cumpleaños, y habían organizado un viaje a una cabaña en las montañas. Su padre rentó un coche y condujeron por una carretera de cuota poco transitada.

»Todo iba bien. Amy estaba muy contenta, embelesada con el celular que le habían regalado; era la primera vez que tenía uno.

»Cuando ocurrió el accidente, llevaba los audífonos puestos y respondía unos mensajes, así que nunca supo exactamente qué fue lo que pasó. Simplemente, al día siguiente, despertó en el hospital.

»Una de sus tíos fungió como tutor legal, sin embargo en realidad nunca la procuró. Era la intermediaria entre la empresa aseguradora de su padre y ella. Cada mes, cuando Amy se encontraba con ella, se limitaba a entregarle el dinero (no sin antes tomar un porcentaje de ese dinero, "por las molestias").

»Nadie quiso hacerse cargo de Amy, así que se las arregló como pudo y... y al inicio lo hizo bien. ¿Sabe?

»Amy es una chica muy trabajadora y dedicada en sus estudios. Hacía las compras, la limpieza de la casa y cocinaba. Se encargaba de pagar los servicios y, si necesitaba hacer algún trámite que requiriera de un adulto, su tía era quien le ayudaba (a cambio de una pequeña comisión "por las molestias").

»Siempre pensaba en sus padres. Los extrañaba día y noche. Aún así, se decía que debía ser fuerte, y por ello, el luto nunca abandonaba su habitación. Cuando tenía que llorar lo hacía a solas. Si en la escuela veía que no podía retener las lágrimas corría al baño y se echaba a llorar.

»Sin embargo un día, mientras hacía las compras en una tienda, al ver a una pareja de padres con su pequeña hija de la mano, no pudo evitarlo y rompió en llanto.

»Una mano se posó en su hombro. Al girarse se encontró con un chico alto y de mirada vivaz; fue así como conoció a Sebastián.

»Y fue, a partir de ahí, donde todo comenzó a torcerse...

EL MUNDO

Una vida así

Escuché de principio a fin la historia de Amy sin creerme lo que escuchaba.

Me sentí diminuto.

Amy pasó por tantas cosas. Vivió tanto en tan poco tiempo. Lloró, gritó y sufrió. Se encerró por días en su habitación sin comer y luego, por las noches, se entregaba a Las Profundidades sin precaución alguna.

No podía creer que esa pequeña chica de ojos enormes, la que cada día me sonreía en la librería, fuera la misma que esta niña describía.

Cada palabra salía de ella sin ningún miramiento, como si hubiera ensayado todo para ser declamado el día perfecto. La niña hablaba de Basbuntes y Kherdhox como si no fuera nada. Yo me sonrojaba al escucharla y ella simplemente dejaba salir cada oración sin inmutarse ni un poco.

Sebastián, Tomás, Ulises, Ruth, David... Escuché cada una de las historias sintiendo cómo mi corazón era sumergido cada vez más hondo en un océano oscuro del que sentía que nunca iba a salir. Me costaba respirar. Mi pecho me dolía. Las lágrimas me quemaban los ojos. No podía retenerlas y...

—Y entonces llegó Yael... el peor de todos...

—Espera... —dije— Espera...

Me quemaba el pecho. Respiraba con dificultad.

—¿Cómo es posible? —dije sin importarme ya romper en llanto— ¡¿Cómo es posible?! No puedo... No puedo con esto...

No podía creerme que, tras haber escuchado todo esto, aún existiera algo peor, algo más oscuro y ruin que lo que esta niña acababa de contar.

La niña me sonrió con tristeza, como intentando darme ánimos, a pesar de que ella debía estar sufriendo mucho más contándome que yo escuchándola. Luego regresó la vista a la mesa.

—Ella no merecía una vida así... —me quejé—. La forma en que se mueve por el mundo, el cómo habla con todos y les regala esa bonita sonrisa. Sus manos palpando los libros, acomodando los estantes. Sus piernas danzando por los brillantes azulejos de la librería. Su voz...

»¡Por qué?! ¿Por qué alguien como ella...?

La niña negó lentamente. Seguía en silencio. Puede que se preguntara lo mismo que yo desde hace años y, al no encontrar respuesta, se hubiese resignado.

—¿Dónde está Amy? —susurré temblando.

Se me quedó viendo con una solemnidad impropia de una niña. La inocencia en su mirada se había perdido en algún momento durante nuestra conversación.

Estaba convencido de que iba a decirme que no tenía que ir a ninguna parte para encontrarla. Pero al final pronunció su respuesta.

—Sweet Hell...

La puerta de la derecha

Llevo casi dos horas parado frente a la puerta rosa. La de la derecha.

Observo brevemente la puerta de la izquierda, donde había estado con la niña. Por más que quiera, jamás voy a poder olvidar las cosas que escuché ahí. Sobre todo la última parte, la historia entre Amy y Yael.

— Antes de ir al Sweet Hell — me dijo minutos antes —, tienes que escucharlo todo, Johan.

— ¡No! — lloré —. ¡No...!

— No hay forma en que ayudes a Amy si no puedes soportar esto.

— Pero yo... Yo...

Inspiré profundamente, apreté los puños sobre el regazo, cerré los ojos y, poco a poco, fui sacando el aire.

«*No he leído mucho desde la preparatoria, pero de niña solía leer mucho.*»

«*Pero va a Japón. ¿Y si cuando lo llamo está dormido?*»

«*Es jugo de naranja... Iba a pedirle comida, pero... no sabía que le gustaba.*»

«*¡Ah, me gusta mucho este lugar!*»

— Está bien... — dije.

La niña primero se quedó pasmada; puede que, en realidad, no esperara esa respuesta de mí.

Se le humedecieron los ojos, se aclaró la garganta y, de nuevo, sin detenerse, fue pronunciando cada oración hasta la última de sus consecuencias.

— A Yael lo conocío en ese lugar... en Sweet Hell...

»Como siempre, Amy había bebido de más, y el tipo la abordó en la barra del antro. La invitó a una copa más y...

Frente a la puerta rosa de la derecha, me pregunto qué es lo que debo hacer cuando esté ahí.

Miro hacia atrás, donde está la cama.

La muñeca ya no está ahí, solo la cobija de elefantitos.

— Es que nunca estuvo ahí — dijo la niña desde la otra habitación. Su voz me llegaba como un eco —. Para rescatarla de verdad debes bajar por ella hasta la más oscura de las Profundidades.

Pero en mi estado... ¿Seré realmente capaz de hacer algo por ella?

Ahora que sé toda la historia, de principio a fin, los recuerdos de mis sueños han vuelto a mí, con todas sus consecuencias.

Siento el pisotón de tacón en mi cabeza, el olor a sudor y a suciedad en mi ropa y, más importante aún, la herida del cuchillo está ahí.

No hace falta más que un solo error para terminar abierto en canal.

Inspiré, estiré la mano y abrí la puerta al dulce infierno.

Dulce infierno

Estoy de vuelta en el pasillo. Un pasillo que he visto en mis sueños muchas veces.

Al final de este pasillo está aquel guardián protegiendo la puerta. Recuerdo que tuve que subir unas escaleras y mirar el interior a través de un ventanal. Aquella ocasión logré ver montones de demonios volando por todas partes.

Comencé a caminar. De nuevo, el calor era tan insopportable como la primera vez que estuve aquí. Sin embargo, algo me decía que esta vez no debía desnudarme. Que aunque la ropa estaba húmeda por el sudor, debía permanecer así.

Finalmente me detengo frente a la puerta de acero. Arriba, en los ventanales, no hay nadie mirando a través de ellos. Todo está tan silencioso que incluso comienzo a dudar de que haya alguien al otro lado de la puerta.

Toqué con el nudillo dos veces. Se abrió la ventanilla cuadrada por donde se asomaron de nuevo los ojos enrojecidos. El hombre (o la cosa) al otro lado me miró de reojo y entornó la mirada brevemente.

— ¿Quéquieres?

— Vengo de parte de Los Tres Nobles Quaritolios...

— Los Quaritolios...

— Traigo en su nombre un presente para Amy.

— Querrá decir para la Emperatriz del Rey Basbuntes...

— Claro, eso.

— ...

— ...

— ¿Y bien? — preguntó el guardián al otro lado de la puerta — . ¿Dónde está el presente?

Me mordí el labio con fuerza, lamentando mi estupidez. Como si esa trillada técnica del caballo de Troya fuera a funcionar en un momento como este.

Sin pensarlo demasiado tomé impulso y, tensando la mano, arremetí contra el guardián encajándole los dedos en los ojos.

— ¡AAAAAARGH!

El guardián se alejó gritando y yo aproveché para meter el brazo por la ventanilla. A toda prisa palpé para encontrar el mecanismo y abrir esa pesada puerta.

— ¡NO VAS A ALTERAR LA PROFUNDIDAD! ¡NO MIENTRAS YO VIVA!

Escuché el filo de un metal muy pesado levantarse del suelo. Debía tratarse de una enorme hacha o algún arma similar. Mi dedo encontró el seguro de la puerta, solo hacía falta levantarla con el dedo para abrirla. Tenía el brazo completo metido y mi cara se aplastaba contra la puerta caliente. Estaba por hacer el movimiento, cuando algo pesado cayó sobre mi hombro, haciéndome temblar por completo.

— ¡¡¡AHHHHH!!!

— ¿VAS A IRTE DE AQUÍ? ¿O VAS A PERDER EL BRAZO COMPLETO?

Algo no estaba bien, el dolor me había llegado a la médula y sentí muchas ganas de vomitar. Sin embargo, si flaqueaba ahora, si me dejaba caer, ya no habría otra oportunidad.

— ¡BIEN! — gritó — ¡HAGÁMOSLO ENTONCES!

Pegué mi cuerpo contra la puerta hasta casi fundirmee con ella, haciendo un esfuerzo enorme por mover los tendones de mis dedos. Escuché de nuevo el sonido del metal levantarse del suelo. La hacha caería de nuevo en dos segundos...

— ¡IGUAL NO NECESITABAS DOS BRAZOS PARA VIVIR!

...clic.

Sentí el seguro moverse y la puerta se abrió. Escuché las bisagras rechinando. En mi rostro iba apareciendo una sonrisa que se desvaneció al instante al sentir cómo el grueso filo del hacha caía de nuevo en la misma herida de antes.

—¡GAAAAAAAH!

Me eché hacia atrás sintiendo miles de escalofríos recorrerme el cuerpo. Caí al suelo y vi como mi brazo izquierdo quedó colgando de mi hombro por un par de hilos de carne que se desprendieron segundos después. Mi extremidad se estrelló contra el suelo salpicando mucha sangre. El sonido que hizo el brazo no correspondía con su peso. La sangre manaba sin parar de mi hombro.

—Una pena chico... —dijo el guardia mirándome con sorna a través de la ventanilla — Por poco lo logras.

La puerta, que se había entreabierto, volvió crujir mientras se cerraba lentamente. Escuché la gruesa risa del guardia burlándose desde el otro lado.

Entonces, justo antes de cerrarse, algo se interpuso en la puerta. Era una delicada mano, tan blanca y delgada como una hoja de papel.

Mi mirada resigió esa mano que se conectaba a una esbelta extremidad y terminaba en un blanquecino hombro.

—Ruth...

—Parece que me equivoqué contigo —Sin mirarme, Ruth sonreía lo mejor que podía. Su frente estaba perlada de sudor por el dolor — Parece que tienes huevos después de todo.

—¿Qué haces aquí?

Movió la cabeza de un lado a otro y sonrió; ni siquiera ella lo sabía.

Llevaba puesto un elegante vestido blanco que le llegaba a la mitad de los muslos. El diseño tenía largas líneas estilizadas de color dorado.

—¿Con que la antigua Emperatriz? —Bramó el guardián — Hoy hay demasiados renegados para mi gusto. ¿Por qué no se pueden limitar a mirar como los demás?

»En fin, supongo que tú tampoco necesitas dos manos para vivir...

El guardián soltó una carcajada y vi como Ruth cerraba los ojos y apretaba los dientes cuando el guardián jalaba desde su lado, dispuesto a cerrar la puerta y cercenarle la mano en el proceso.

—Abrirle la puerta a una dama es una costumbre que jamás debería perderse —declaró una voz llena de seguridad, a la vez que unos fuertes brazos impedían que la puerta de acero se volviera a sellar.

—David...

—Hombre... —dijo mirándome de reojo — Eres mucho más fuerte de lo que parece.

Yo, desangrándome porque acababa de perder un brazo, no alcanzaba a comprender aquella aseveración.

—No importa —dijo — Primero hay que abrir esta puerta, y después nos preocupamos por los demás.

—¡NO LO HAGAS INSENSATO!

—Cierra el hocico, adefesio.

David tenía ambas manos en el resquicio de la puerta e intentaba con todas sus fuerzas hacer más grande la abertura.

—Gracias David —susurró Ruth al sacar la mano de ahí.

—No me agradezcas...

—¡MALDITOS! —gritó el guardián que intentaba cerrar la puerta desde su lado. Mientras tanto, David, hacía lo suyo e intentaba con todas sus fuerzas evitar que aquella puerta de acero se cerrara. Ninguno de los dos parecía ceder.

— Toma — me dijo Ruth, que se había puesto en cuclillas a mi lado. Llevaba un cigarro en la boca. Tenía la mano vendada con un trozo de su vestido.

— ¿Por qué me das este pedazo de madera?

— Muérdelo.

— Pero.

— ¡Muérdelo! — insistió mientras exhalaba una espesa nube de humo que me dio de lleno en la cara.

Yo la obedecí.

El trozo de madera era del tamaño de un lápiz y tenía el grueso de dos dedos. Tenía un sabor agradable que me transportaba a los tiempos antiguos en los que solo existían bosques sin rastro de civilización humana.

— ¡Ah! — grité al sentir que me quemaba el hombro — ¿Qué haces?

Ruth aun de cuclillas, sostenía el cigarro en sus finos dedos y lo presionaba contra mi herida.

— Cauterizando.

— Pero con eso no vas a... ¡ARGH!

— Cállate ya.

— Ruth, creo que lo tengo — dijo David entre dientes — . ¿Está listo el sujeto?

La puerta estaba ya casi abierta y podía ver a través de ella al guardián.

Se trataba de un horrendo demonio rojizo, como los que vi volando aquella vez dentro de ese recinto. Solo que sus piernas eran cortas y gordas y tenía una enorme barba que le llegaba al pecho. Sus cuernos estaban viejos y muy sucios.

Este demonio, a diferencia de los demás, no tenía alas.

Al verme, las fosas nasales del guardián se abrieron como ojos y echaron unas fuertes ráfagas de vapor.

— ¡ERES TÚ! ¡EL DE LA LIBRERÍA!

No sabía cómo era que apenas me reconocía como tal, siendo que ya me había visto en una ocasión. Puede que la ventanilla fuera demasiado pequeña como para discernir mi figura o tal vez necesitaba ver mi ropa para saber quién era en realidad.

— ¡NO DEJARÉ QUE PASES!

— ¡Chico! — me gritó David — Será mejor que entres.

— Pero... — observé la pesada hacha que estaba del otro lado en el suelo, con su afilada punta manchada de sangre.

— ¡Oye! ¡No hay tiempo...! ¡No voy a resistir mucho más!

Dicho esto, David apretó los dientes. Su playera blanca estaba tan empapada de sudor, que su poderosa complexión de fisicoculturista quedó a la vista de todos. No podía creer que aquel demonio barrigón pudiera tener tanta fuerza como David.

— Hazlo — dijo Ruth dándome un último toque en el hombro que me hizo morder con fuerza la madera por el dolor.

Abrí mis ojos llorosos como pude y asentí.

Observé mi hombro derecho, completamente cauterizado, escupí la madera y me levanté como pude. Miré mi brazo amputado en el suelo y me despedí en silencio de él.

Vamos a estar bien. No estés triste.

— ¡Es ahora o nunca chico! Ve por ella.

Yo asentí.

David, tomó aquello como una señal y soltó un estruendoso grito que retumbó en los adentros de mi pecho. Era el rugido de un león salvaje que, acechado por una docena de hienas, recoge lo último de su fuerza vital para salir adelante.

Entonces todo pasó en un instante.

La puerta se abrió por completo y el demonio, que no la soltaba, salió disparado hacia nuestro lado. Yo corrí dentro y miré sobre mi hombro. El demonio regordete tenía los ojos inyectados en sangre y no me quitaba la vista de encima. Se incorporó con una agilidad impropia de su hinchado cuerpo y corrió hacia mí.

— No tan rápido adefesio.

David lo tomó por la cola y el demonio quedó de pecho contra el suelo. Sus ojos enrojecidos no me quitaban la vista de encima. Respiraba aceleradamente y sus fosas nasales crecían con cada inhalación. Estiró su gruesa mano hacia el hacha y se giró dispuesto a cortarse la cola.

David, sin pensarlo, tiró de él y Ruth cerró la puerta.

— ¡No!

Grité corriendo. Intenté forzar la puerta desde adentro pero ya no se abría. Al otro lado se oían sonidos de pelea. El demonio gritaba con la furia de una bestia y David luchaba con toda la nobleza de su naturaleza.

Golpeé varias veces llamándolos, pidiéndoles que no lo hicieran, que me dejaran ayudarlos. Entonces la ventanilla se abrió. Los ojos de Ruth casi me evaporizan con su intensidad.

— Vete.

— ¡Pero no puedo...!

Ruth negó lentamente para callarme.

— Nosotros no tenemos cabida en esto. De ahora en adelante esto solo te concierne a ti.

— ¿Entonces por qué me ayudaron?

— ¿Por qué? — rio Ruth. David y el demonio seguían luchando — Me gustaría saberlo también. Dicho esto encendió un cigarrillo y le dio una profunda calada.

— No la dejes sola — susurró Ruth — Amy ya sufrió bastante.

Dicho esto, cerró la ventanilla y, de repente, el silencio invadió cada resquicio del aire. Intenté abrir la ventanilla desde mi lado, pero ni siquiera pude hacer eso. El guardián y Ruth lo habían hecho parecer tan sencillo que me sentí un poco torpe. Quizá yo no tuviera autoridad para abrir puertas, ni para ver a través de ventanillas.

Suspiré resignado.

Había ido ahí por una razón y debía acatarme a ella.

Detrás de mí, el aura de la estancia me envolvía por completo. Incluso me daba algo de miedo girarme, pero lo hice.

Ahí estaba la gigantesca cúpula que se alzaba con majestuosidad. También estaban esas extrañas luces que iluminaban todo con una malicia que no había sentido cuando las vi desde fuera.

En definitiva no era lo mismo vivirlo todo desde adentro.

Finalmente mi mirada se centró en aquello que estaba a mitad de la estancia. Era una cama con sábanas de seda color rojo.

Y, encima de esa cama, estaba una muñeca.

Una triste muñeca.

Me acerqué lentamente hacia la cama.

Cada paso que daba me resultaba increíblemente complicado. Cada que le daba una razón a mi cerebro para dar un paso, este me devolvía cinco para no darlo. Y así era en cada ocasión. Caminar se transformó en una de las tareas más filosóficas de mi vida.

Curiosamente, esta dificultad no tenía que ver con el hecho de que ahora no tuviera un brazo. No sentía desequilibrio ni tampoco era que necesitara de esa extremidad para seguir existiendo.

Cuando finalmente estuve al pie de la cama, estaba tan cansado que, a pesar de que la lucha con el demonio había sido complicada, no me parecía tan extenuante como haber tenido que caminar hasta ahí.

Entonces la miré:

Ahí estaba. Era igual a la muñeca que encontré en mi librería y que dejé en aquella habitación de adolescente antes de entrar aquí. Tenía los mismos botones, enormes y brillantes, como ojos.

Puede que lo único diferente fuera el largo del cabello y el hecho de que estaba mucho más desgastada que la que yo encontré.

Al verla así no pude evitar echarme a llorar.

Reconocía cada una de las roturas que había en ella. La niña con la que hablé me las contó. El hecho de verlas así, en persona, hacía que pudiera ver con mayor claridad las manos, los ojos y las bocas que la lastimaron.

Un error tras otro. Una desgracia tras otra.

Una pieza rota que ya no podía volver a pegarse. Acciones realizadas que ya no podían deshacerse. Palabras dichas que ya no podían borrarse:

Personas que jamás debieron conocerse.

— ¿Qué haces? — me preguntó ella.

— Recostándome — le dije mientras me subía en la cama y me ponía a su lado.

— ¿Y qué vamos a hacer? — preguntó temerosa.

— Nada.

— ¿Nada?

— Nada...

Así, nos quedamos en silencio durante mucho tiempo. No sé exactamente qué era lo que me pasaba por la cabeza, tan solo sabía que me rondaban miles de ideas sin forma. Como tenues zumbidos que se mezclaban entre ellos, dando lugar a una silenciosa sinfonía que me ensordecía por completo.

— ¿Por qué estás aquí? — preguntó finalmente.

— ¿Por qué? — lo reflexioné un momento. Tenía tantas respuestas en mí que no sabía cuál de todas entregarle.

— Ya lo sabes todo — dijo al ver que no hablaba — . ¿Por qué estás aquí? Sabes bien lo que soy y lo que he hecho.

Se echó a llorar. Yo esperé en silencio.

— Además — dijo entre balbuceos después de un rato — estoy incompleta.

— ¿Incompleta?

— Me falta un pecho.

— Sí...

— ¿Y por eso estás incompleta?

— Si...

— ¿Y quién te dijo que eso te hacía incompleta?

— Pues...

De su boca comenzaron a manar montones de palabras que trataban de dar soporte a esa lógica. Estaba seguro de que ni siquiera ella sabía cómo es que había llegado a esa conclusión.

— A mí me falta un brazo — dije — ¿Crees que eso me hace incompleto?

Ella guardó silencio. Seguro le daba vueltas a esa complicada cuestión. Es la típica confusión que se da cuando se piensa que ciertas cosas aplican solo a nuestra persona, pero no a los demás.

— Yo estoy aquí, y aunque solo tengo un brazo puedo respirar, comer y vivir.

— Pero...

— Tú también puedes seguir viviendo, ¿no?

— Pero...

— Ahí tienes tu respuesta...

— ¿Eh?

— Me preguntaste que por qué estoy aquí. Ahora tienes la respuesta.

Al escucharme se echó a llorar de nuevo. Las horas fueron pasando y mientras tanto las lágrimas empaparon esas sábanas de seda. El cruento llanto que manaba de su garganta no correspondía a su pequeño cuerpo. Eran sentimientos tan amplios y sufrimientos tan profundos que, sin importar cuánto llorara, tardaría todavía mucho tiempo en liberar ese dolor que la asediaba desde hacía muchos años.

Pero no importaba, porque para eso me había librado de los Quaritolios, había bajado al infierno y me había enfrentado al guardián. Y ahora estaba aquí para ella.

Cuando todo salió de su sistema se quedó en silencio. De cuando en cuando escuchaba algunos sorbos de su nariz. Su respiración se fue acompañando hasta que finalmente se relajó. Entonces algo en esa enorme habitación cambió; el aire fue sustituido por otro. Era el dulce aroma de la hierba mojada por la lluvia.

— ¿De verdad no haremos nada? — preguntó al fin.

— ¿Qué quieres hacer tú?

La muñeca se quedó en silencio. Es como si jamás en la vida le hubieran preguntado qué era lo que ella quería. Como si todo este tiempo a nadie, ni por un segundo, se le hubiera ocurrido que ella pudiera desear algo del mundo. Acostumbrada a que el mundo le exigiese, por primera vez en su vida, sintió alivio. Un alivio tan enorme que lo sentí llegar en oleadas hasta mi corazón.

La sonrisa de hilo y los ojos de botón se fueron llenando de una respuesta que llevaba guardada desde quién sabe cuándo.

— El cielo — dije — , quiero mirarlo.

Entonces la cúpula se abrió y ante nosotros se mostró la eternidad teñida de una oscuridad latente, pero salpicada siempre de infinitos puntos de esperanza.

Estrellas, les llaman allá en el otro mundo.

EPÍLOGO: La librería

— ¡Muchas gracias! ¡Vuelva pronto! — le dijo Amy al cliente que salía de la librería.

Es lunes de nuevo y Amy sonríe mientras camina desde la caja registradora a los estantes para reacomodar los libros. Mientras tanto, yo me quedo en la computadora revisando las ventas del día.

La observo contento, pensando en la forma tan hermosa en que su juventud ilumina mi vida.

No se me olvidan las heridas ni las personas que la lastimaron. Pero es que esas cosas pertenecen a otro mundo que quedó atrás. Hoy vivimos en uno donde Amy puede ver las estrellas cuando quiera, sin que nadie se lo impida.

Yo la voy a cuidar.

Es por la memoria de la niña que me dio hot cakes y jugo de naranja. Es por el pasado que ya nunca se va a poder cambiar. Y, más importante aún, por el futuro que quiero a su lado.

Me quedo viendo con tanta intensidad que Amy, minutos después, se da cuenta.

— ¿Le pasa algo? — pregunta.

Qué amo tener la fortuna de tenerte aquí conmigo, observar tu delicada figura pasearse entre los estantes y que tu fragancia dulce quede impregnada en cada uno de los libros. Que me encanta esa bolita de cabello en lo alto de tu cabeza y tus grandes ojos llenos de luz. Que me encanta verte así. Libre. Sin demonios.

— No me pasa nada — le digo sonriendo. Y yo tan solo deseo que llegue el día en que finalmente comprenda que lo que me pasa, es que ella es mi todo.

Notas del autor

Te agradezco profundamente que hayas llegado hasta aquí.

Escribir desde el corazón es lo más complicado que existe. Es una muy mala combinación entre querer expresar lo que se siente y la incapacidad de representar con exactitud lo que se intenta explicar.

Si se tratara de cualquier otra cosa, por supuesto, ni siquiera haría el intento de expresarlo. Pero como los personajes y las historias brotan de mí sin que yo pueda detenerlas, me frustro por no tener la capacidad suficiente para transmitir con fidelidad lo que veo en mi cabeza.

Sé que este libro ha sido un viaje extraño, con momentos raros que en apariencia son indescifrables. Pero espero que, cuando menos, hayas disfrutado un poco de lo que escrito en estas páginas.

Ya has hecho demasiado leyendo mi historia y sé que pedirte algo más podría ser egoísta de mi parte. Sin embargo, te estaría muy agradecido si pudieras dejarme alguna reseña en Amazon o en Goodreads.

Dime si te ha gustado o si puedo hacer algo más para mejorar.

Gracias infinitas por compartir tu tiempo y universo conmigo.

Hasta la próxima.

ÍNDICE

PRÓLOGO: Los Quaritolios	3
I. DAINTY.....	4
DARELLE.....	5
La Pérdida.....	5
Su esencia era la de una niña	6
La línea entre pretendiente y bufón es tan delgada que ni siquiera deberían molestarse en pintarla	9
En cambio, yo soy opaco y fragmentado	11
Treinta y tres, lamentablemente	14
No podía contarle todo de mí	17
En el fondo del mar	22
Se perderá para siempre	24
Consecuencias	25
Sueño I: Kitsune Bikes.....	30
ARABELA: Una historia del pasado I.....	31
Uno	31
Dos	32
IDANA	33
1Q84.....	33
Un ancestral zorro de pelaje dorado.....	35
No somos tan distintos	38
Veinte veces más ordinario de lo normal.....	40
No voy a aceptarte más si me engañas.....	41
He comprendido algo	44
Sueño II: Starfish Sporting.....	47
NIDIA: Una historia del pasado II	49
Uno	49
Dos	50
Tres	52
TAMARA	53
Traspasar una línea hacia otro lugar	53
El movimiento de sus manos al deshacer las agujetas.....	55
Solo nos faltó el limón.....	57
¿Por qué te arreglaste los dientes?	60

Sueño III: Sweet Hell	64
YVETTE: Una historia del pasado III	66
Uno	66
Dos	67
Tres	68
II. EMPERATRIZ	70
El ciclo	71
Exactamente igual a mí	72
1Q84	73
Yael	75
Unas nerds	76
Veinticinco centímetros	78
Traspasar una línea hacia otro lugar	80
Tokio Blues	81
III. STURDY	82
NEMURO	83
¿Y si cuando lo llamo está dormido?	83
Ese vivo color hizo que me ardieran los ojos	84
Un freno mental	85
Tú nunca lo entenderás	86
Pero se está tranquilo	88
Sueño IV: Sebastián	90
EL ESPECIALISTA EN DESVIACIONES DEL ESQUELETO	91
Si hubiera una respuesta	91
Jamás había visto una puerta tan recta en toda mi vida	93
Es toda una tragedia	96
Un daño irremediable	98
Sueño V: Tomás	99
PÉRDIDA	100
Esa sensación de pérdida	100
Publicidad y ofrecimientos banales	101
Ciego por la luz de la tarde	103
¿O quizás fueran cuatro también?	105
De su ser emana algo triste	107
Sueño VI: Ulises	108
LOS QUARITOLIOS	110

Un lunes por la mañana en el centro de la ciudad	110
Nunca los dos juntos	112
Una paz que no lograba explicar.....	113
El nudo	114
La cuenta.....	116
Sueño VII: Ruth.....	118
ROJO VIVO	120
Una profundidad demasiado familiar.....	120
Sueño VIII: David	122
IV. SWEET HELL	123
AMY.....	124
Vida Gris	124
Murciélagos.....	125
Muñeca.....	127
Casa.....	130
Amy	132
EL MUNDO.....	134
Una vida así.....	134
La puerta de la derecha.....	135
Dulce infierno.....	136
La muñeca.....	140
EPÍLOGO: La librería	142
Notas del autor	143